DARKOVER, LA ESPADA ENCANTADA

Marion Zimmer Bradley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

La serie del planeta Darkover

Se ha dicho que la larga serie de Darkover define la ciencia ficción de los años sesenta y setenta como la Fundación de Asimov había definido la de los años cuarenta y cincuenta. En realidad muestra de una .manera ejemplar cómo la ciencia ficción va dando cabida en su seno a nuevos relatos en los que dominan los temas de corte fantástico sin la voluntad racionalizadora y cientificista propia de la ciencia ficción clásica.

En torno a Darkover existe en la actualidad un conjunto de una veintena de novelas y media docena de antologías cuyas narraciones transcurren en un planeta situado en los límites de un imperio galáctico dominado por la Tierra. Los habitantes de Darkover proceden en parte de los antiguos colonos terrestres y, en su mundo, la magia y la telepatía son elementos esenciales de una cultura anti-tecnológica que resiste con éxito los variados intentos de lograr su integración en una unión política y económica con el Imperio Terrano.

La serie se inició en 1962 con THE PLANET SAVERS *y* THE SWORD OF THE ALDONES, *que tienen forma de la más clásica* space opera. *En los libros posteriores, principalmente en los escritos a partir de los años setenta, domina la vertiente fantástica. Con ellos la autora alcanza además un dominio ejemplar en el tratamiento de los personajes y da preponderancia a una serie de temas que pertenece ya a un mundo mucho más complejo (telepatía, mujeres amazonas, homosexualidad, derechos de las mujeres, etc.), con lo que la serie gana en profundidad sin perder su encanto aventurero e incluso mejorando su calidad narrativa.*
En realidad la serie lo es tan sólo en tanto que sus historias transcurren en el planeta Darkover. La autora ha repetido siempre que los libros se pueden leer en cualquier orden. Y eso es cierto, ya que ninguno de ellos asume que el lector esté familiarizado con lo que ha ocurrido en las otras novelas de la serie. En palabras de la propia autora:

Siempre he intentado que cada uno de mis libros sea tan completo que pueda leerse por sí mismo aunque el lector no haya leído anteriormente ninguno de los otros. Realmente no pienso en ellos como en una «serie», sino más bien creo que Darkover es un mundo familiar en torno al cual me gusta escribir novelas y al que los lectores desean volver. Cuando una lógica muy rígida exigía dañar la independencia de uno de los libros, francamente debo decir que he sacrificado la lógica. Y no pido excusas por ello.

Y hay más de una razón para este proceder. Según parece, a Bradley no le gustan demasiado esas series que parecen ser poco más que una prolongación interminable de un primer relato (y es bueno recordar aquí que la edición original norteamericana de LAS NIEBLAS DE AVALÓN *tenía un solo volumen, aunque en España se haya publicado en cuatro). Ella, misma explica por qué:*

Nada es más frustrante para mí que leer el segundo, el cuarto o el sexto libro de una serie, y ver que el autor asume sencillamente que he leído todos sus otros libros y conozco todo el trasfondo. Cuando los lectores empiezan a cansarse y preguntan por qué (por ejemplo) dos ciudades distan un día de viaje en un libro y tres días en otro, empiezo a comprender por qué Conan Doyle hizo caer a Sherlock Holmes por la cascada de Reichenbach y por qué Sax Rohmer intentó repetidas veces quemar, ahogar o desmembrar tan completamente a Fu

Manchú que ni siquiera los editores pudieran resucitarle en otro libro.

Por ello no es de extrañar que la serie de Darkover pueda leerse realmente en cualquier orden y la misma Bradley dirá de sus novelas:
Prefiero pensar en ellas como en un conjunto de libros muy imprecisamente interrelacionados con un mismo trasfondo (el Imperio Terrano contra el mundo y la cultura de Darkover) y un tema común: el enfrentamiento de dos culturas aparentemente irreconciliables y, pese a ello, muy semejantes. Si los libros tienen algún mensaje (y personalmente lo dudo), es simplemente que para un ser humano nada de la humanidad le es ajeno.

La relación completa de los libros publicados hasta ahora es la siguiente:

1962 - Planet Savers
1962 — The Sword of the Aldones
1964 - The Bloody Sun
1966 — Star of Danger
1970- Winds of Darkover
1971- World Wreckers
1972- Darkover Landfall
19731972 - The Spell Sword

1975— The Heritage of Hastur
1976- The Shattered Chain
1977— Forbidden Tower
1978— StormQueen
1979- The Bloody Sun (reescrit.)
1980— Two to conquer

1980- The Keeper's price (A)
1981— Sharra's Exile
1982- Sword of Chaos (A)

1982— Hawkmistress
1983— Thendara House
1984— City of Sorcery
1985— Free amazons of Darkover (A)1987 — Other side of the mirror (A)

1987- Red Sun of Darkover (A)
1988— Four moons of Darkover (A).... — Return to Darkover
.... — Heirs of Hammerfeld
(Los salvadores del planeta)
(La espada de los Aldones)
(El sol sangriento)
(Estrella de peligro)
(Vientos de Darkover)
(Destructores de mundos)
(Aterrizaje en Darkover)
(La espada encantada)
(La herencia de los Hastur)
(La cadena destrozada)
(La Torre prohibida)
(Reina de la tormenta)
(El sol sangriento)
(Dos que conquistar)
(El precio de las Celadoras)
(El exilio de Sharra)
(Espada del caos)
(Lady Halcón)
(La casa de Thendara)
(Ciudad de brujería)
(Las amazonas libres de Darkover)

(El otro lado del espejo)
(El sol rojo de Darkover)
(Las cuatro lunas de Darkover)
(Retorno a Darkover)
(Herederos de Hammerfeld)

En donde la (A) indica que se trata de una antología de relatos escritos, ya sea por Bradley o por otros autores, que se unen al «universo de Darkover». Los dos últimos volúmenes no han aparecido todavía en Estados Unidos. El año es precisamente el de la edición
Original en inglés. Es muy probable que los títulos de nuestra prevista edición en castellano coincidan finalmente con la traducción literal que ahora he indicado, aunque también podría ocurrir que no fuera así en todos los casos. El tiempo lo dirá.

De todo este conjunto de libros tan sólo uno de ellos, THE SWORD OF THE ALDONES, *ha sido traducido al castellano con el sorprendente título de* ODIO CÓSMICO *en el número 45 de la colección de ciencia ficción de Ediciones Cénit (1963). Ni que decir tiene que a la autora el cambio de título no le hizo mucha ilusión...*

En realidad, hay partidarios de leer los libros casi en el orden de su publicación. Según dicen, con ello se puede seguir el proceso mental de la autora al crear y expandir el universo de Darkover. Puede aceptarse este razonamiento pero existe también otra posibilidad.

Cabe también ordenar los libros en función de la cronología interna de los hechos narrados. En este caso cabría tener en cuenta que SHARRA'S EXILE *ocupa el mismo espacio que* THE SWORD OF THE ALDONES *ya que es una nueva novelización de los mismos hechos. Teniendo en cuenta esta cronología interna de Darkover y añadiendo unos subtítulos inventados por el editor norteamericano, la serie puede subdividirse en grupos como:*

EL DESCUBRIMIENTO:
Aterrizaje en Darkover

LAS ERAS DEL CAOS
Lady Halcón
La reina de las tormentas

LOS CIEN REINOS
Dos que conquistar

LAS AMAZONAS LIBRES
La cadena destrozada La casa de Thendara Ciudad de brujería
CONTRA LOS TERRÁQUEOS: PRIMERA ÉPOCA La espada encantada La Torre prohibida El sol sangriento (reescritura)

CONTRA LOS TERRÁQUEOS: SEGUNDA ÉPOCA La herencia de los Hastur El exilio de Sharra Retorno a Darkover

Y el resto de libros, tal vez complementarios, se sitúa preferentemente entre las dos últimas subseries.

Los amigos de Darkover

Una serie tan larga y que ha estado en el candelero durante más de veinticinco años no podía por menos que tener alguna consecuencia perdurable en el conjunto de los activos y devotos fans *de la ciencia ficción y la fantasía.*

La necesidad común llevó a la formación (prácticamente espontánea según se asegura) de una organización de fans *y lectores. Se inició con algunas reuniones informales en las convenciones de ciencia ficción, y después se organizó en varios «Concejos» de un grupo que se autodenomina* Los amigos de Darkover. *Hay Concejos en varios puntos de la geografía de Estados Unidos e incluso uno en Alemania.*

Durante años, Los amigos de Darkover *han mantenido convenciones propias en el* Fantasy Worlds Festival *e incluso una* newsletter, *generalmente editada por el* Concejo de Thendara *que reside en Berkeley, California. Aunque estas últimas actividades parecen haber cesado en los últimos años.*

Tal y como ellos mismos indican, Los amigos de Darkover *son un grupo de aficionados y voluntarios. Nadie cobra por su actividad en el grupo y no existen cuotas de inscripción. El* Concejo de Thendara *sirve como punto central de información para los varios fanzines y* newsletters *y para los otros grupos creados en torno a Darkover.*
Para los lectores interesados en establecer contacto basta con escribir en inglés a:

Friends of Darkover, Thendara Council, Box 72, Berkeley, CA 94701, en Estados Unidos.

Es imprescindible adjuntar un Cupón de Respuesta Internacional para obtener y/o agilizar la respuesta.

La edición en castellano de la serie Darkover

Cuando me planteé la edición en castellano de la serie Darkover *surgió de inmediato el problema de cómo hacerlo. De entrada hay que comprender que el proyecto ocupará inevitablemente unos años y que parece razonable empezar con las novelas fundamentales de la serie, es decir, las que empezaron a publicarse en los años setenta.*

Los libros anteriormente agrupados bajo los apartados de Las amazonas libres *y* Contra los terráqueos *forman en realidad subseries; y los sucesivos dentro de cada subserie son en realidad continuaciones directas de la novela anterior (aun manteniendo la autosuficiencia esencial en Bradley).*

Por ello me ha parecido adecuado centrarnos de entrada en estas subseries. Y ello haremos.

Todavía quedaba elegir por cuál de las tres subseries empezar. Afortunadamente, mi opinión coincide con la recomendación de la propia Marión Zimmer Bradley sobre el hecho de que LA ESPADA ENCANTADA *es el mejor título para dar a conocer el alcance de la serie. Tal y como gusta decir el hijo menor de la autora: «da a conocer el "sabor" de la serie», aunque su trama sea menos compleja que la del resto. Pero de todo ello hablaremos más adelante.*

Por lo tanto, nuestro proyecto es iniciar en paralelo *la publicación de las tres subseries centrales en la historia de Darkover. De este modo a* LA ESPADA ENCANTADA *seguirán en nuestra colección*

LA HERENCIA DE LOS HASTUR *J* LA CADENA DESTROZADA *COn las que se inician las otras subseries. Poco a poco, tal vez sin prisa pero sin pausa, iremos completando cada una de estas subseries en paralelo hasta terminarlas. Después finalizaremos la gran historia de*
Darkover con los otros libros y las antologías de relatos en último lugar, si procede.

La espada encantada

En realidad LA ESPADA ENCANTADA *tal vez no sea demasiado representativa de la entidad y el interés de todos los temas que la serie aborda en otras novelas. Su extensión es breve comparada con la de los demás libros y, tal como ya se ha indicado, la trama es sencilla. Pero se trata de una novela muy eficaz en su intento de proporcionar al lector las claves*

centrales de la serie. Y ésa es la razón de su elección como primer título en nuestra edición.

De hecho LA ESPADA ENCANTADA *resume de una forma muy acertada y válida las características centrales que configuran la cultura de Darkover, su fronteriza situación en el gran Imperio Terrano e incluso el Pacto entre terráqueos y darkovanos sobre el uso de armas.*

El lector podrá conocer atisbos de la estructura social de Darkover en un largo período de su devenir histórico, el papel de la Torre y de sus Celadoras, el de los técnicos de matrices, el de la habilidad de los darkovanos en el manejo de la espada a la que se obligan tras el Pacto con los terráqueos, etc. Podrá conocer también el sentido del laran, *ese poder psi cultivado genéticamente que permite a algunos darkovanos sintonizar una piedra estelar con sus estructuras telepáticas y adentrarse en el supramundo del plano astral.*

En una visión superficial se podría decir que la novela narra una aventura centrada en los esfuerzos de un lord del Comyn. Se trata de rescatar a una pariente (una Celadora, por cierto) raptada por los hombres-gato que la mantienen presa en el mundo real y también en un remoto nivel del plano astral. Se podría también añadir que, en dicho esfuerzo, tendrá la insólita ayuda de un terráqueo, sorprendente poseedor a su vez de un cierto laran.

Pero esta descripción superficial de la trama no nos dice nada sobre lo que ya está presente en esta novela y será el elemento central del resto de la serie Darkover: el dominio ejemplar de la autora en el tratamiento de la psicología de los personajes y su interés central por la ética de la libertad. La serie está presidida por la idea de que conseguir algo supone siempre perder algo a cambio y por el hecho de que toda decisión comporta un riesgo y no es más que un ejercicio de voluntad y valor.

Aquí es el terrestre Andrew quien decide quedarse en Darkover y ello le reporta satisfacciones pero también dificultades y problemas. Y es lord Damon, el temeroso y excesivamente sensible lord del Comyn que una vez fue rechazado por la Celadora Leonie, quien duda del alcance de su virilidad, y quien deberá superar su propio temor en el supremo momento de manejar la espada encantada.

Hay muchas espadas encantadas en la historia de Darkover. Como la legendaria Espada de Aldones, conservada en la capilla de Hali, tan antigua y terrible que nadie es ya capaz de empuñarla. O la Espada de Hastur de la que se sabe que se convertirá en fuego si se empuña para algo que no sea defender el honor de la casa de los Hastur. En este caso es la espada de un gran maestro de la esgrima la que empuñará la mano de lord Damon pero será gobernada a distancia por su hábil propietario: Dom Esteban.

Estoy claramente convencido de que LA ESPADA ENCANTADA *es la mejor introducción al mundo de Darkover, y un perfecto prólogo para* LA HERENCIA DE LOS HASTUR, *de próxima publicación, en la que asistiremos a la formación de la personalidad y la sexualidad de un joven lord del Comyn. La mano experta de Bradley nos llevará a la comprensión de cómo y por qué toma las decisiones que habrán de marcar su existencia futura.*
Pero eso ya es otra historia.

MIQUEL BARCELÓ

Había seguido un sueño, y el sueño lo había conducido hasta aquí para morir.
Semiinconsciente, yacía sobre las rocas y sobre el delgado musgo de la grieta de la montaña, y en su estado de confusión, le parecía que la muchacha a quien había visto en ese sueño se hallaba frente a él. *Te estarás riendo,* le dijo Andrew Carr al rostro imaginado. *Si no fuera por ti, yo estaría a media galaxia de distancia.*

Y no aquí, medio muerto, sobre un pedazo de tierra helada, en el borde de ninguna parte.

Pero ella no se reía. Parecía estar de pie junto al borde mismo de la cornisa de roca mientras el cruel viento de la montaña agitaba la tenue túnica azul alrededor de su cuerpo esbelto, con la larga cabellera roja, brillante y resplandeciente, enmarcando las delicadas facciones.

Y pareció hablarle, aunque el hombre agonizante sabía —*sabía*— que su voz no podía ser más que el eco del viento en su cerebro febril.

—Extraño, extraño, no quise hacerte daño; ¡ni mi llamada ni mis actos te han traído hasta este paso! Es cierto que te llamé, o más bien llamé a cualquiera que pudiera escucharme, y resultaste ser tú. ¡Pero los que están por encima de nosotros saben muy bien que no pretendía perjudicarte! Los vientos, las tormentas, no responden a mis órdenes. Haré lo que pueda por salvarte, pero no tengo poder en estas montañas.

A Andrew Carr le pareció que le respondía con palabras de ira. *Estoy loco,* pensó, *o tal vez ya estoy muerto, aquí tendido, intercambiando insultos con una muchacha fantasma.*

— ¿Dices que me llamaste? ¿Y los otros que venían conmigo en la nave? ¿Acaso los llamaste a ellos también? ¿Y los trajiste a morir aquí, entre los vientos cruzados de los Hellers? ¿Acaso la muerte de todos te proporciona algún placer, muchacha espectro?

— ¡Eso no es justo! —Sus palabras imaginadas sonaron como un gemido de angustia y su espectral rostro se conmovió en el viento como si fuera a echarse a llorar—. Yo no los llamé; ellos vinieron por el camino al que les conducía su trabajo y su destino. Sólo tú tuviste la opción de elegir, y de compartir lo que les deparaba el destino. Te salvaré si puedo; el tiempo de ellos se ha acabado, jamás tuve su destino en mis manos. A ti puedo salvarte, si me escuchas, pero debes incorporarte. ¡Incorpórate! —Fue un salvaje grito de desesperación—. ¡Si te quedas aquí morirás! ¡Incorpórate y busca cobijo; no tengo poder sobre los vientos y las tormentas...!

Andrew Carr abrió los ojos y parpadeó. Tal como había esperado, estaba solo, magullado y tendido en la cornisa de la montaña, entre las ruinas de la nave de observación. La muchacha, si es que alguna vez había estado allí, había desaparecido.

Incorpórate y busca cobijo; no tengo poder sobre los vientos y las tormentas. Era, por supuesto, una idea condenadamente buena, si podía arreglárselas para obedecerla. Donde se hallaba, bajo un fragmento de la destrozada cabina de la nave de observación, no había manera de hacer frente a la cruel noche de este planeta extraño. Le habían advertido acerca del clima enseguida de llegar a Cottman IV: sólo un lunático pasaría una noche al aire libre durante la época de tormentas.

Con un último y desesperado esfuerzo, se debatió tratando de liberar el tobillo, que como la pata de un animal en un cepo había quedado atrapado con el metal retorcido. Esta vez sintió que el metal cedía un poco, aunque el terrible dolor aumentó. Arrancándose la piel, tironeó de su pie atrapado en la oscuridad. Ahora podía moverse lo suficiente como para movilizar la pierna con las manos. La ropa y la piel desgarradas estaban resbaladizas debido a la sangre, que ya empezaba a coagularse por el frío. Cuando tocó el metal retorcido, sus manos desnudas ardieron como si hubiera tocado fuego, pero pudo tirar hacia arriba de la pierna herida, evitando así los más afilados dientes del metal. Ahora, con un suspiro en el que se mezclaban el dolor y el alivio, liberó el pie: cubierto de sangre, con la bota y la ropa desgarradas, pero libre, ya no estaba atrapado. Se debatió hasta ponerse en pie, pero sólo para volver a caer de rodillas al abatirlo una ráfaga del helado viento cargado de aguanieve que se abatía sobre la cornisa.

Gateando para presentar menos resistencia al viento, se deslizó hasta el interior de la cabina, que se balanceaba peligrosamente ante los embates del viento, y al momento descartó cualquier idea de refugiarse allí. Si el viento se hacía más intenso, el condenado

aparato saldría disparado al menos a trescientos metros de distancia, hacia el invisible valle que yacía abajo. Una parte, pensó, ya había desaparecido con la caída. Pero al hallarse aún con vida, debía asegurarse de que no había ningún otro sobreviviente.

Stanforth, por supuesto, estaba muerto. Sin duda, debía de haber muerto con el primer golpe: nadie podía sobrevivir con ese enorme agujero en la cabeza. Andrew cerró los ojos para protegerse del espantoso espectáculo del cerebro helado que se desparramaba sobre aquel rostro. Los dos cartógrafos —uno se llamaba Mattingly, jamás había sabido el nombre del otro— yacían exánimes y retorcidos sobre el piso y cuando gateó con cautela sobre la cabina, que estaba en peligroso equilibrio, para averiguar si alguno de ellos alentaba una chispa de vida, sólo encontró sus cuerpos ya helados y rígidos. No había ni rastro del piloto. Debía de haber caído con el morro del avión en ese horrible abismo de abajo.

De modo que estaba solo. Con cautela, Andrew retrocedió para salir de la cabina; después, recuperando el buen sentido, volvió a entrar. Había comida en el avión —no mucha, las raciones de un día, almuerzos, los caramelos y dulces de Mattingly, con los que había invitado generosamente a la tripulación y que todos habían rechazado entre risas, las raciones de emergencia en un panel detrás de la puerta—. Lo sacó todo y, temblando de terror, se dispuso a quitar el enorme abrigo de Mattingly de su cadáver ya rígido. Le descompuso el estómago — *¡robar a los muertos!*— pero el abrigo de Mattingly, una pesada y costosa prenda de piel, ya no sería de ninguna utilidad para su dueño, y para el mismo Andrew podía significar la diferencia entre la vida y la muerte en la terrible noche que se avecinaba.

Cuando salió por última vez de la cabina, que se balanceaba horriblemente, estaba tembloroso y mareado, y su pierna herida, de la que había desaparecido la piadosa insensibilidad, empezaba a dolerle de manera lacerante. Con cuidado retrocedió hacia la pared interna de la cornisa, apilando sus provisiones conseguidas con tanto esfuerzo contra la roca.

Se le ocurrió que debería entrar al aeroplano por última vez. Stanforth, Mattingly y el otro hombre llevaban identificación, los discos metálicos del Servicio del Imperio Terrano. Si vivía, si regresaba alguna vez al puerto, esos discos serían una prueba de las muertes y significarían algo para sus parientes. Con cansancio, volvió a arrastrarse hacia el interior.

Y allí estaba ella otra vez, el fantasma, la muchacha, el espectro que lo había atraído hasta aquí, pálida de terror, interponiéndose directamente en su camino. Su boca parecía distorsionada por un grito.

-¡No! ¡No!

Casi sin querer, él retrocedió. Sabía que ella no estaba allí, que sólo había aire, pero retrocedió y su pie herido cedió. Cayó contra el acantilado de roca y justo en aquel momento una ráfaga de viento lo azotó, aullando como un alma condenada. La muchacha había desaparecido, no se la veía por ninguna parte, pero antes de que Andrew consiguiera incorporarse, una ráfaga de viento helado cayó sobre la cornisa y provocó un gran estruendo. Con un crepitante restallido final, la cabina del avión siniestrado finalmente perdió el equilibrio, se balanceó, se deslizó por la roca y se estrelló contra el abismo. Hubo un gran rugido, como el de una avalancha, como el del fin del mundo. Andrew se aferró, jadeante, a la ladera del acantilado, con los congelados dedos aferrados a la roca.

Después, el trueno perdió intensidad, y sólo se oyó el suave rugir de la tormenta y de la nieve al caer. Andrew se arropó con el abrigo de Mattingly, esperando a que su corazón volviera a latir con normalidad.

La muchacha lo había salvado de nuevo. Había impedido que volviera a la cabina por última vez.

Tonterías, pensó. *Deforma inconsciente debo de haber sabido lo que iba a ocurrir.*

Reservó la idea para reflexionar sobre ella después. Ahora acababa de escapar de la muerte gracias a una serie de milagros, pero aún estaba muy lejos de estar a salvo.

Si el viento podía despeñar los restos del aeroplano desde la cornisa, también podía empujarlo a él, razonó. Tenía que buscar algún lugar más seguro para descansar, algún refugio.

Con mucho cuidado, aferrándose a la parte interna de la cornisa, se deslizó junto al muro. A tres metros de distancia hacia un lado, el saliente se estrechaba hasta desaparecer en

una oscura pendiente de roca, resbaladiza por la nieve. Dolorosamente, con el pie desgarrado, volvió sobre sus pasos. La oscuridad parecía cerrarse, mientras el aguanieve se convertía en nieve blanca y espesa. Dolorido y cansado, Andrew deseaba acostarse, envuelto en el abrigo de piel, para dormir allí. Pero dormir significaba la muerte, sus huesos lo sabían, y se resistió a la tentación, arrastrándose por la cornisa en dirección opuesta. Tuvo que evitar los fragmentos de metal que lo habían atrapado. Se dio un golpe en la pierna buena contra una roca oculta, y gimió de dolor.

Pero por fin consiguió recorrer toda la extensión de la cornisa, y en el extremo descubrió que se ensanchaba, ascendiendo suavemente hasta un espacio plano en el que crecían espesos matorrales, cuyas raíces se hundían en la ladera. Mirando hacia arriba en la espesa oscuridad, Andrew asintió. El follaje apretado y apiñado resistiría el viento, evidentemente había sobrevivido allí durante años. Cualquier cosa capaz de crecer en ese paraje tenía que ser capaz de resistir el viento, la tormenta, la tempestad, la cellisca. Si su pie herido le permitiera izarse hasta allí...

No fue fácil, cargado como iba con el abrigo y las provisiones, con el pie herido y sangrante, pero antes de que la oscuridad cayera por completo, había logrado izarse con los suministros de provisiones, gateando sobre ambas manos y una rodilla hasta llegar debajo de los árboles, donde se tendió, protegido. Al menos aquí el enloquecido viento soplaba con algo menos de violencia, ya que los matorrales lo frenaban. El equipo de emergencia contaba con una pequeña linterna con baterías; a su pálido resplandor encontró comida concentrada, una delgada manta de las del «espacio», que aislaría el calor de su cuerpo, y tabletas de combustible.

Colocó la manta y el abrigo formando una especie de tienda de campaña, usando para ello las ramas más gruesas. Se tendió en el diminuto refugio formado por las raíces y las ramas, donde sólo ocasionalmente le llegaba el rocío de la nieve. Ahora sólo deseaba acostarse y yacer inmóvil, pero antes de perder sus últimas fuerzas, se cortó la helada pernera del pantalón y los remanentes de la bota para observarse la herida del pie. Le dolía más de lo que hubiera podido imaginar. Logró rociarla con el antiséptico del botiquín de emergencia y la vendó apretadamente, aunque aulló como un animal salvaje. Por fin se tendió, absolutamente exhausto, en su refugio, chupando uno de los caramelos de Mattingly. Se obligó a masticarlo, sabiendo que el azúcar proporcionaría calor a su cuerpo aterido, pero en el momento mismo de tragar, cayó en un sueño de agotamiento, muy parecido a la muerte.

Durante largo tiempo, su sueño fue el de un muerto, oscuro y sin sueños, una total anulación de la mente y de la voluntad. Y después, también durante mucho tiempo, fue apenas consciente del dolor y de la fiebre, del rugido de la tormenta en el exterior. Cuando amainó, todavía febril, se despenó acuciado por la sed y se arrastró al exterior, para quebrar los carámbanos que se habían formado sobre el borde de su refugio y chuparlos. Luego se apartó tambaleante a fin de saciar las necesidades de su cuerpo. Después volvió a la tranquilidad de su refugio a comer un poco más de comida, y volvió a caer en un profundo sueño saturado de dolor.

Cuando volvió a despertarse, era de mañana, y tenía la mente clara. Vio la luz y oyó tan sólo el leve murmullo del viento en las alturas. La tormenta había amainado, el pie todavía le dolía, pero podía soportarlo. Cuando se sentó para cambiarse las vendas, vio que la herida estaba limpia y no se había infectado. Por encima de su cabeza, el gran sol color rojo sangre de Cottman IV aparecía bajo en el cielo, y lentamente trepaba a las cumbres. Se arrastró hasta el borde y atisbo hacia abajo, hacia el valle, que se extendía envuelto por la bruma. Era un país salvaje y solitario, que no parecía hollado por pies humanos.

Y sin embargo, era un mundo habitado, un mundo poblado por humanos que eran, según le habían informado, idénticos a los de la Tierra. De alguna manera había sobrevivido al accidente que había acabado con el avión de Cartografía y Exploración; tenía que haber alguna posibilidad de regresar otra vez al espacio-puerto. Tal vez los nativos fueran amistosos y le ayudaran, aunque debía admitir que eso no le parecía demasiado probable.

Sin embargo, mientras quedaba vida, había esperanza... y todavía estaba con vida. Muchos

hombres se habían perdido antes, así, en áreas salvajes e inexploradas de mundos extraños, y habían aparecido sanos y salvos, habían vivido para contarlo a la Central del Imperio, en la Tierra. De modo que su primera tarea era lograr que su pierna volviera a estar en condiciones para caminar, y en segundo lugar, salir de estas montañas. Las *Hellers.* Era un buen nombre para ellas* Resultaban infernales. Vientos cruzados, ráfagas ascendentes, ráfagas descendentes, tormentas que aparecían de la nada... no se había inventado el avión que pudiera volar allí sin sufrir daño. Se preguntó cómo se las arreglarían los nativos. Muías de carga o algún otro equivalente local, pensó. De todos modos, tenía que haber pasos, caminos, sendas.

A medida que el sol fue subiendo, las brumas se aclararon y pudo divisar los valles que se extendían más abajo. La mayoría de las laderas estaba colmada de árboles, pero más abajo, en el valle, corría un río, atravesado por una franja oscura que sólo podía ser un puente. De modo que, después de todo, no se hallaba en una zona deshabitada por completo. Había zonas que bien podían ser terrenos sembrados, campos cuadrados, jardines, una campiña grata y pacífica, donde el humo se elevaba desde las chimeneas de las casas... pero todo eso quedaba muy lejos; y entre las tierras cultivadas y el acantilado donde se hallaba Andrew se extendían grandes distancias de abismos, montañas y desfiladeros.

De alguna manera, sin embargo, conseguiría llegar hasta allí abajo, y luego al espaciopuerto. Y después, maldita sea, se iría de este planeta horrible y poco hospitalario en donde nunca debió haber aterrizado, o que en el peor de los casos, tenía que haber abandonado en cuarenta y ocho horas. Bien, se iría ahora.

¿Y qué pasaba con la muchacha?

Maldita muchacha. No era real. Era un sueño provocado por la fiebre, un espectro, un símbolo de su propia soledad...

Solitario. Siempre he estado solo, en una docena de mundos.

Probablemente todos los hombres solitarios sueñan con llegar alguna vez a un mundo donde alguien los esté esperando, alguien que les tienda la mano y que apele a una fibra interior, diciendo «Estoy aquí. Estamos juntos...».

Había tenido mujeres, por supuesto. Mujeres en cada puerto — ¿cómo era el viejo dicho, que empezó con los marineros y se aplicó luego a los astronautas, acerca de una mujer en cada puerto?—. Y sabía que había hombres que consideraban envidiable esta situación, él era consciente de ello. Pero ninguna de ellas había sido la mujer ideal, y en el fondo él estaba de acuerdo con todo lo que le habían dicho en la División Psic. Seguramente ellos sabían lo que tenían entre manos. Buscas la perfección en una mujer para protegerte de alguna relación verdadera. Te refugias en fantasías para evitar las duras realidades de la vida. Y cosas por el estilo. Algunos incluso llegaron a decirle que de forma inconsciente era homosexual y que las relaciones sexuales habituales le resultaban insatisfactorias porque en realidad no deseaba en absoluto a las mujeres, pero que su conciencia no podía admitirlo. Lo había escuchado cientos de veces, y no obstante el sueño persistía.

No simplemente una mujer para la cama, sino para su alma y para la hambrienta soledad de su corazón...

Quizá la vieja adivina de la Ciudad Vieja había especulado con eso. Tal vez había tantos hombres que compartían ese sueño que ella se lo entregaba a todos, del mismo modo que los psicólogos charlatanes de la Tierra les predecían a las adolescentes románticas que seguramente se encontrarían alguna vez con el desconocido alto y moreno que esperaban.

Era una muchacha real. La vi y ella... ella me llamó.

Está bien. Piénsalo ahora. Acláralo todo...

Había venido a Cottman IV de camino a un nuevo destino, se trataba de un simple puerto de paso, uno entre una lista de mundos donde se cruzaban las rutas y se cambiaba de dirección dentro de la gran red del Imperio Terrano. El espaciopuerto era grande, al igual que la Ciudad Comercial que lo rodeaba, para abastecer al personal del espaciopuerto. Pero no era un mundo perteneciente al Imperio, con comercio, viajes, rutas establecidas. Sabía que era un mundo habitado, pero los terráqueos no tenían acceso a una gran parte de él. Ni siquiera sabía cómo lo llamaban los nativos. El nombre que aparecía en los mapas del Imperio era suficiente para él, Cottman IV. No había pretendido quedarse más de

cuarenta y ocho horas, lo suficiente para arreglar el traslado hasta su destino final.
Y entonces había ido a la Ciudad Vieja con tres compañeros del Servicio Espacial. Las comidas de la nave se tornaban monótonas, siempre sabían a máquina, con un fuerte y acre regusto de especias, para ocultar el persistente olor a agua reciclada e hidrocarburos. La comida de la Ciudad Vieja, al menos, era natural, buena carne asada como no había comido desde su última licencia, frutas frescas y fragantes, y él había disfrutado más que con cualquier otra comida que hubiera probado en meses, con ese vino dorado, dulce y claro. Y después, por curiosidad, él y sus compañeros habían paseado por el mercado, comprando recuerdos, palpando telas extrañas de rústicas texturas y pieles suaves, y después él había llegado hasta el puesto de la adivina, y por pura curiosidad se había detenido a escucharla.

—Alguien te espera. Puedo mostrarte el rostro de tu destino, extranjero. ¿Quieres ver el rostro de la que te espera?

En ningún momento se le ocurrió que fuera algo más que una treta para conseguir unas cuantas monedas. Divertido, riéndose, le había entregado a la anciana el dinero que le pedía y la había seguido hacia el interior de un puesto cubierto por una marquesina de lona. Una vez dentro, ella había observado la bola —era curioso que en todos los mundos que había visitado la bola de cristal fuera siempre el instrumento elegido para la videncia— y entonces, sin una palabra, le hizo mirar el interior. Aún riéndose, pero ya algo disgustado, dispuesto a marcharse, Andrew se había inclinado para ver el rostro bonito, el resplandeciente pelo rojo. *Un anzuelo para una prostituta de postín*, pensó cínicamente, y estaba dispuesto a preguntarle a la vieja cuánto cobraba por la muchacha ese día, y si hacía precio especial para los terráqueos. Entonces la muchacha que estaba en la bola de cristal alzó los ojos y cruzó su mirada con la de Andrew, y...

Y ocurrió. No había palabras para explicarlo. Él se quedó allí, agachado e inmóvil sobre la bola de cristal, durante tanto tiempo que su cuello, al que no prestó ninguna atención, sufrió un doloroso calambre.

Era una chica muy joven, y al parecer estaba muy asustada y dolorida. Creyó oír que le llamaba pidiéndole una ayuda que sólo él le podía ofrecer, y que tocaba, deliberadamente, una fibra secreta que sólo los dos conocían. Pero más tarde no pudo comprender qué había sido, sólo que ella lo llamaba, que lo necesitaba con desesperación...

Y entonces el rostro desapareció, y a él le dolía la cabeza. Se aferró al borde de la mesa, temblando, ansioso por volver a invocarla.

— ¿Dónde está? ¿Quién es?

Pero la anciana volvió hacia él un rostro ceñudo, vacuo.

—No, no, ¿cómo puedo saber lo que has visto, hombre de otro mundo? Yo no vi nada ni a nadie, y hay otros esperando. Debes irte ahora.

Él salió a trompicones, pálido de desesperación.

Ella me ha llamado. Me necesita. Está aquí...

Y yo parto dentro de seis horas.

No había resultado fácil romper su contrato y quedarse, pero tampoco había sido demasiado difícil. Había mucha demanda para ir al mundo hacia donde se dirigía, y no pasarían siquiera tres días antes de que encontraran un sustituto. Tuvo que aceptar la pérdida de dos grados en el escalafón de antigüedad, pero eso no le importó. Por otra parte, tal como le dijeron en Personal, no era fácil hallar voluntarios para Cottman IV. El clima era malo, casi no había comercio, y aunque la paga era buena, ningún hombre de carrera quería exiliarse allí, en los confines del Imperio, en un planeta que se negaba obstinadamente a relacionarse con ellos, salvo en la concesión del espaciopuerto. Le dejaron elegir entre un puesto en el centro de informática y un destino en Cartografía y Exploración, que era un trabajo de alto riesgo y muy bien remunerado. Por alguna razón, los nativos de este mundo nunca habían trazado mapas, y el Imperio Terrano creía que si les proporcionaban mapas terminados que su tecnología nativa no pudiera o no quisiera lograr, se conseguirían mejoras en las relaciones entre Cottman IV y el Imperio.

Eligió Cartografía y Exploración. Ya sabía —durante la primera semana había visto a todas las muchachas y mujeres del espaciopuerto— que ella no pertenecía a Personal, ni a

Medicina, ni a Envíos. Cartografía y Exploración gozaba de ciertas concesiones que les permitía salir de la zona del Imperio, severamente limitada. *En algún sitio, de alguna manera, ella estaba esperando allá afuera...*
Se había convertido en una obsesión y él lo sabía, pero de algún modo no podía romper el embrujo, ni siquiera deseaba hacerlo.

Y entonces, la tercera vez que había salido en el avión de Cartografía, se estrellaron... y aquí estaba, tan lejos como siempre de su muchacha soñada. Si es que había existido alguna vez, cosa que dudaba.

Agotado por el largo esfuerzo de memoria, volvió a su refugio a descansar. Al día siguiente tendría tiempo suficiente para elaborar un plan para salir de la cornisa. Comió una ración de emergencia, chupó un poco de hielo y cayó en un sueño inquieto...

Ella estaba allí otra vez, de pie ante él, como si estuviera y a la vez no estuviera dentro del pequeño refugio oscuro, un espectro, un sueño, una flor oscura, una llama en su corazón...

No sé por qué te contacté a ti, extraño. Buscaba a mis parientes, a aquellos que me aman y que podrían ayudarme...

Damisela en apuros, pensó Andrew, *apuesto a que sí. ¿Qué quieres de mí?*
Sólo una mirada dolorida, y una penosa expresión del rostro.
¿Quién eres? No puedo seguir llamándote muchacha fantasma.
Calista.

Ahora estoy seguro de que se está burlando de mí, de que estoy siendo engañado, se dijo Andrew, *ése es un nombre terráqueo.*
. No soy una hechicera de la Tierra, mis poderes son de aire y de fuego...
Eso no tenía sentido.
¿Qué quieres de mí?

Ahora, sólo salvar una vida que sin darme cuenta puse en peligro. Y te digo: evita la tierra oscura.

Sin previo aviso, la muchacha se desvaneció de su vista y de su oído y él se quedó solo, parpadeando.

«Calista», por lo que recuerdo, pensó, *significa simplemente «bella». Tal vez tan sólo sea un símbolo de belleza en mi mente. ¿Pero qué es la tierra oscura? ¿Y cómo puede esa chica ayudarme a salvarme? Oh, tonterías, otra vez estoy pensando en ella como si fuera real.*

Enfréntate a ello. Esa mujer no existe, y si vas a salir de aquí, deberás hacerlo por ti mismo.

Y sin embargo, mientras permanecía tendido descansando y haciendo planes, se encontró una vez más tratando de evocar su rostro...
La tormenta aún rugía en las cumbres, pero allí, en el valle, reinaba la claridad y el sol bajaba; sólo las espesas nubes con forma de yunque, hacia el oeste, marcaban el lugar donde los picos de las montañas seguían envueltos por la tormenta.

Damon Ridenow cabalgaba con la cabeza baja, protegiéndose del viento que agitaba su capa de viaje, y se sentía como si volara. Como si huyera ante una tormenta en ciernes. Trató de decirse: *El clima se me está metiendo en los huesos, tal vez ya no soy tan joven.* Pero sabía que se trataba de algo más. Era inquietud, algo que se movía y le perturbaba la mente, algo maligno. Algo podrido.

Advirtió que había tratado de mantener la mirada apartada de las bajas colinas arboladas que se erguían al este y, deliberadamente, para acabar con su extraño desasosiego, se obligó a girar sobre su montura y a observar las laderas de arriba abajo.
Las tierras oscuras.

Tonterías, se dijo furioso. Hubo guerra allí, el año pasado, contra el pueblo gato. Algunos resultaron muertos, y a otros los obligaron a alejarse y a establecerse en la tierra de Alton, alrededor de los lagos. El pueblo gato era feroz y cruel, sí, asesinaba y quemaba, atormentaba y daba por muerto todo aquello que no podía asesinar de forma directa. Tal vez lo que sentía era tan sólo el recuerdo de todos los sufrimientos que se habían producido allí durante la guerra. *Mi mente está abierta a las mentes de los que padecieron...*

No era mucho peor. Todos esos rumores acerca de las fechorías que había hecho el

pueblo gato.
Miró hacia atrás. Su escolta —cuatro espadachines de la Guardia— empezaba a juntarse y murmurar, y él supo que debía ordenar un alto para que los caballos descansaran. Uno de los guardias se adelantó para ponerse a su lado, y Damon contuvo su cabalgadura para poder mirar al hombre.

—Lord Damon —dijo el hombre con adecuada deferencia, aunque se le veía enojado—, ¿por qué cabalgamos como si los enemigos nos pisaran los talones? No he oído hablar de guerra ni de emboscadas.

Damon Ridenow se obligó a aflojar el paso, pero le costó un esfuerzo. Lo que deseaba era espolear al caballo, llegar rápido a la seguridad de Armida, donde les esperaban...
—Creo que sí nos persiguen, Reidel. —Su voz tenía ecos sombríos.

El Guardia paseó su mirada vigilante por todo el horizonte (le habían entrenado para estar alento), pero con declarado escepticismo.
—Lord Damon, ¿en qué matorral se oculta la emboscada?

—De eso sabes tanto como yo —le respondió Damon, con un suspiro.
El hombre parecía obstinado.

—Bien, eres un señor del Comyn, y ése es asunto tuyo. El mío es llevar a cabo tus órdenes. Pero hay un límite para lo que un hombre y un caballo pueden hacer, señor, y si recibimos un ataque con las monturas cansadas y con llagas por haber cabalgado demasiado, no podremos ofrecer resistencia.

—Supongo que tienes razón —aceptó Damon, suspirando—. Ordena un alto, entonces. Al menos aquí, en terreno abierto, hay menos peligro de que nos ataquen.

Estaba acalambrado y agotado, y contento de desmontar, a pesar de que la angustiosa sensación de urgencia lo seguía acosando. Cuando el guardia Reidel le trajo comida, la tomó sin sonreír, y la agradeció distraídamente. El Guardia se demoró junto a él con el privilegio de largos años de trabajo conjunto.
— ¿Todavía hueles el peligro detrás de cada árbol, lord Damon?

—Sí, pero no puedo decir por qué —respondió Damon, y volvió a suspirar.

A pie, era de estatura mediana, un hombre delgado y pálido, con el pelo rojo fuego propio de un señor del Comyn de los Siete Dominios; al igual que la mayoría de los suyos, no llevaba más armas que una daga, y debajo de la capa de viaje lucía la ligera túnica habitual en los hombres que pasan mucho tiempo encerrados, la vestimenta de un erudito.
El Guardia lo miraba solícito.

—No estás acostumbrado a cabalgatas tan largas, señor, ni tan apresuradas. ¿Había realmente necesidad de un viaje tan precipitado?

—No lo sé —contestó con suavidad el señor del Comyn—. Pero mi pariente de Armida me envió un mensaje, un mensaje secreto, en el que me pedía que acudiera a toda velocidad, y ella no es de esa clase de mujeres que se asustan de una sombra ni se pasa la noche despierta temiendo que entren bandidos en el patio cuando los hombres de la casa no están. Un llamamiento urgente de la dama Ellemir no es algo que se pueda tomar a la ligera, de modo que vine de inmediato, tal como era mi obligación. Puede tratarse de algún problema de familia, alguna enfermedad en la casa; pero en cualquier caso, es un asunto grave, de no ser así ella misma podría enfrentarlo.
El Guardia asintió lentamente.

—He oído decir que la dama es valerosa y con recursos. Tengo un hermano que pertenece al personal de su casa. ¿Puedo explicar todo esto a mis hombres, señor? Tal vez refunfuñen menos si se enteran de que hay problemas graves y que no se trata de un capricho tuyo.

—Puedes decírselo, no es ningún secreto —aceptó Damon—. Yo mismo lo hubiera hecho, si se me hubiera ocurrido.
Reidel esbozó una sonrisa.

—Ya sé que no eres un gran caudillo de hombres —replicó—. Pero ninguno de nosotros ha oído rumores, y a nadie le gusta cabalgar por esta zona si no hay una gran necesidad.
— ¿Sin gran necesidad, Reidel? ¿Qué quieres decir?

Ahora que había formulado una pregunta directa, el hombre se sintió incómodo.

—Peligro —contestó al fin—, y mala suerte. Acecha tras la sombra. Ahora la llaman la

tierra oscura, y ningún hombre viajará o cabalgará por ella de grado, y sólo si cuenta con buena protección.

—Tonterías.

—Puedes reírte, señor, los Comyn están bajo la protección de los Grandes Dioses.

Damon suspiró.

—Nunca pensé que fueras tan supersticioso, Reidel. Has sido guardia durante veinte años, estuviste al servicio de mi padre. ¿Todavía crees que los Comyn somos diferentes de los otros hombres?

—Son más afortunados —alegó Reidel, apretando los dientes—, pero ahora, cuando los hombres cabalgan por las tierras oscuras, no vuelven más o vuelven locos. No, señor, no te rías de mí, le ocurrió al hermano de mi madre hace dos lunas. Cabalgó a las tierras oscuras para visitar a una doncella a quien deseaba convertir en su segunda esposa, ya que había pagado por ella cuando sólo tenía nueve años. No regresó en la fecha prevista, y cuando me dijeron que había entrado para siempre en la sombra, yo también me reí y dije que sin duda se había demorado para irse a la cama con la joven y dejarla embarazada. Entonces, señor, una noche, más de diez días después de la fecha en que le esperábamos, llegó a la sala de Guardias de Serré, ya entrada la noche. No soy hombre fantasioso, señor, pero su rostro, su rostro... —Abandonó la lucha para encontrar palabras—. Parecía haber mirado directamente al séptimo infierno de Zandru. Y no decía nada que tuviera sentido, señor. Deliraba hablando de grandes fuegos, y de la muerte en los vientos, y de muchachas que se prendían a su alma como gatas-brujas, y aunque lo enviaron a la hechicera, antes de que ella pudiera sanarle la mente, murió en medio del delirio.

—Alguna enfermedad de las montañas y las colinas —opinó Damon, pero Reidel sacudió la cabeza.

—Como tú mismo me has recordado, señor, he sido guardia en estas montañas durante veinte años, y mi tío durante cuarenta. Conozco las enfermedades que afectan a los hombres, y ésta no era ninguna de ellas. Tampoco conozco ninguna enfermedad que ataque a un hombre en una sola dirección. Yo mismo me adentré un poco en las tierras oscuras, señor, y vi con mis propios ojos los jardines marchitos y los huertos descuidados, y la gente que vive allí ahora. Lo cierto es que se alimentan de comida de brujas, señor.

Damon volvió a interrumpirle.

— ¿Comida de brujas? Las brujas no existen, Reidel.

—Llámalo como quieras, pero esa comida no viene de un grano, ni de una raíz, ni de una fruta, ni de un árbol, señor, ni tampoco es carne de ningún ser vivo. No tocaría un solo grano de eso, y creo que por eso logré volver sin daño. Vi cómo aparecía de la nada.

—Los que tienen los recursos pueden preparar comida a partir de substancias que parecen incomestibles, Reidel, y son alimentos sanos. Un técnico de matrices... ¿cómo puedo explicarte esto? Desarma la materia química que no puede comerse, y cambia su estructura de modo que pueda digerirse y sea nutritiva. No basta para mantener con vida a un hombre durante muchos meses, pero sí sirve para un lapso más breve, en caso de urgencia. Hasta yo mismo puedo hacerlo, y no hay en ello ninguna brujería.

Reidel frunció el ceño.

—Brujería de tu piedra estelar...

— ¡Brujería! ¡Un rábano! —exclamó Damon, malhumorado—. Una habilidad.

—Entonces, ¿por qué sólo los Comyn pueden hacerlo?

Damon exhaló un suspiro.

—Yo no puedo tocar el laúd; ni mis dedos ni mis oídos tienen el talento natural ni el entrenamiento necesarios. Pero tú, Reidel, naciste con ese don, y te entrenaste durante la infancia, así que puedes hacer música cuando se te antoja. Lo mismo ocurre con esto. Los Comyn nacen con ese talento, como otros nacen con talento para la música, y en la niñez nos entrenan para cambiar la estructura de la materia con la ayuda de estas piedras matrices. Yo sólo puedo conseguir algunos pequeños logros; otros, bien entrenados, son más poderosos. Tal vez alguien ha estado experimentando con ese tipo de comida falsa en esas tierras, y al no conocer demasiado bien su habilidad, ha fabricado veneno, un veneno que hace que los hombres pierdan el juicio. Pero ése es un asunto para una de las Celadoras.

¿Por qué nadie ha ido a planteárselo?

—Exprésalo como quieras —gruñó el Guardia, pero su rostro obstinado y tenso decía mucho más—. Las tierras oscuras están bajo algún maleficio, y los hombres de buena voluntad deberían evitarlas. Y ahora, si te parece, señor, deberíamos volver a montar si queremos llegar a Armida antes de que caiga la noche, pues a pesar de que nos mantengamos lejos de las tierras oscuras, éste no es un camino fácil para cabalgar de noche.

—Tienes razón —observó Damon, y montó, esperando a que su escolta volviera a reunirse. Tenía mucho en qué pensar. Desde luego, había oído rumores acerca de las tierras que limitaban con el pueblo gato, pero hasta ahora nada como esto. ¿Sería todo una superstición, rumores basados en las habladurías de los ignorantes? No, Reidel no era un hombre fantasioso, ni tampoco lo era su tío, un soldado veterano y endurecido, no era la clase de hombre que puede ser presa de sombras vagas. Algo muy tangible lo había matado, y Damon podía estar seguro de que ese viejo había ofrecido mucha resistencia al asesino.

Habían llegado a la cumbre de la montaña, y Damon miró hacia el valle de abajo, en busca de algún indicio de emboscada, porque la sensación de que le vigilaban o perseguían se había convertido ya en obsesión. Éste sería un buen lugar para sorprenderlos, mientras descendían por la ladera.

Pero el camino y el valle se extendían libres delante de ellos bajo la tenue luz, y él frunció el ceño, tratando de relajar sus tensos músculos a fuerza de voluntad.

Estás llegando a un punto en que te alarman las sombras. No podrás hacer gran cosa por Ellemir si no te tranquilizas.

Dirigió la mano enguantada hasta la cadena que le rodeaba el cuello; allí, envuelta en seda dentro de una bolsita de cuero, sintió la forma dura, la curiosa calidez de su matriz. Entregada a él en cuanto logró dominar el uso, la «piedra estelar» de la que Reidel había hablado estaba sintonizada con su mente de una manera que tan sólo los nacidos en Darkover (y además telépatas del Comyn) podían comprender. Un largo entrenamiento le había enseñado a amplificar las fuerzas magnéticas de su cerebro a través de la curiosa estructura cristalina de la piedra; y ahora el sólo hecho de tocarla calmó su mente. Era la larga disciplina del telépata entrenado.

Razón, se dijo, *todo en orden.* A medida que disminuía la inquietud, sintió el pulso tranquilo y una lenta euforia, lo que significaba que su cerebro había empezado a funcionar a un ritmo que los Comyn denominaban básico o «de descanso». Desde esta situación de calma, por encima de sí mismo, examinó sus propios temores y los de Reidel. Era algo que debía examinar, sí, pero no para cavilar sobre esos cuentos confusos. Era más bien algo que debía dejarse de lado para pensar, y que luego tenía que investigar con cuidado a partir de hechos y no de temores, de realidades y no de habladurías.

Un terrible grito le desgarró la mente, haciendo pedazos su calma artificial como haría una piedra arrojada contra un cristal. Fue un golpe doloroso e intenso, y también él gritó cuando su mente recibió el impacto del miedo y de la agonía, un segundo antes de escuchar un ronco aullido, un espantoso aullido, ese que sólo brota de labios agonizantes. Su caballo se encabritó; mientras con la mano seguía aferrando el cristal que le pendía del cuello, tiró desesperadamente de las riendas en un intento de controlar al enardecido caballo. El animal se quedó inmóvil, tembloroso y con las patas rígidas, mientras Damon contemplaba atónito cómo Reidel caía lentamente al suelo, inerme e inconfundiblemente muerto, con un gran tajo en la garganta, de donde fluía la sangre como de una fuente carmesí. *¡Y no había nadie cerca de él!* Una espada salida de ninguna parte, una invisible garra de acero que había segado la garganta de un hombre vivo.

— ¡Aldones! ¡Que el Señor de la Luz nos proteja! —murmuró Damon para sí, aferrando la empuñadura de su daga y luchando por controlarse. Los otros guardias se rebelaban, y con las espadas describían grandes arcos centelleantes en el aire.

Damon aferró el cristal con fuerza, librando una silenciosa batalla para dominar esa ilusión... *¡por fuerza tenía que ser una ilusión!* Lentamente, como a través de un espeso velo, vio formas, sombras extrañas y apenas humanas. La luz parecía brillar *a través* de ellas, y enfocó los ojos en un esforzado intento de impedir que las formas desaparecieran.

¡Y él estaba desarmado! En cualquier caso, no era un gran espadachín...

Asió las riendas del caballo, luchando contra el impulso de lanzarse contra los invisibles oponentes. Una roja furia le corría por las venas, pero una fría oleada de razón le hizo observar, remotamente, que estaba desarmado, que sólo lograría morir con sus hombres, y que ahora era más importante cumplir con su deber hacia su pariente. ¿Tal vez la casa de ella estaría sitiada por esos terrores invisibles? ¿Acaso esos terrores acechaban para impedir que alguien llegara en ayuda de Ellemir?

Sus hombres luchaban con furia contra los atacantes invisibles; Damon, aferrando su matriz, espoleó su cabalgadura y los esquivó, alejándose de los agresores al galope. Tenía un nudo en la garganta. Por lo que sabía, en cualquier momento alguna hoja invisible podía salir de la nada y rebanarle la cabeza. A sus espaldas, los roncos alaridos de sus hombres eran como un cuchillo que le atravesaba el corazón, la conciencia. Cabalgó con la cabeza gacha y envuelto en la capa, como si los demonios lo persiguieran, y no aminoró la marcha hasta que se detuvo (con el caballo temblando cubierto de sudor), su propia respiración convertida en un jadeo, en la ladera siguiente, a dos o tres millas de la emboscada, ante las altas puertas de Armida.

Ya desmontado, extrajo el cristal de la bolsa de cuero y del envoltorio de seda. *De haberla descubierto podría habernos salvado a todos,* pensó, observando con desesperación la piedra azul con los extraños y móviles centelleos de fuego en el interior. Con su poder telepático entrenado, enormemente amplificado por las resonancias de los campos magnéticos de la matriz, hubiera podido dominar la ilusión; sus hombres hubieran tenido que luchar, pero libres de ilusiones, contra enemigos que hubieran podido ver y en una lucha abierta. Agachó la cabeza. Una matriz nunca se llevaba descubierta; sus vibraciones y resonancias debían aislarse de cuanto las rodeaba. Y en el tiempo que hubiera tardado en librarla de sus capas protectoras, sus hombres ya habrían muerto de todos modos, y él junto con ellos.

Suspirando, y envolviendo una vez más el cristal en la seda, palmeó el flanco de su caballo exhausto y, sin montar para evitarle un mayor esfuerzo a la temblorosa bestia, lo llevó de la brida, trepando lentamente por la subida que conducía a las puertas. Al parecer, Armida no estaba sitiada. El patio estaba en calma y desnudo bajo el sol agonizante, y la niebla nocturna empezaba a deslizarse de las montañas que lo circundaban. Aparecieron unos criados para hacerse cargo de su caballo, y se mostraron alarmados ante el estado de la bestia.

— ¿Te persiguieron, lord Damon? ¿Dónde está tu escolta?

Él sacudió lentamente la cabeza, intentando no responder.

—Más tarde, más tarde. Encárgate de mi caballo, y no dejes que beba hasta que se haya enfriado; ha galopado demasiado. Llama a la dama Ellemir y dile que ya he llegado.

Si esta misión no es de suma importancia, se dijo sombríamente, *discutiré con ella. Cuatro de mis más fieles hombres han muerto, y de manera horrible. Sin embargo, no está sitiada ni en problemas graves.*

Entonces advirtió el sombrío silencio que se cernía sobre el patio. Había manchas se sangre sobre las piedras. Le invadió una extraña inquietud, un insano desasosiego, una sensación mental, percibida como algo que no pertenecía en absoluto a este nivel del mundo.

Alzó la vista para mirar a Ellemir Lanart, de pie ante él.

—Pariente —dijo ella a media voz—. Oí algo... no lo suficiente para estar segura. Creí que también tú... —Se le quebró la voz, y se arrojó en sus brazos—. ¡Damon! ¡Damon! ¡Creí que también tú habías muerto!

Damon Ridenow sostuvo con suavidad a la joven, acariciando los temblorosos hombros. Por un momento, el brillante pelo de ella le cubrió el pecho, luego ella suspiró luchando por recobrar el control, y levantó la cabeza. Era muy alta y esbelta, y el pelo rojo fuego la proclamaba como miembro de la casta telepática de Damon; tenía rasgos delicados y brillantes ojos azules.

—Ellemir, ¿qué ha ocurrido aquí? —Preguntó Damon con creciente angustia—. ¿Estás sufriendo un ataque? ¿Se ha producido una incursión?

Ella bajó la cabeza.

—No lo sé. Sólo sé que Calista ha desaparecido.

— ¿Desaparecido? En nombre de Dios, ¿qué quieres decir? ¿La han raptado los bandidos? ¿Ha huido? ¿Se fugó? —Incluso mientras hablaba, él sabía que todo aquello era imposible; la hermana gemela de Ellemir, Calista, era Celadora, una de esas mujeres entrenadas para manejar todo el poder de un círculo de telépatas expertos; hacían votos de virginidad y estaban rodeadas de tanto respeto y veneración que ningún hombre de Darkover se atrevería a poner los ojos en ellas—. ¡Ellemir, dímelo! Pensé que Calista estaba segura en la torre de Arilinn. ¿Dónde? ¿Cómo?

Ellemir luchaba por dominarse.

—No podemos hablar aquí en el patio —dijo, alejándose de él y recobrando el control.

Por un momento Damon lamentó su reacción; la cabeza de ella sobre su hombro parecía haber estado allí siempre. Se dijo con incredulidad que no eran el momento ni el lugar adecuados para estas ideas, y se resistió al impulso de volver a rozar levemente la mano de la joven. La siguió a paso lento hasta el gran vestíbulo, pero la muchacha apenas si había entrado cuando se volvió hacia él.

—Ella estaba aquí de visita —explicó con voz temblorosa—. La dama Leonie quería dejar su puesto como Celadora y regresar a su hogar en Valeron. Calista iba a sustituirla en la torre, pero primero vino a hacerme una visita. Quería persuadirme de que fuera con ella a Arilinn para que la acompañara y no viviera tan sola. En cualquier caso, al menos quería verme una temporada antes de aislarse para constituir el Círculo de la Torre. Todo anduvo bien, aunque ella parecía inquieta. No soy telépata entrenada, Damon, pero Calista y yo somos gemelas, y nuestras mentes se tocan un poco, lo queramos o no. De modo que percibí su inquietud, pero ella por toda explicación me contó que tenía pesadillas con gatas-brujas, jardines marchitos y flores secas. Y entonces un día... —El rostro de Ellemir palideció y, casi sin saber lo que hacía, tomó la mano de Damon, asiéndola desesperadamente como si deseara que él llevara todo aquel peso—. Me desperté al oír su grito, pero nadie más oyó ni un sonido, ni siquiera un susurro. Cuatro de nuestros servidores yacían muertos en el patio, y entre ellos... entre ellos se encontraba nuestra nodriza, Bethiah. Había amamantado a Calista cuando era un bebé, dormía en un jergón a sus pies, y estaba allí con los ojos... los ojos arrancados de las órbitas, todavía con vida. —Ellemir hablaba entre sollozos—. ¡Y Calista había desaparecido! ¡Se había esfumado y yo no podía llegar a ella... ni siquiera con la mente! Mi gemela, y había desaparecido como si Avarra se la hubiera llevado, viva, al otro mundo.

Damon, con un gran esfuerzo, logró que su voz sonara firme.

— ¿Crees que está muerta, Ellemir?

Ellemir lo miró con sus grandes ojos azules.

—No. No la sentí morir; y mi gemela no podría dejar la vida sin que yo compartiera su viaje. Cuando nuestro hermano Coryn murió al caer desde un nido, mientras buscaba halcones, tanto Calista como yo sentimos cómo pasaba de la vida a la muerte, y Calista es mi gemela. Está viva. —La voz de Ellemir se quebró y rompió a llorar desconsoladamente—. ¿Pero dónde? ¿Dónde? ¡Ha desaparecido, ha desaparecido como si jamás hubiera existido! Y desde entonces sólo hay sombras, sombras. Damon, Damon, ¿qué voy a hacer?

Nunca hubiera creído que bajar por la montaña resultara tan difícil.

Durante todo el día, Andrew Carr se había tambaleado, tropezado y deslizado alrededor de las puntiagudas rocas de la ladera. Había atisbado al fondo del abismo increíblemente profundo donde se habían estrellado los restos de la nave de exploración, y había abandonado cualquier esperanza de rescatar comida, ropas o los discos de identificación de sus compañeros. Ahora, a medida que caía la noche y una leve nevada empezaba a cubrir las laderas, se arropó con el grueso abrigo de piel y engulló los últimos caramelos que le quedaban. Oteó el horizonte en busca de luces o de otras señales de vida. Tenía que haber algo. Éste era un planeta densamente habitado. Pero aquí, en las montañas, podía haber kilómetros o incluso cientos de kilómetros entre las áreas habitadas. Distinguió en el horizonte unos pálidos resplandores, un grupo de luces apiñadas que podía pertenecer a una aldea o una ciudad. De modo que su problema consistía en llegar hasta allí. Pero eso requeriría bastante esfuerzo. No sabía nada —en realidad menos que nada— de técnicas de

supervivencia. Por fin, al recordar algo que había leído, se enterró en una pila de hojas muertas, cubriéndose la cabeza con el cuello del abrigo de piel. Tenía frío, y descubrió que sus pensamientos se demoraban amorosamente en la comida, en platos llenos y humeantes, pero por fin se durmió. Descansó de manera superficial, despertándose casi cada hora debido a los escalofríos para enterrarse más profundamente en la pila de hojas, pero durmió. En sus confusos sueños, no le visitó el rostro espectral de la muchacha que identificaba como una visión.

Durante todo el día siguiente, y también el otro, se abrió camino con esfuerzo descendiendo por una encrespada ladera cubierta con densa maleza; dos veces se perdió en el boscoso valle que yacía a los pies, y por fin logró ascender a la otra cumbre. Desde el fondo del valle, no tenía manera de saber hacia qué lado debía ir, y desde lo alto, no distinguió ningún indicio de habitantes humanos o de otra clase. Una vez se topó con los restos, muy deteriorados, de una cerca, y perdió un par de horas siguiéndola —la existencia misma de una cerca significaba algo que debía ser confinado o mantenido fuera—. Pero sólo le condujo hasta unos espesos viñedos enmarañados, y decidió que fuera cual fuese la clase de ganado para el que se había construido el corral, tanto los animales como el dueño se habían ido mucho tiempo atrás. Cerca del lugar donde había hallado la valla divisó un arroyo seco, y supuso que tal vez ese cauce le condujera montaña abajo. Las civilizaciones, especialmente las agrícolas, siempre han construido las poblaciones cerca de los cursos de agua, y consideró que este planeta no iba a ser la excepción. Si seguía el lecho de la corriente, seguramente saldría de las montañas y llegaría hasta las moradas de la gente que había construido la cerca y pastoreado el ganado. Pero al cabo de unos pocos kilómetros, el lecho seco desaparecía bajo un derrumbamiento de rocas y, por más que lo intentó, no logró hallar la continuación del otro lado. Tal vez por eso los constructores de la cerca se habían llevado el ganado.

Hacia el final del segundo día encontró unas pocas frutas marchitas que pendían de un árbol raquítico. Parecían manzanas a la vista y al gusto, secas y duras pero comestibles; se comió casi todas las que había y se llevó las otras para comerlas más tarde. Era probable que crecieran más plantas comestibles a su alrededor, desde la corteza de ciertos árboles hasta los hongos que había observado sobre los troncos caídos. El problema era que no sabía distinguir las plantas comestibles de las venenosas, y por lo tanto sólo lograba confundirse y complicarse al pensar en eso.

Esa misma noche, más tarde, mientras buscaba algún lugar para dormir, la nieve empezó a caer de nuevo, con una persistencia extraña que lo inquietó. Había oído hablar de las tormentas de las montañas, y la idea de quedar atrapado en una de ellas, sin comida, ropa protectora ni refugio, le hizo enloquecer de temor. Al poco rato, la nieve caía tan densa que casi no podía distinguir su mano si la alzaba delante del rostro, y tenía los zapatos empapados y embarrados en esa masa fría y pegajosa.

Estoy acabado, pensó con desespero. *Ya estaba acabado cuando se estrelló el avión, sólo que no tuve el buen criterio de darme cuenta.*

La única carta que tenía, la única oportunidad que tuve nunca, era el buen tiempo, y ahora también eso se ha arruinado.

Lo único que tenía sentido ahora era elegir un lugar confortable, a ser posible resguardado del condenado viento que aullaba como un alma perdida por entre las grietas rocosas de arriba, acostarse, ponerse cómodo y quedarse dormido bajo la nieve. Ése sería el fin. Teniendo en cuenta el carácter desértico de esta parte del planeta, era probable que pasaran muchos años antes de que alguien diera con su cadáver, y ya no sería posible distinguir si él había sido un terráqueo o un nativo del planeta.

¡Condenado viento! Aullaba como una docena de máquinas de viento, como el coro de las almas perdidas del *Infierno* de Dante. Había en ese viento una curiosa ilusión. Sonaba como si, desde muy lejos, alguien le llamara por su nombre.

¡Andrew Carr! ¡Andrew Carr!

Era una ilusión, por supuesto. Nadie en quinientos kilómetros a la redonda sabía siquiera que él yacía aquí, salvo tal vez la muchacha espectral que le había visitado cuando se estrelló el avión. Si es que ella *estaba* en realidad a menos de quinientos kilómetros de aquí. Y de

hecho, no tenía idea de si ella sabía su nombre o no. Maldita fuera la muchacha, de todos modos, si es que existía. Cosa que él dudaba.

Carr tropezó y cayó de bruces sobre la nieve apilada. Empezó a incorporarse y entonces pensó: *«Oh, diablos, para qué»*. Volvió a dejarse caer.

Alguien le *estaba* llamando por su nombre.

¡Andrew Carr! ¡Ven por aquí, rápido! Puedo mostrarte el camino hacia un refugio, pero no puedo hacer más. Debes ir por ti mismo.

Se oyó decir con voz preocupada, en contra del tenue susurro que era como un eco dentro de su mente:

—No. Estoy demasiado cansado. No puedo ir más lejos.

— ¡Carr! ¡Levanta la vista y mírame!

Con resentimiento, protegiéndose los ojos del viento que aullaba y de las afiladas agujas de la nieve, Andrew Carr se incorporó y miró. Ya sabía qué iba a ver. Era la muchacha, por supuesto.

En realidad, no estaba allí. ¿Cómo podía estar allí, con un tenue vestido azul que parecía un camisón desgarrado -y descalza? El cabello ni siquiera se le agitaba en la cruel ventisca cargada de nieve.

Se oyó decir unas palabras en voz alta, y se dio cuenta de que el viento se las arrancaba de la boca y las llevaba lejos, de modo que era imposible que la muchacha las oyera a tres metros de distancia:

— ¿Qué estás haciendo ahora? ¿De verdad estás aquí? ¿Dónde estás?

Ella habló con precisión, con esa voz de tono bajo que parecía llegar solamente hasta su oído, y ni un centímetro más allá.

—No sé dónde estoy, y si lo supiera no estaría aquí, ya que no se trata de un lugar que me guste. Lo importante es que sé dónde estás tú, y cuál es el único lugar seguro para ti. ¡Sígueme, rápido! ¡Levántate, tonto, levántate!

Carr se puso en pie con dificultad, aferrado al abrigo. Ella parecía permanecer a unos dos metros y medio delante de él, en medio de la tormenta. Llevaba el fino camisón desgarrado, pero aunque los pies y los hombros desnudos resplandecían pálidamente a través de las desgarraduras de la ropa, ella no parecía tener frío.

Le hizo un gesto —ahora había captado la atención de Andrew, al parecer no quería esforzarse más por hacerse oír— y empezó a caminar con ligereza sobre la nieve. Los pies, advirtió él con una extraña sensación de irrealidad, no tocaban el suelo. *Sí, eso concuerda con la idea, es un fantasma.*

Con la cabeza gacha, él avanzó a trompicones en pos de la figura de la joven. El viento golpeaba contra el abrigo y lo hacía flamear salvajemente detrás de él. Los zapatos eran espesos terrones semicongelados de nieve húmeda, y el pelo y la barba crecida eran heladas asperezas en su rostro. Ahora que la nieve había convertido el suelo en una blancura indistinta, cubriendo las rocas y las sombras, dos o tres veces tropezó con alguna raíz o hueco ocultos, y cayó de bruces; pero en cada ocasión luchó por incorporarse y seguir a la sombra que lo precedía. Ella ya le había salvado la vida una vez. Seguramente sabía lo que hacía.

Le pareció haber tropezado a través de la nieve durante mucho tiempo, aunque después pensó que probablemente no hubieran transcurrido más de tres cuartos de hora, antes de toparse con lo que al parecer era un muro de ladrillo. Lo tocó con la mano, incrédulo.

Era un muro de ladrillo. O, en cualquier caso, eso le indicaba el tacto. Reconoció el costado de una construcción *y*, palpando un poco más, halló una puerta de madera, ya lisa y asegurada con rígidas fajas de cuero que pasaban por un rústico pestillo de madera y luego se anudaban.

Le llevó un tiempo desatar los nudos, y al fin tuvo que quitarse los guantes y manipularlos con los dedos desnudos. Cuando los nudos cedieron finalmente, tenía ya las manos rígidas, azules y sangrantes. La puerta se abrió con un crujido y Carr entró con cautela. Por lo que sabía, podría haber encontrado luz, fuego y gente sentada en torno a la mesa, dispuesta a cenar; pero el lugar estaba oscuro y frío y abandonado. Sin embargo, no reinaba ni con mucho tanto frío como al aire libre, y al menos estaba seco. Había algo así

como paja sobre el piso, y la tenue luz que reflejaba la nieve exterior le permitió distinguir vagas formas que podían ser bancos de ordeñar o muebles. No tenía modo de encender luz, pero todo estaba tan silencioso que supo que ni los animales alojados en este lugar, ni sus dueños, habitaban ya el refugio.

Una vez más, la muchacha lo había conducido hasta un lugar seguro. Se hundió en el piso piadosamente seco y formó un lecho confortable con la paja. Se quitó los zapatos empapados, se secó los pies helados e insensibles con la paja y se tendió a dormir. Miró a su alrededor en busca de la forma espectral de la muchacha que lo había guiado hasta aquí, pero tal como esperaba, había desaparecido.

Se despertó, horas más tarde, del profundo sueño del agotamiento, para encontrarse con un mundo blanco donde la nieve rugía, soplaba un aullante infierno de hielo y cellisca que azotaba el edificio en el que se encontraba. Pero a través de los postigos cerrados se filtraba suficiente luz como para distinguir el interior del edificio donde estaba: vacío salvo por la paja y la estructura de los establos. Olía muy tenuemente a bosta animal seca, un olor acre, pero no desagradable.

En el rincón más apartado descubrió una masa oscura, que exploró con curiosidad. Halló algunos harapos de ropas de extraño diseño. Una de ellas, una capa que parecía una manta, confeccionada con una tela de tartán desteñida *y* ya vieja, le sirvió para abrigarse. Debajo de la pila de ropa —que estaba andrajosa pero, a causa de la sequedad del edificio, a salvo de la humedad o el moho— descubrió un pesado baúl cerrado con un gancho, pero no con llave. Al abrirlo encontró comida; los dueños de las bestias que alguna vez habían estado allí tal vez la habrían olvidado o, más probablemente, dejado para otra temporada de pastoreo. Había una especie de pan seco, en realidad más parecido a una galleta o una torta, envuelto en papel encerado. Había una sustancia irreconocible, que parecía cuero, que finalmente catalogó como carne seca, pero ni sus dientes ni su paladar pudieron soportarla. Una pasta fragante le recordó la mantequilla de cacahuete, y casaba bien con la galleta, hecho con granos molidos o nueces y con frutos secos en la masa. Descubrió cierta clase de fruta seca, pero también estaba tan dura que, aunque olía bien, seguramente necesitaría un buen remojo, preferiblemente en agua caliente, para transformarse en algo mínimamente comestible.

Sació el hambre con la galleta y la pasta mantecosa, y después de explorar un poco, encontró un rústico grifo que daba a un recipiente, destinado al parecer a abrevar las bestias. Bebió y se salpicó el rostro con un poco de agua helada. Hacía demasiado frío para un lavado más meticuloso, pero incluso así se sintió algo mejor. Después, envuelto en la manta de tartán, se dedicó a explorar el sitio de punta a punta. Sintió un gran alivio al hallar lo único que le faltaba, una rústica letrina burdamente cerrada en un extremo de la habitación. No le agradaba la idea de tener que aventurarse en la tormenta, ni siquiera por un momento, ni tampoco la posibilidad de ensuciar el lugar, pensando en un posible retorno de sus dueños. Se le ocurrió que esas comodidades, así como la comida acumulada, debían estar dispuestas precisamente en previsión de tormentas como ésta, durante las cuales ni hombres ni bestias podían sobrevivir sin resguardo.

De modo que este mundo no sólo estaba habitado, sino que también, de cierta manera, era civilizado. *Todas las comodidades del hogar*, pensó, de vuelta a su lecho de paja apilada. Ahora todo lo que tenía que hacer era esperar a que pasara la tormenta.

Estaba tan cansado, después de días de trepar y caminar, tan cálido y arropado en su gruesa manta, que no tuvo ningún problema en volver a dormirse. Cuando se despertó, la luz declinaba, y el ruido de la tormenta se había atenuado un poco. Supuso, por la oscuridad creciente, que había dormido la mayor parte del día.

Y sólo estamos a principios de otoño. ¿Cómo será esto en invierno? Este planeta podría convertirse en un gran lugar para deportes de invierno, pero no sirve para nada más. ¡Compadezco a la gente que vive aquí!

Hizo otra austera comida de galletas, pasta de fruta y nueces (bastante buena, pero aburrida si no se podía variar), y como hacía frío y estaba demasiado oscuro para hacer ninguna otra cosa, volvió a envolverse en la manta y se tendió una vez más sobre la paja.

Había dormido bastante, y ya no tenía frío, ni tampoco mucha hambre. Estaba demasiado oscuro como para ver gran cosa, pero en cualquier caso no había mucho para observar. Pensó al azar: *Lástima que no soy un experto xenólogo. Ningún terráqueo se había perdido solo en este mundo, hasta ahora.* Sabía que había sociólogos y antropólogos expertos que, con los datos que él había visto (y comido), podrían analizar hábilmente el nivel exacto de cultura de este planeta, o al menos de la gente que vivía en esta área. Las rústicas paredes de ladrillo o de piedra, unidas con cemento, los compartimentos del establo construidos con maderas clavadas, el grifo de madera dura que daba a un recipiente de piedra, las ventanas sin cristales, cubiertas solamente por postigos de madera, sugerían algo acerca de esta cultura, todo ello concordaba con la cerca y la rústica letrina para indicar una sociedad agrícola de bajo nivel. Sin embargo, no estaba seguro. Después de todo, esto era tan sólo un refugio de pastores, un resguardo de emergencia en caso de mal tiempo, y ninguna civilización desperdiciaba demasiados logros técnicos en ese tipo de construcciones. Por otro lado, había también una especie de sofisticada previsión en el hecho de construir esos refugios y aprovisionarlos con comida imperecedera para casos de necesidad, previendo incluso la necesidad de tener que evitar la salida por necesidades biológicas. La manta estaba bellamente tejida, con una artesanía rara en estos días de telas desechables y sintéticas. Y así advirtió que la gente de este planeta podía ser mucho más civilizada de lo que en principio había supuesto.

Se incorporó sobre la paja crujiente y parpadeó, pues la muchacha estaba otra vez allí, en la oscuridad. Todavía llevaba el delgado vestido azul, roto, que brillaba con un resplandor pálido, como de hielo, en la penumbra del granero oscuro. Por un momento, aunque todavía creía a medias que era una alucinación, no pudo evitar decirle:

— ¿No tienes frío?

No hace frío donde estoy.

Eso, se dijo Carr, era una absoluta extravagancia. Preguntó lentamente:

— ¿Entonces no estás aquí?

¿Cómo podría estar donde estás tú? Si crees que estoy allí... no, aquí, trata de tocarme.

Vacilando, Carr extendió la mano. Aparentemente, debía tocar el hombro desnudo de la joven, pero no encontró nada palpable.

—No comprendo nada de esto —dijo con obstinación—. Estás aquí y no estás aquí. Puedo verte, y eres un espectro. Dices que te llamas Calista, pero ése es un nombre de mi mundo. Todavía creo que estoy loco y hablando solo, pero me encantaría saber cómo puedes explicar todo esto.

La muchacha-espectro emitió un sonido parecido a una risa infantil.

—Yo tampoco lo comprendo —respondió con suavidad—. Como ya he procurado explicarte, no intentaba llegar a ti, sino a mis parientes y amigos. Pero no están en ningún sitio donde los busco. Es como si sus mentes hubieran desaparecido de este mundo. Durante mucho tiempo, vagué por lugares oscuros, hasta que me encontré mirando tus ojos. Creí reconocerte, aunque jamás te había visto antes. Y entonces, algo en ti hizo que yo volviera. En alguna parte, no en este mundo, nos hemos tocado. Yo no soy nada para ti, pero te puse en peligro, así que procuré salvarte. Y vuelvo porque... —por un momento pareció a punto de llorar— estoy muy sola, y hasta un desconocido es mejor que no tener ninguna compañía. ¿Quieres que me vaya?

—No —contestó Carr rápidamente—, quédate conmigo, Calista. Pero sigo sin entender nada en absoluto.

Ella permaneció en silencio, como si reflexionara. *Dios,* pensó Carr, *qué real parece.* Llegaba a distinguir su respiración, la leve elevación y caída de su pecho debajo del vestido liviano y roto. Tenía un pie sucio... no, herido, enrojecido y manchado de sangre.

— ¿Estás herida?

—En realidad, no. Me preguntaste cómo podía estar allí contigo. Ya sabrás que vivimos bajo más de una forma, y que el mundo en el que te encuentras ahora es el mundo sólido, el mundo de las *cosas,* de los cuerpos tangibles y de las creaciones físicas. Pero en el mundo donde yo estoy, dejamos atrás nuestros cuerpos como si fueran ropa que se nos ha quedado pequeña o como la muda de piel de una serpiente, y lo que llamamos «lugar» no tiene

existencia real. Estoy acostumbrada a este mundo, he sido entrenada para recorrerlo, pero de alguna manera me mantienen en una parte de él donde no puedo alcanzar la mente de mi gente. Mientras vagaba por esa llanura lisa y gris, tus pensamientos tocaron los míos y te sentí con claridad, como si nos estrecháramos las manos en un lugar oscuro.

— ¿Estás en la oscuridad?

—Donde tienen mi cuerpo, estoy en la oscuridad, sí. Pero en el mundo gris puedo verte, tal como tú puedes verme a mí. Por eso pude ver cómo se estrellaba tu máquina voladora y supe que caería en el abismo. Y te vi perdido en la tormenta de nieve y supe que estabas cerca de esta cabaña de pastores. Ahora vine para mostrarte dónde encontrarás comida guardada, si no has dado ya con ella.

—Sí, la he encontrado —dijo Carr—. No sé qué decir. Creí que eras un sueño y ahora estás actuando como si fueras real.

Otra vez su risa suave.

—Oh, te aseguro que soy tan real y sólida como tú mismo. Y daría lo que fuera por acompañarte en este frío y oscuro refugio de pastores, ya que está tan sólo a unos pocos kilómetros de mi hogar, y en cuanto la tormenta cediera, estaría libre y caliente junto a mi propia chimenea. Pero yo...

En mitad de una palabra, desapareció de golpe, borrada como un suspiro. Por alguna extraña razón, esto convenció a Carr mucho más de que de todo lo que le había contado era verdad. Si ella era sólo una quimera, si la mente subconsciente de Andrew la había imaginado, tal como los hombres solos y en peligro imaginan a desconocidos surgidos de sus deseos más profundos, la hubiera mantenido con él aquí, o al menos le hubiera permitido terminar lo que estaba diciendo. El hecho de que hubiera desaparecido en mitad de una frase no sólo indicaba que ella realmente había estado allí, sino también que había un tercero con un poder superior sobre sus idas y venidas.

Estaba asustada y triste. *Estoy muy sola, y hasta un desconocido es mejor que no tener ninguna compañía.*

Frío y solitario en un mundo extraño y poco familiar, Andrew Carr podía entender a la perfección este sentimiento. Era exactamente lo mismo que él sentía.

. *No porque ella hubiera sido en absoluto una mala compañía, si estuviera aquí de forma tangible...*

No se obtiene demasiada satisfacción de una compañera que no se puede tocar. Y sin embargo... aunque no pudiera ponerle una mano encima, había algo muy atractivo en aquella chica.

El había conocido a muchísimas mujeres, al menos en el sentido bíblico. Había conocido los cuerpos, un poco de sus personalidades y lo que buscaban en la vida. Pero jamás se había acercado lo suficiente a alguna de ellas como para sentirse mal cuando llegaba el momento de tomar la dirección opuesta.

Enfrentémoslo. Desde el momento en que vi a esta muchacha en la bola de cristal, fue tan real para mí que me dispuse a cambiar toda mi vida sólo por la remota posibilidad de que fuera algo más que un sueño. Y ahora sé que es real. Me ha salvado la vida una vez, no, dos veces. Yo no hubiera durado demasiado en medio de esa tormenta. Y está en problemas. La tienen en la oscuridad, dice, y ni siquiera sabe con precisión dónde se encuentra.

Si salgo de ésta con vida, voy a encontrarla, aunque eso me lleve el resto de mi vida.

Tendido, arropado en su abrigo de piel y en la manta, sobre una olorosa pila de heno, Carr comprendió de golpe que el cambio producido en su vida, el cambio que había empezado cuando vio a la joven en la bola de cristal y había abandonado su trabajo y su vida para permanecer en este planeta, era completo. Había encontrado una nueva dirección que le conducía hacia la chica. *Su* chica. Su mujer, ahora y para el resto de la vida. Calista.

Era lo bastante cínico como para burlarse de sí mismo. Sí. No sabía dónde podía encontrarla, ni quién era; podía estar casada y tener seis hijos (bien, eso era difícil a su edad); podía ser una espantosa bruja... ¿quién sabía cómo eran las mujeres de este mundo? Todo lo que sabía de ella era...

Todo lo que sabía de ella era que de alguna manera lo había tocado, había llegado más

cerca de él que cualquier otra mujer. Sabía que estaba sola, que era desdichada y tenía miedo, que no podía ponerse en contacto con su propia gente, que por alguna razón le necesitaba. Todo lo que sabía de ella era cuanto necesitaba saber: le necesitaba. Por alguna razón, no tenía a nadie más, y si Calista le pedía la vida, se la daría. El la buscaría de algún modo, la liberaría de quien la estuviera reteniendo en la oscuridad, de quien la estuviera hiriendo o asustando. Él la liberaría. *(Sí,* se burló su cínico otro yo, *todo un héroe, matando dragones por tu bella dama,* pero bruscamente acabó con la burla). Y después, cuando ella estuviera libre y feliz...

Después de eso, bien, ya veremos cuando estemos ante la cuestión, se dijo con firmeza, y se dispuso a dormir otra vez.

La tormenta duró cinco días, en la medida en que él podía calcularlo (su reloj con toda evidencia se había estropeado en el accidente y no había vuelto a funcionar). Al tercer o cuarto día se despertó en la penumbra y distinguió la sombra inmóvil de la joven, durmiendo junto a él; aún desorientado, intensamente excitado por la proximidad física de ella... rotunda, adorable, ataviada solamente con la liviana prenda desgarrada que parecía ser todo lo que tenía... Extendió los brazos para atraerla hacia sí; entonces, con aguda desilusión, advirtió que no había nada qué tocar. Como si la intensidad de sus pensamientos la hubieran rozado, la conciencia se desplegó sobre el rostro dormido y ella abrió sus grandes ojos grises. Lo miró con sorpresa.

—Lo siento —murmuró—. Me has sobresaltado...

Carr sacudió la cabeza, tratando de orientarse.

—Ha sido culpa mía —dijo—. Creía que estaba soñando y que no importaba. No quise ofenderte.

—No estoy ofendida —contestó ella, mirándole directamente

a los ojos—. Si yo estaba aquí a tu lado, tenías todo el derecho a esperar... Sólo quise decir que lamento haber despertado un deseo que no puedo satisfacer. No lo hice a propósito. Tal vez estaba pensando en ti en sueños, extranjero. No puedo seguir llamándote sólo «extranjero» —observó Calista, mientras una rápida expresión divertida pasaba por su rostro.

—Me llamo Andrew Carr —dijo, y oyó cómo repetía el nombre con suavidad.

—Andrew. Lo siento, Andrew. Seguramente estaba pensando en ti en sueños y por eso llegué hasta ti sin despertarme. —Sin otros signos de apuro o de rubor, se arregló con más cuidado la ropa sobre los pechos desnudos y alisó los diáfanos pliegues de la falda alrededor de sus muslos redondeados. Sonrió, y el rostro adquirió ahora una expresión casi traviesa—. ¡Ah, qué situación tan triste! ¡La primera vez que me acuesto con un hombre y no puedo disfrutarlo! Pero no debo burlarme de ti. Por favor, no pienses que soy mal educada.

Profundamente conmovido, tanto por el intento de ella de convertir aquella situación en una broma como por todo lo demás, Andrew intervino con amabilidad:

—No tengo ninguna queja de ti, Calista. Sólo querría... —y para su propia sorpresa sintió que se le quebraba la voz—, sólo querría poder ofrecerte algún consuelo.

Calista extendió una mano —casi como si también ella, pensó Andrew con sorpresa, hubiera olvidado que la presencia física era una ilusión— y la posó sobre la muñeca de él. Andrew podía verse la muñeca a través de la delicada imagen de los dedos de la muchacha, pero de algún modo el espejismo resultó muy consolador.

—Supongo que de algo sirve que puedas ofrecer compañía y... —la voz de Calista vaciló, empezó a sollozar— sensación de calor humano a alguien que está solo en la oscuridad.

Él la vio llorar, desgarrado por aquellas lágrimas. Cuando observó que se recobraba un poco, le preguntó:

— ¿Dónde estás? ¿Puedo ayudar de algún modo?

Ella sacudió la cabeza.

—Ya te lo expliqué. Me tienen en la oscuridad. Si supiera exactamente dónde estoy, podría huir. Como no lo sé con precisión, sólo puedo abandonar este sitio en espíritu: mi cuerpo se ve obligado a permanecer en el lugar donde ellos lo han confinado, y deben de saberlo. ¡Malditos sean!

— ¿Quiénes son *ellos,* Calista?

—Tampoco lo sé con certeza, pero sospecho que no son hombres, ya que no me han hecho ningún daño físico, salvo golpes y puntapiés. Es lo único que puede agradecer una mujer de los Dominios cuando se halla en manos de otra gente... al menos en este caso no debo temer una violación. Durante los primeros días, me pasé noche y día aterrada ante el pensamiento de que me violaran; cuando eso no ocurrió, supe que no estaba en manos humanas. Cualquier hombre de estas montañas sabría cómo conseguir que no pudiera resistirme... en tanto los otros no tienen más recursos que sacarme todas las joyas, por si alguna de ellas fuera una piedra estelar, y mantenerme en la oscuridad para que no pueda dañarlos con la luz del sol o las estrellas.

Andrew no comprendía nada. ¿No en manos humanas? Entonces, ¿quiénes eran sus captores? Formuló otra pregunta.

—Si estás en la oscuridad, ¿cómo puedes verme?

—Te veo en la supraluz —respondió ella suavemente, sin explicarle nada en absoluto—. Como tú a mí. No a la luz de este mundo... Mira; tú sabes, supongo, que las cosas que llamamos sólidas son sólo apariencias, diminutas partículas de energía encadenadas que giran muy rápido, y entre las que hay mucho más espacio vacío que sustancia sólida.

—Sí, lo sé. —Era una extraña manera de explicar la energía molecular y atómica, pero resultaba comprensible.

—Bien, entonces. Unidos a tu cuerpo sólido por medio de esas redes de energía se encuentran otros cuerpos, y con adiestramiento puedes aprender a usarlos en el mundo de ese nivel. ¿Cómo decirlo? Del nivel de solidez donde te encuentras. Tu cuerpo sólido camina por este mundo, por este planeta sólido que gira debajo de tus pies sólidos, y en este ámbito necesitas la luz sólida de nuestro sol. Recibe las órdenes de tu cerebro sólido, y el cerebro sólido envía mensajes que hacen que muevas brazos y piernas. Tu mente también proporciona energía a los cuerpos más livianos, cada uno de los cuales posee su propia red eléctrica nerviosa de energía. En el mundo de la supraluz, donde nos hallamos ahora, no existe nada parecido a la oscuridad, porque la luz no procede de un sol tangible. Procede de la red energética del sol, que puede brillar... ¿cómo explicarlo?, que puede brillar a través de la red energética del planeta. El cuerpo sólido del planeta puede eliminar la luz del sol sólido, pero no la luz de su red energética. ¿Entiendes?

—Supongo que sí —murmuró él, tratando de asimilarlo. Sonaba como la vieja historia de la división en cuerpo y planos astrales con una terminología distinta, que él suponía estaba llegando a su mente directamente desde la mente de ella—. Lo importante es que puedas venir aquí. A veces he deseado salir de mí mismo y dejar el cuerpo atrás.

—Oh, lo haces —manifestó ella sin darle importancia—. Todo el mundo lo hace en sueños, cuando las redes energéticas pierden fuerza. Pero no has sido entrenado para hacerlo a voluntad. Algún día, tal vez pueda enseñártelo. —Se rió con un poco de pena—. Es decir, si logramos sobrevivir. Si ambos logramos sobrevivir.

Más allá de los gruesos muros de la gran casa de Armida, la blanca tormenta rugía, aullando y relinchando en torno a las cumbres como si la animara una furia personal contra las paredes de piedra que la dejaban en el exterior. Incluso dentro, en el gran salón, las ventanas se veían grises y el viento llegaba a ellas como un rugido sordo. Inquieta y preocupada, Ellemir cruzaba el salón de un lado a otro. Lanzó una mirada nerviosa a la tormenta que se debatía en el exterior.

— ¡Con este tiempo ni siquiera podemos buscarla! Y es posible que a cada hora que pasa, ella esté cada vez más lejos. —Se volvió hacia Damon como una furia—. ¿Cómo puedes permanecer aquí sentado tan tranquilo, calentándote los pies, mientras Calista está en algún lugar, en medio de esta tormenta?

Damon alzó la cabeza con tranquilidad.

—Ven y siéntate, Ellemir. Podemos estar razonablemente seguros de que, esté donde esté, Calista no se halla ahí fuera, en medio de la tormenta. Quien se haya tomado el trabajo de raptarla, no la dejará morir expuesta al frío de las montañas. En cuanto a buscarla, aunque el tiempo fuera mejor, no podemos recorrer todas las Kilghard Hills a caballo, gritando su nombre a través de los bosques.

Había hablado con cierto humor, pero Ellemir cayó sobre él como un torbellino.

— ¿Estás diciendo que no podemos hacer nada, que estamos impotentes, que debemos abandonarla a su destino?

—No digo nada de eso —objetó Damon—. Ya me has oído. No podemos buscarla al azar por las montañas, aunque la tormenta amainara. Si estuviera en algún escondrijo normal, podrías llegar hasta ella con la mente. Aprovechemos estos días de tormenta para empezar la búsqueda de algún modo razonable, y la mejor manera de hacerlo es sentarse y pensar. Ven y siéntate, Ellemir —rogó—. No favorecerás a Calista caminando de arriba abajo y destrozándote los nervios. Con esto sólo lograrás estar en peores condiciones cuando llegue el momento de ayudarla. No has comido; tienes aspecto de no haber dormido tampoco. Ven, pariente. Siéntate junto al fuego. Deja que te sirva un poco de vino.

Se puso en pie y llevó a la joven hasta un asiento. Ella alzó la vista, con labios temblorosos y le dijo:

—No seas amable conmigo, Damon, o me echaré a llorar.

—A lo mejor te hacía bien —observó él, sirviéndole una copa de vino. Ella lo sorbió con lentitud, y él permaneció junto al fuego, observándola—. He estado pensando. Me contaste que Calista se quejaba de tener pesadillas... ¿jardines marchitos, gatas-brujas?

—Así es.

Damon asintió.

—Vine desde Serráis con un grupo de guardias, y Reidel, uno de ellos, me habló de la desgracia acaecida a su pariente. Parece que deliraba, óyeme bien, acerca de las tierras oscuras. También hablaba de grandes fuegos y vientos que causaban la muerte, y de muchachas que desgarraban su corazón como gatas-brujas. De haber sido otro hombre, yo hubiera calificado todo eso como mera charlatanería, pura imaginación. Pero conozco a Reidel de toda la vida. No es un charlatán, y por lo que he podido saber, no tiene más imaginación que una de sus alforjas. No tenía, debería haber dicho; el pobre hombre está muerto. Pero me contó lo que había visto y oído, y creo que se trata de algo más que una coincidencia. Y ya te hablé de la emboscada, cuando unos atacantes invisibles cayeron sobre nosotros con espadas y armas también invisibles. Esto solo bastaría para pensar que algo muy extraño está ocurriendo en las alturas que han empezado a llamar las tierras oscuras. Como es demasiado improbable que se produzcan dos acontecimientos inesperados en la misma parte del país sin que estén relacionados, no sería un disparate suponer que lo que les
.ocurrió a mis guardias está de alguna manera asociado con la desaparición de Calista.

—Parece probable —coincidió ella—. Esto me sugiere algo más. No fue un ser humano quien arrancó los ojos de Bethiah mientras ella trataba de salvar a su hija de crianza. —Se estremeció, abrazándose los hombros como si estuviera aterida—. ¡Damon! ¿Es posible, puede ser, que Calista esté en poder del pueblo-gato?

—No parece imposible.

— ¿Pero qué pueden querer de ella? ¿Qué harán con ella? ¿Qué... qué...?

— ¿Cómo puedo saberlo, Ellemir? Sólo puedo suponer. Sé muy poco acerca de este pueblo, a pesar de que he luchado contra ellos. No he llegado a ver a un miembro de esta raza, salvo como cadáver sobre el campo de batalla. Algunos creen que son tan inteligentes como los hombres, y otros piensan que son apenas mejores que los animales. Creo que desde los días de Varzil el Bueno no hay nadie que tenga datos seguros sobre ellos.

—No, hay algo que sí sabemos con seguridad —objetó Ellemir—, que pelean como hombres, y a veces con mayor fiereza.

—Eso sí —coincidió Damon, y quedó en silencio, pensando en sus guardias, emboscados y muertos en las colinas por debajo de Armida. Habían muerto para que él pudiera estar allí sentado frente al fuego con Ellemir. Sabía que no había podido hacer nada por salvarlos, y compartir la muerte de ellos no hubiera beneficiado a nadie, pero de todas maneras se sintió desgarrado por el sentimiento de culpa, que no cedía—. Cuando la tormenta amaine debo ir a darles sepultura —dijo, y al cabo de un momento añadió—: Si es que queda algo para sepultar.

Ellemir citó un conocido proverbio montañés:

—El muerto en el paraíso está demasiado feliz para preocuparse por las indignidades de su cadáver; el muerto en el infierno tiene muchas otras cosas en qué pensar.

—Sin embargo —insistió Damon con obstinación—, en nombre de sus familias haré todo lo que esté en mi mano.

—Es el destino de Calista lo que me preocupa ahora. ¡Damon! ¿Estás hablando en serio? ¿De veras crees que Calista puede estar en manos de seres no humanos? Más allá de otras consideraciones, ¿qué pueden querer de ella?

—En cuanto a eso, niña, sé tanto como tú. Es posible... y debemos aceptar esa posibilidad, que la hayan raptado por alguna razón inexplicable, sólo comprensible para los no-humanos, que nosotros jamás podríamos conocer o entender.

— ¡Esto no facilita las cosas! —Ellemir estaba furiosa—. ¡Parecen los cuentos de horror que me contaban de pequeña! Fulanito fue raptado por monstruos, y cuando yo pregunté por qué lo habían raptado los monstruos, la niñera me contestó que porque los monstruos eran malos... —Se interrumpió y recobró la voz—. ¡Esto es *real*, Damon! ¡Es mi *hermanal* ¡No me expliques cuentos de hadas!

Damon la miró sin perder la calma.

—Nada más lejos de mi intención. Ya te lo he dicho: en realidad nadie sabe nada sobre el pueblo-gato.

— ¡Salvo que es maligno!

— ¿Qué es el mal? —Preguntó Damon con cansancio—. Puedes decir que perjudican a nuestro pueblo, y estaré totalmente de acuerdo contigo. Pero si dices que son malignos en sí mismos, sin ninguna razón y sólo por el placer de hacer el mal, entonces los estás convirtiendo en los monstruos de los cuentos de que me has hablado. Sólo dije que como nosotros somos humanos y ellos son del pueblo-gato, tal vez tengamos que aceptar que no podamos comprender, ni ahora ni nunca, qué razones tuvieron para raptarla. Es simplemente un dato a tener en cuenta: cualquier razón que podamos suponer como causa del rapto de Calista puede ser una simple aproximación a las razones de ellos, y no toda la verdad. Aparte de eso, sin embargo, ¿por qué rapta mujeres cualquier pueblo, y por qué a Calista en particular? O, en todo caso, ¿por qué raptan las bestias? Jamás he oído decir que comieran carne, y en cualquier caso los bosques están repletos de caza en esta época, de modo que podemos suponer que la razón no es ésa.

— ¿Estás tratando de asustarme? —Ellemir todavía parecía furiosa.

—En absoluto. Estoy tratando de disipar el horror. Si tenías alguna vaga idea de que podrían haberla matado y comido, creo que puedes descartarla. Por la forma en que mataron a los guardias, e hirieron a su madre de crianza, está claro que no les servía cualquier ser humano, ni siquiera cualquier mujer. De modo que se la llevaron, pero no porque fuera humana ni porque fuera mujer: se la llevaron porque era una determinada mujer humana, porque era Calista.

—Los bandidos y los salteadores de caminos —comentó Ellemir en voz baja— suelen raptar mujeres jóvenes, a veces, como esclavas o concubinas, o para venderlas en las Ciudades Secas...

—Creo que también podemos olvidar eso —objetó Damon con firmeza—. Dejaron a todas las criadas aquí; en cualquier caso, ¿qué harían los hombres-gato con mujeres humanas? Hay historias de cruces entre hombres y *cbieri*, leyendas que se remontan a la antigüedad, pero nadie puede asegurar que tengan algún fundamento real. En cuanto a los otros pueblos, nuestras mujeres no significan para ellos más que las suyas para nosotros. Por supuesto, entra en lo posible que tuvieran algún cautivo humano que deseara una mujer, pero aun en el caso de que fueran tan amables y altruistas como para proporcionarle una, hecho que me resulta inverosímil, había una docena de criadas, tan jóvenes como Calista, igualmente bellas y mucho más accesibles. Si tan sólo querían mujeres humanas como rehenes, o para venderlas como esclavas, se las hubieran llevado también. O se las hubieran llevado a ellas y hubieran dejado a Calista.

—O a mí. ¿Por qué sacar a Calista de su propia cama, y dejarme a mí tan tranquila?

—También eso. Tú y Calista sois gemelas. Yo puedo distinguiros, pero sólo porque os conozco desde que teníais el pelo demasiado corto como para llevar trenzas. Un desconocido nunca os hubiera distinguido, y fácilmente se hubiera llevado a una creyendo que era la otra. Tampoco es probable que desearan simplemente un rehén, o alguien por

quien pedir rescate, y cogieran a la que estaba más a mano.

—No —confirmó Ellemir—. Mi cama está más cerca de la puerta, y la rodearon con todo sigilo para llegar hasta la de ella.

—Entonces se trata del único rasgo que os diferencia —indicó—. Calista es telépata y Celadora. Tú, no. Sólo podemos suponer que de alguna manera ellos sabían cuál de las dos era telépata, y que por alguna razón querían llevarse específicamente a la mujer que respondía a esa característica. ¿Por qué? Sé tanto como tú, pero estoy seguro de que ésa es la razón.

—Pero eso no nos aproxima a ninguna solución —exclamó Ellemir, con tono frenético—. ¡El hecho es que ella ha desaparecido,
y nosotros no sabemos dónde está! ¡Así que toda tu charla no sirve para nada!

— ¿No? Piensa un poquito. Sabemos que hay posibilidades de que no la hayan matado, salvo por accidente; si se tomaron tanto trabajo para raptarla, es probable que la traten con gran cuidado, la alimenten bien, la mantengan caliente, la consideren un lujo. Puede estar asustada y sentirse sola, pero es de presumir que no tenga frío, ni hambre ni dolor, y sería muy raro que haya sufrido abusos o molestias físicas. También es de suponer que no la hayan violado. Eso, al menos, debería tranquilizarte.

Ellemir alzó la olvidada copa de vino y tomó otro sorbo.

—Pero eso no nos ayuda a traerla de vuelta, y ni siquiera sabemos dónde buscarla. —De todos modos, su voz sonaba más tranquila, y Damon se alegró.

—Poco a poco, muchacha. Tal vez, después de la tormenta...

—Después de la tormenta, cualquier rastro o huellas que puedan haber dejado se habrán borrado —objetó Ellemir.

—Por lo que sé, el pueblo-gato no deja rastros que un hombre pueda interpretar, y casi nunca rastros que sirvan para otros gatos. En cualquier caso, no soy rastreador. Si en algo puedo ayudarte, no es de esa manera.

Los ojos de ella se abrieron muy grandes y de repente se le aferró al brazo.

— ¡Damon! Tú también eres telépata, has tenido cierto entrenamiento... ¿no puedes hallar a Calista de ese modo?

Parecía tan excitada, tan viva y feliz con la perspectiva, que a Damon le dolió tener que destruir sus esperanzas, pero sabía que no quedaba más remedio.

—No es tan fácil, Ellemir. Si tú, que eres su gemela, no puedes llegar hasta su mente, debe ser por alguna razón.

—Pero yo no tengo entrenamiento, sé muy poco —murmuró Ellemir con esperanza—, y tú tienes el entrenamiento de la Torre...

El hombre suspiró.

—Eso es cierto. Y lo intentaré. Desde el principio he tenido la intención de probar. Pero no esperes demasiado, *breda.*

— ¿Lo intentarás *ahora!* —rogó ella.

—Haré lo que pueda. Primero, tráeme algo de Calista... una joya que use mucho, una prenda muy usada, algo así.

Mientras Ellemir iba a buscarlo, Damon extrajo la piedra estelar del envoltorio protector de seda y la observó, reflexionando. Telépata, sí, y entrenado en una Torre en las antiguas ciencias telepáticas de Darkover... por un breve período. Y el don hereditario, el *laran* o poder telepático de la familia Ridenow, era la percepción psíquica de fuerzas extrahumanas, engendrado en el material genético del Dominio Ridenow para tareas como ésta, desde hacía siglos. Pero últimamente, las antiguas ciencias no-causales de Darkover habían caído en desuso; a causa de los matrimonios entre parientes, los antiguos dones del *laran* rara vez eran intensos. Damon había heredado todo el don de la familia, pero él siempre lo había experimentado más como una condena que como una bendición, y ahora retrocedía ante la idea de usarlo.

También había retrocedido ante la idea de usarlo —ahora enfrentó directamente el hecho, y la culpabilidad— para salvar a sus hombres. Había percibido el peligro. El viaje, que en principio debía haber transcurrido pacífico, una rutina, una misión familiar, se había convertido en una pesadilla que apestaba a peligro. Sin embargo, no había tenido el coraje de usar la piedra estelar, la piedra matriz que le habían dado durante su entrenamiento en la

Torre, demasiado íntimamente sintonizada con las estructuras telepáticas de su mente como para que otra persona pudiera usarla o siquiera tocarla. *Porque él le tenía miedo... siempre le había tenido miedo.* El tiempo vaciló, aniquilando quince años, y un Damon más joven se encontró, con la cabeza gacha, ante la Celadora Leonie, la misma Leonie que ahora envejecía y cuyo lugar debía ocupar Calista. Leonie no era joven ni siquiera entonces, y carecía de belleza, con el pelo color llama ya un poco apagado, el cuerpo chato y delgado, pero sus ojos grises eran amables y compasivos.

—No, Damon. No es que hayas fracasado, ni me has disgustado. Todos nosotros... yo misma... te amamos y te valoramos. Pero eres demasiado sensible, no puedes aislarte y autoprotegerte. Si hubieras nacido mujer, en un cuerpo de mujer —agregó, poniéndole una mano en el hombro—, hubieras sido una Celadora, tal vez una de las más grandes. Pero como hombre —hizo un leve encogimiento de hombros—, te destruirías a ti mismo, te harías pedazos. Tal vez, libre de la Torre, puedas rodearte de otras cosas, hacerte menos sensible, menos... —vaciló, buscando la palabra exacta— menos vulnerable. Te despido por tu bien, Damon, por tu salud, por tu felicidad, tal vez por tu cordura misma. —Levemente, casi como un suspiro, los labios de ella le rozaron la frente—. Sabes que te amo, por eso no quiero destruirte. Ve, Damon.

No había apelación posible, y Damon se había ido, maldiciendo la vulnerabilidad, el don que llevaba como una condena.

Había emprendido una nueva carrera en el Concejo del Comyn, y aunque no era buen soldado ni espadachín, había aceptado el cargo de comandante de los guardias, coaccionado por la necesidad de probarse a sí mismo. Ni siquiera para sus adentros había admitido hasta qué punto aquella conversación con Leonie había socavado su virilidad. Había evitado con horror y pánico cualquier trabajo con la piedra estelar (aunque la seguía llevando, ya que se había convertido en una parte de sí mismo).

Y ahora debía hacerlo, aunque su mente, sus nervios, todos sus sentidos se rebelaban contra eso.

Volvió bruscamente al presente cuando Ellemir le interrumpió con voz tentativa:

—Damon, ¿estás dormido?

Sacudió la cabeza para alejar los fantasmas del miedo y el fracaso del pasado.

—No, no. Tan sólo estaba preparándome. ¿Qué me has traído de Calista?

Ella abrió la mano; tenía una mariposa de plata, bellamente engarzada con gemas multicolores.

—Calista siempre la llevaba en el cabello —dijo Ellemir y, en efecto, de la hebilla aún colgaban dos o tres hebras de pelo largo y sedoso.

— ¿Estás segura que es de ella? Supongo que, como todas las hermanas, las dos compartís los adornos... mis propias hermanas solían quejarse de eso.

Ellemir se volvió para mostrarle el broche en forma de mariposa que llevaba sobre la nuca.

—Mi padre le regalaba adornos plateados y a mí dorados, para que pudiéramos diferenciarlos. Encargó éstos hace años, en Carthon, y desde entonces Calista ha llevado esta hebilla en el pelo. No le gustan mucho las joyas, así que me dio la pulsera que hacía juego, pero siempre usaba este broche.

El razonamiento sonaba apropiado y convincente. Damon cogió la hebilla plateada entre los dedos y cerró los ojos, tratando de averiguar qué podía percibir.

—Sí, es de Calista —corroboró al cabo de un momento.

— ¿De verdad puedes saberlo?

Damon se encogió de hombros.

—Préstame un momento el tuyo —pidió, y Ellemir se volvió y se quitó del pelo su propia hebilla, alejándose modestamente para que él no llegara a verle el cuello desnudo. En ese momento, estaba tan sensibilizado a Ellemir que incluso esa fugaz visión despertó en él una cadena de respuestas sensuales; con firmeza la relegó a un nivel de conciencia más profundo. No había tiempo para eso ahora. Ellemir le puso en una mano el adorno dorado, que vibraba con la marca de su ser. Damon exhaló un profundo suspiro y volvió a desterrar su excitación por debajo del nivel consciente.

—Cierra los ojos —dijo.
Infantilmente, ella los cerró con fuerza.

—Extiende las manos... —Damon depositó un adorno en cada una de las pequeñas palmas rosadas—. Ahora, si no puedes decirme cuál es el tuyo, no eres hija del Dominio Alton...

—Cuando era niña me probaron para el *laran* —protestó Ellemir—, y me dijeron que no tenía nada, comparada con Calista...

—Nunca te compares con nadie —replicó Damon, con súbita furia—. Concéntrate, Ellemir.

—Éste es mío... estoy segura —dijo, con una extraña nota de sorpresa.
—Mira.

Abrió los ojos azules, y observó atónita el broche dorado, en forma de mariposa, que tenía en la mano.
— ¡Mira, es el mío! El otro era más raro, éste... ¿Cómo lo hice?
Damon se encogió de hombros.

—Éste... el tuyo... tiene la marca de tu personalidad, de tus vibraciones. Hubiera sido más simple si tú y Calista no fueseis gemelas, ya que vosotras compartís las vibraciones en cierta medida. Por eso quería estar muy seguro de que nunca habías usado el broche de ella, pues ya resulta bastante difícil diferenciar a las gemelas contando sólo con su marca telepática. Por supuesto, como Calista es Celadora, su marca es más definida.
Se interrumpió, sintiendo una súbita oleada de furia. Ellemir siempre había vivido a la sombra de su hermana. Y era demasiado buena, demasiado amable y buena como para resentirse por eso. ¿Por qué sería tan humilde?
Se obligó a calmar aquella oleada de furia irracional.

—Creo que tienes más *laran* de lo que piensas, aunque es cierto que en el caso de las gemelas, siempre hay una que al parecer posee una mayor parte del don, y la otra bastante menos. Por eso las Celadoras suelen tener gemelas, ya que una de ellas tiene su propio potencial psi y parte del de su hermana.

Cogió la piedra estelar en sus manos; ella le devolvió la mirada, azul y enigmática, mientras unas cintitas de fuego se retorcían en las profundidades del cristal. *Fuegos que pueden convenir el alma en cenizas...*

Damon apretó los dientes para defenderse de la fría náusea del miedo.
—Tendrás que ayudarme —dijo con rudeza.
—Pero, ¿cómo? No sé nada de esto.
— ¿Ni siquiera has observado a Calista cuando *«salía»?*
Ellemir sacudió la cabeza.

—Nunca me contó nada acerca del entrenamiento ni de su trabajo. Dijo que era difícil y que prefería olvidarlo mientras estaba aquí.

—Una lástima —observó Damon. Se puso cómodo en la silla—. Muy bien, tendré que enseñarte ahora. Sería más fácil si tuvieras experiencia, pero posees lo suficiente como para hacer tu parte. Es simple. Mira. Ponme la mano sobre las muñecas, de modo que pueda seguir viendo la piedra pero... sí, aquí en el pulso. Ahora... —Se extendió con cautela, tratando de establecer un leve contacto telepático. Ella se retrajo físicamente, y él sonrió—. Sí, eso es, puedes percibir el contacto. Ahora no tienes más que controlar mi cuerpo mientras estoy *fuera* buscando a Calista. Cuando *salga*, sentirás que estoy frío al tacto, y que el pulso languidece. Es normal, no temas. Pero si alguien nos interrumpe, no dejes que me toque. Por encima de todo, no dejes que nadie me mueva. Si se me acelera demasiado el pulso, o si se me hinchan las venas de las sienes, o si el cuerpo se me pone demasiado frío o caliente, entonces debes despertarme.
— ¿Y cómo lo hago?

—Di mi nombre, con todas tus fuerzas. No tienes que hablar en voz alta, sólo proyecta tus pensamientos sobre mí, al tiempo que pronuncias mi nombre. Si no puedes despertarme, y todo empeora... por ejemplo, si respiro con dificultad, despiértame de inmediato, sin demoras. En última instancia, pero sólo si no puedes despertarme de ninguna otra manera, toca la piedra. —Al decir esto, hizo una mueca de dolor—. Sin embargo, hazlo tan sólo como

último recurso, es muy doloroso y podría producirme un shock.

Sintió que las manos de ella temblaban mientras le asía por las muñecas, y experimentó también el miedo y la vacilación de Ellemir como una leve niebla que oscurecía la claridad de sus propios pensamientos.

Pobre niña. No debería haberle hecho esto. Maldita suerte. Si Calista tenía que meterse en problemas... Se obligó a ser justo, y trató de aquietar su corazón. Tampoco era culpa de Calista. Debería reservar las maldiciones para los secuestradores.

—No te enfades, Damon —murmuró Ellemir tímidamente.

Él pensó: £5 *un buen signo que perciba mi cólera.*

—No estoy enojado contigo, *breda.* —Usó la palabra íntima que podía significar simplemente *pariente* o, más íntimamente, *querida.* Se arrellanó cuanto pudo, sensibilizándose al tacto de la hebilla de Calista que tenía entre las manos, debajo de la piedra estelar que pulsaba siguiendo el ritmo de sus propias corrientes nerviosas. Trató de apartar todo lo demás, cualquier otra sensación, el tacto de las frías manos de Ellemir sobre sus muñecas y la cálida respiración, el leve aroma a mujer. Bloqueó todo esto, ignoró el titilar de la vela, desdibujó las sombras del cuarto, dejó que su vista se limitara a la azul pulsación de la piedra estelar. Percibió, más que sintió físicamente, cómo se le distendían los músculos cuando el cuerpo se tornó insensible. Por un instante sólo existió el vasto azul de la piedra estelar, que latía al unísono con su corazón; después éste se detuvo, o al menos él ya no fue consciente de nada más que del azul que se expandía: un resplandor, una llama azul, un mar que se abalanzaba sobre él y lo engullía...

Con una conmoción breve y hormigueante, se halló en el exterior y por encima de su propio cuerpo, observando desde arriba con cierto distanciamiento irónico el cuerpo diminuto y tendido en la silla, la frágil muchacha de aspecto asustado arrodillada junto a él, asiéndole por las muñecas. En realidad no veía, sino que percibía de alguna extraña y oscura manera a través de los párpados cerrados.

Gracias a la supraluz que se formaba a su alrededor, echó un breve vistazo hacia abajo. El cuerpo que estaba en la silla llevaba un viejo chaleco y pantalones de montar de cuero, pero, como siempre que *salía,* se sentía más alto, más fuerte, más musculoso, y se desplazaba con gran soltura a medida que las paredes del gran salón se hacían más tenues y se alejaban. Y este cuerpo, si así se podía llamar, llevaba una centelleante túnica verde y oro que refulgía con un leve reflejo de luz. Leonie le había dicho una vez: «Así es cómo tu mente se ve a sí misma». Tenía los pies y los brazos desnudos, y experimentó una breve oleada de diversión. *¿Salir así a la tormenta?* Pero, por supuesto, la tormenta no estaba allí, en absoluto, aunque si escuchaba con atención llegaba a percibir el tenue aullido del viento. Se dio cuenta de que la violencia de la tempestad debía de ser enorme si su eco podía penetrar en el supramundo. Mientras formulaba ese pensamiento, advirtió que empezaba a estremecerse, y rápidamente descartó la idea y el recuerdo de la tormenta; si tomaba conciencia de ella, podía solidificarla en este plano y traerla aquí.

Avanzó deslizándose, sin ser consciente de que daba pasos. Todavía percibía en la mano la enjoyada mariposa de Calista, que aleteaba como un ser vivo, latiendo con la marca de la «voz» mental de la muchacha. O más bien, como la joya se hallaba en manos de su cuerpo, «allá abajo»; lo que tenía «aquí» era la contraparte mental del adorno. Trató de hacerse sensible a las reverberaciones especiales de esa «voz», añadiendo su llamada, un grito que le pareció un aullido imperativo.

— *¡Calista!*

No hubo respuesta. En realidad, no la había esperado; si hubiera sido tan simple, Ellemir ya habría establecido contacto con su hermana. A su alrededor, el supramundo permanecía tan sereno como la muerte, y él lo observaba sin olvidar que el mundo y él mismo eran sólo cómodas visualizaciones de algún nivel de realidad intangible... Lo recibía como un «mundo» porque resultaba más conveniente verlo y sentirlo de esa manera y no como un intangible reino mental. Se visualizaba a sí mismo como un cuerpo que atravesaba una vasta planicie yerma y vacía porque era más fácil y menos desconcertante que visualizarse como un punto de pensamiento incorpóreo atravesando otros pensamientos. En ese momento, el paisaje le pareció un enorme horizonte plano, que se extendía penumbroso, desnudo y

silencioso por interminables espacios y cielos. A lo lejos, unas sombras se movían, y como despertaron su curiosidad, se desplazó rápidamente, sin necesidad de dar pasos, en dirección hacia ellas.

A medida que se aproximaba, fueron adquiriendo precisión, formas humanas que aparecían extrañamente grises y desenfocadas. Sabía que si les hablaba desaparecerían al instante si no tenían nada que ver con su búsqueda, o entrarían sin demora en foco. El supramundo nunca estaba vacío, siempre había mentes en el plano astral por una u otra razón, aun cuando sólo fueran mentes de gente que dormía fuera de los cuerpos, y aquellas mentes se cruzaban con la suya en el reino informe del pensamiento. Vislumbró vagamente algunos rostros, como reflejos en el agua, de personas que reconoció de forma difusa. Sabía que eran parientes y conocidos que dormían o estaban inmersos en la meditación. De algún modo había entrado en sus pensamientos; algunos de ellos despertarían con el recuerdo de haberlo visto en sueños. Pasó ante ellos sin intentar hablarles. Ninguno tenía nada que ver con su búsqueda.

A lo lejos distinguió una gran estructura resplandeciente que le resultaba conocida por anteriores visitas a este mundo, y supo que era la Torre en la que años antes había recibido el adiestramiento. Por lo general la evitaba en sus viajes, y procuraba no pasar siquiera cerca de ella; ahora sintió que se acercaba más y más. A medida que se aproximaba, la estructura fue cobrando forma y solidez. Aquí se habían entrenado generaciones de telépatas, que habían explorado el supramundo desde esta base. No era raro que la Torre se irguiera firme como un hito en el supramundo. Seguramente Calista hubiera venido aquí, pensó, de haber estado en las planicies y libre.

Damon se hallaba ahora en la llanura, justo debajo de la enorme estructura de la Torre. Hierba, árboles y flores habían empezado a tomar forma a su alrededor, ya que su propio recuerdo y las visualizaciones combinadas de todos los que habían acudido al supramundo desde la Torre los mantenían relativamente sólidos. Caminó por entre los familiares árboles y las flores perfumadas con un doloroso sentimiento de pérdida, de nostalgia, casi de anhelo. Cruzó el portal bastante brillante, y se detuvo por un instante sobre las piedras que recordaba. De repente, ante él, apareció una mujer con el rostro cubierto, pero aun a través de los velos la reconoció. Era Leonie, la hechicera Celadora de la Torre durante la época en que él había permanecido allí. Tenía el rostro un tanto difuso: en parte era el rostro que él recordaba; y en parte era su rostro actual.

—Leonie —la llamó, y la figura se solidificó, adquiriendo una forma más clara y definida que incluía también las pulseras gemelas con forma de serpiente que siempre usaba.

—Damon. —Su voz dejaba traslucir un leve reproche—. ¿Qué estás haciendo en la planicie esta noche?

Él le mostró el broche plateado en forma de mariposa, y lo sintió frío y sólido entre los dedos. Escuchó su propia voz extrañamente suave.

—Estoy buscando a Calista. Ha desaparecido y su hermana gemela no puede hallarla en ninguna parte. ¿No la has visto por aquí?

Leonie pareció confusa.

—No, querido mío. También nosotros la hemos buscado, pero no está en ninguna parte de la planicie a donde hayamos podido llegar. De vez en cuando llego a percibir en alguna parte su presencia viva, pero la busque donde la busque no logro llegar hasta ella.

Damon se sintió profundamente inquieto. Leonie era una poderosa y experta telépata, conocía todos los niveles accesibles del supramundo. Caminaba por ese ámbito con tanta soltura como en el plano sólido de los cuerpos. El hecho de que la desdicha de Calista le resultara conocida, y que ella misma no pudiera localizar a su pupila y amiga, resultaba ominoso. ¿En qué mundo se ocultaba Calista?

—Tal vez tú puedas hallarla donde yo fracaso —indicó Leonie con suavidad—. Los lazos de sangre son un vínculo profundo, y pueden lograr contacto allí donde la amistad o la afinidad fracasan. De algún modo creo que está allí. —Leonie alzó un brazo de sombras y señaló. Damon se volvió en la dirección indicada y sólo distinguió una espesa y brumosa oscuridad—. Esa oscuridad es nueva en esta planicie, y ninguno de nosotros ha podido atravesarla, al menos no todavía. Cuando nos movemos en esa dirección, somos arrojados

hacia atrás, como por una fuerza. No sé qué nuevas mentes se desplazan en este nivel, pero no han venido aquí con nuestro permiso.

— ¿Y crees que Calista puede estar vagando por esa zona y que la retienen allí, incapaz de atravesar esa sombra mediante la mente?

—Eso me temo —afirmó Leonie—. Si la tuvieran drogada o en trance, o si le hubieran quitado la piedra estelar, o si la hubieran maltratado tanto que su mente estuviera obnubilada por la locura..., entonces en este nivel estas circunstancias aparecerían como si se hallara aprisionada por una enorme sombra impenetrable.

Rápidamente, con la agilidad del pensamiento, Damon contó a Leonie todo lo que sabía del rapto de Calista en Armida.

—No me gusta —observó Leonie—. Lo que me cuentas me asusta. He oído que hay extraños hombres de otro mundo, en Thendara, y que han venido con permiso de los Hastur. De vez en cuando, uno de ellos viene al supramundo durante el sueño, pero tanto sus formas como sus mentes son extrañas, y en general se desvanecen cuando se les habla. Aquí son sólo sombras, parecen bastante inofensivos, hombres como todos, poco hábiles para desplazarse por los dominios de la mente. Me resulta difícil creer que estos terráqueos, pues así se denominan a sí mismos, puedan tener algo que ver con la desaparición de Calista. ¿Qué razones podían tener? Y ya que se les permite permanecer en nuestro mundo, ¿qué razones tendrían para provocar nuestra enemistad con una conducta así? No, tiene que esconderse algún otro propósito en todo esto.

Damon advirtió que volvía a tener frío y que temblaba. La planicie se estremecía bajo sus pies. Sabía que si deseaba permanecer en el supramundo, tenía que desplazarse. Hablar con Leonie había significado un consuelo, pero no debía demorarse aquí si deseaba llevar a cabo la búsqueda de Calista. Leonie pareció comprender su decisión.

—Búscala, entonces. Cuentas con mi bendición.

En el momento de alzar el brazo según el gesto ritual, su imagen se esfumó y Damon descubrió que había retrocedido una gran distancia y que ya no se hallaba ante el familiar patio empedrado de la Torre, sino que había avanzado un gran trecho en dirección a la oscuridad.

El frío aumentó y se estremeció con las repetidas ráfagas como de viento helado, que emanaban de ese oscuro lugar. Las tierras oscuras, pensó desanimado, y para combatir el frío al instante se visualizó ataviado con una pesada capa verde y dorada. El frío disminuyó, pero sólo un poco, y su progreso hacia la oscuridad se hizo más lento, como si de la sombra emanara alguna fuerza que lo empujara hacia atrás, cada vez más. Luchó contra ella, gritando otra vez el nombre de Calista. *Si está en alguna parte de las planicies me oirá,* pensó. Pero si Leonie la había buscado en vano, ¿qué éxito podía esperar él?

La sombra fluyó, como una densa nube hirviente, y de pronto pareció poblarse de formas oscuras y retorcidas, amenazadores rostros apenas vislumbrados, ominosos movimientos de miembros sin cuerpos que se divisaban por un momento en la oscuridad y luego desaparecían. Damon sintió un espasmo de terror, un anhelo casi angustioso por el mundo sólido, su cuerpo tangible y la chimenea de Armida... Aquel plano parecía colmado de amenazas y gritos semiaudibles. *¡Regresa! ¡Regresa o morirás!*

Avanzó penosamente, abriéndose paso contra la fuerza. El broche de Calista, entre sus manos, parecía brillar, aletear y vibrar, y él supo que estaba cada vez más cerca, más cerca...

— ¡Calista! ¡Calista!

Por un instante, la espesa nube oscura se desvaneció y llegó a vislumbrarla, una sombra, un fuego fatuo, con un camisón tenue y rasgado, el pelo suelto y enredado, el rostro ensombrecido por el dolor o las lágrimas. Le extendió las manos en un gesto de súplica, y movió los labios, pero él no llegó a oír las palabras. Después, la oscuridad volvió a envolverlos, y por un instante él distinguió centelleantes hojas de espadas de curiosas formas, que lo amenazaban.

Al momento, Damon se desplazó otra vez y, con una repentina idea, transformó la abrigada capa en una reluciente cota de malla. Justo a tiempo. Oyó cómo las espadas semiinvisibles chocaban contra la armadura, y un espantoso dolor surgió y desapareció, en un

instante, cerca del corazón.
Las espadas retrocedieron a la oscuridad y, una vez más, él presionó hacia adelante. Entonces la oscuridad volvió a hervir a su alrededor, como el remolino de un tornado, *y* del burbujeante núcleo del huracán de nubes emergió una vocecita malévola.
—Retrocede. No puedes entrar aquí.
Damon no cedió, esforzándose por hacer que la superficie bajo sus botas fuera sólida, por lograr que se convirtiera en el familiar suelo de piedra. Así, tanto él como su antagonista invisible se apoyarían sobre un terreno elegido por el humano. Pero el terreno se ondulaba y se agitaba como si se tratara de agua, hasta que se sintió mareado, y una vez más se oyó la voz invisible, con tono imperativo.
—Vete, te digo. Vete mientras puedas hacerlo.
— ¿Con qué derecho me lo ordenas?
—No sé nada de derechos —replicó la voz, indiferente—. Tengo el poder de hacer que te vayas, y lo ejerceré. ¿Por qué provocar una lucha sin necesidad alguna?
Damon no se movió, aunque le parecía estar balanceándose en un mareante ritmo de sube y baja, y la cabeza le estallaba de dolor.
—Me iré si mi pariente viene conmigo —dijo.
—Te irás ahora mismo, y no pienso repetirlo —insistió la voz.
Damon sintió un enorme embate de poder, un gran golpe que le hizo temblar la cabeza. Se debatió dentro de la hirviente oscuridad.
— ¡Muéstrate! —gritó—. ¿Quién eres? ¿Con qué derecho vienes aquí?
La piedra estelar, o su contraparte mental, estaba aún en su poder; la alzó sobre la cabeza, como un farol, y la oscuridad se iluminó con un deslumbrante resplandor azul. A esa luz distinguió una figura alta, extrañamente ataviada, con cabeza de gato salvaje y terribles garras...
Y en aquel momento se produjo otro de esos terribles golpes. La oscuridad retrocedió hasta convertirse en un viento que aullaba y gemía, y Damon se encontró solo en lo que parecía una resbaladiza ladera. A su alrededor, el viento le azotaba, las agujas del viento helado se le incrustaban en el rostro... caía una nieve densa, la tormenta rugía...
Luchó por recuperar un punto de apoyo, consciente de que se había topado con algo que nunca antes había visto en este plano.
Toda su piel se erizó, y se tensó, sabiendo que ahora debería luchar por su cordura, por su misma vida...

Los telépatas de Darkover estaban entrenados para trabajar con las piedras estelares, que apoyadas en la mente humana tenían el poder de transformar directamente la energía de una forma a otra. En los reinos por donde viajaban sus mentes para lograr este efecto vivían entes extraños, inteligencias que no eran humanas ni materiales, sino que procedían de otros dominios de la existencia. La mayoría no tenía nada que ver con la raza humana. Otras tendían a interferir con las mentes humanas, cuando éstas se internaban en los reinos a los que pertenecían esas inteligencias extrañas. Unas pocas, captadas por las mentes humanas entrenadas para alcanzar su plano, permanecían en contacto con los niveles humanos, y adquirían la apariencia de demonios o incluso de dioses. El don de los Ridenow, el don de Damon, había sido deliberadamente estimulado en las mentes de su familia para permitirles detectar y establecer contacto con estas presencias extrañas.

Pero nunca había visto una que adoptara esa forma... *el Gran Gato...* Era deliberadamente maligno, no indiferente. Lo había arrojado aquí, al nivel de la tormenta...

Se obligó a reflexionar. La tormenta no era real. Era una tormenta imaginada, solidificada por el pensamiento, y él podía refugiarse en otros niveles donde la tempestad no existiera. Visualizó una cálida luz de sol, una ladera soleada... por un momento las agujas de nieve disminuyeron, después empezaron a caer con renovado vigor. Alguien la estaba proyectando sobre él... alguien o *algo.* ¿Los hombres-gato? ¿Estaba Calista en su poder?

Las ráfagas de viento arreciaron, obligándolo a caer de rodillas. Se debatió, resbaló y cayó sobre el hielo áspero, que lo hirió. Sintió que sangraba, que se congelaba, que se debilitaba... Moría...

Con helada lucidez, pensó: *Debo salir de este nivel, debo volver a mi cuerpo.* Si quedaba

atrapado aquí, fuera de su cuerpo, éste sobreviviría por un tiempo, alimentado e inerme, marchitándose lentamente hasta la muerte.

Ellemir, Ellemir, envió una llamada que resonó como un grito. *¡Despiértame, haz que regrese, sácame de aquí!* Gritó una y otra vez, consciente del aullido del viento que se llevaba sus gritos a través de la oscuridad punzante y atravesada por la nieve. Tenía el rostro herido, las manos le sangraban mientras se esforzaba por ponerse en pie sobre la nieve, por arrodillarse, por arrastrarse...

Su lucha se debilitó progresivamente, y le invadió un sentimiento de desesperanza total, casi de resignación. *No tenía que haber confiado en Ellemir. No tiene suficiente fuerza. Nunca saldré de aquí.* Le parecía que se había deslizado, resbalando, vagando por esa tormenta de pesadilla durante horas, días...

Un sentimiento agónico lo acuciaba, y un dolor helado le traspasaba las sienes. Un resplandor de fuego azul surgió con furia a su alrededor, hubo una conmoción como de trueno, y Damon, débil y exhausto, se vio yacente en el sillón del gran salón de Armida. El fuego se había extinguido hacía mucho, y la habitación estaba muy fría. Ellemir, pálida y aterrada, con los labios azules y castañeteando los dientes, lo miraba.

— ¡Damon! ¡Oh, Damon! ¡Despierta, despierta! Él jadeó dolorosamente.

—Estoy aquí, ya he vuelto.

De alguna manera, ella había llegado a la pesadilla del supra-mundo y lo había traído de regreso. La cabeza y el corazón le latían con dolor, y le castañeteaban los dientes. Miró alrededor. La luz del día empezaba a filtrarse por los altos ventanales; en el exterior, el patio estaba en calma y silencioso bajo la claridad del amanecer; la tormenta había pasado, dentro y fuera. Parpadeó y sacudió la cabeza.

—La tormenta —murmuró débilmente.

— ¿Has encontrado a Calista?

Él sacudió la cabeza.

—No, pero di con lo que la tiene prisionera, y casi me apresa a mí también.

—No podía despertarte... y estabas azul, jadeabas y gemías mucho. Al fin me decidí a cogerte la piedra estelar —confesó Ellemir—. Cuando lo hice, tuviste algo así como una convulsión. Pensé que te había matado...

Poco había faltado, pensó Damon. Pero era mejor eso que dejarlo morir en la rugiente tormenta del supramundo. Ellemir había estado llorando.

—Pobre chica, debo de haberte asustado muchísimo —murmuró con ternura, y la atrajo hacia sí.

La tenía sobre las rodillas, aún temblando, y se dio cuenta de que tenía casi tanto frío como él mismo. Tomó un manto de piel que descansaba sobre el respaldo, y con él se envolvieron los dos. Después volvería a encender el fuego; por ahora bastaba con arroparse así, en esa calidez consoladora, sintiendo cómo la helada rigidez de la joven disminuía y sus escalofríos se calmaban.

—Mi pobre amor, te he asustado, estás medio muerta de frío y de miedo —musitó, estrechándola con fuerza.

Besó las mejillas frías y húmedas por las lágrimas y se dio cuenta de que lo había deseado desde hacía mucho tiempo; fue desplazando los besos lentamente desde las húmedas mejillas a la boca fría, tratando de calentar esos labios con su propio aliento.

—No llores, querida, no llores.

Ella se movió un poco contra él, no en señal de protesta sino como respuesta, y dijo, casi dormida:

—Los criados aún duermen. Deberíamos volver a encender el fuego, llamarlos...

—Al diablo con los criados. —No deseaba que nadie interrumpiera esta nueva situación, esta nueva y bella intimidad—. No quiero que te vayas, Ellemir.

Ella alzó el rostro y lo besó en los labios.

—No voy a hacerlo —contestó con suavidad, y ambos yacieron en silencio, muy juntos bajo el manto de piel, rozándose apenas, pero confortados por el contacto. Damon sentía un terrible cansancio y hambre, el espantoso agotamiento de la fuerza nerviosa que era el precio inevitable del trabajo telepático. La razón le decía que debía levantarse, encender de

nuevo el fuego, ordenar que trajeran un poco de comida, o lo pagaría con horas o días de cansancio y enfermedad. Pero no podía obligarse a moverse y no estaba dispuesto a dejar que Ellemir se alejara de su abrazo. Por un momento, permitiendo que el agotamiento lo venciera, cayó en un breve sueño o inconsciencia.

Ellemir lo sacudió. En el brillante salón se oían golpes, un sonido, una extraña llamada.

—Hay alguien en la puerta —comentó Ellemir semidormida—. ¿A esta hora? ¿Y los criados...? ¿Qué...?

Damon apartó el manto y se incorporó. Atravesó el salón hasta el patio interior y de allí hasta la gran puerta acerrojada. Rígidamente, con dedos torpes, luchó con la cerradura y logró abrirla.

En la entrada se hallaba un hombre, envuelto en un enorme abrigo de piel de diseño poco familiar, vestido con ropas extrañas y harapientas.

—Soy extranjero y me he perdido —dijo con un acento extraño—. Vine con la expedición cartográfica de la Ciudad Comercial. ¿Pueden ofrecerme albergue y enviar un mensaje a mi gente?

Damon lo miró confundido durante un momento. Finalmente habló con lentitud:

—Sí, entra, entra, extranjero; eres bien venido. —Se volvió hacia Ellemir—. Es tan 'sólo un terráqueo de Thendara. He oído hablar de ellos, son inofensivos. Hastur desea que seamos hospitalarios con ellos en caso de necesidad, y éste sin duda se ha extraviado. Llama a los criados, *breda;* probablemente necesite un fuego y comida.

Ellemir se serenó.

—Entra y sé bienvenido a Armida y a la hospitalidad del Dominio Alton, extranjero. Te ayudaremos como podamos...

Se interrumpió, pues el visitante la observaba con ojos muy abiertos y asustados.

— ¡Calista! ¡Calista! —murmuró temblorosamente—. ¡Eres real!

Ella lo observó, tan confundida como él.

—No. No —tartamudeó—. No soy Calista, soy Ellemir. ¿Pero qué... qué puedes saber *tú* de Calista?

—También podría decirte de inmediato que no me creo ni una sola palabra —objetó la joven que se había presentado como Ellemir.

Todavía me resulta difícil aceptar que no es Calista. ¡Son tan condenadamente parecidas!, pensó Andrew Carr. Se sentó en el pesado banco de madera ante el fuego, bebiendo en la creciente calidez. Era fantástico estar de nuevo en una casa de verdad, aunque la tormenta hubiera pasado. Flotaba el aroma de comida cocinándose en alguna parte, y eso también era estupendo. Todo habría resultado maravilloso, de no ser por aquella chica que se parecía tanto a Calista pero que, extrañamente, no era ella. Estaba de pie frente a él, observándolo con sombría hostilidad y repitiendo:

—No lo creo.

El esbelto hombre de pelo rojo, arrodillado ante la chimenea para alimentar el fuego (parecía cansado, también, y con frío, y Carr se preguntó si no estaría enfermo) intervino sin levantar la cabeza:

—Eso es injusto, Ellemir. Ya sabes quién soy. Puedo apreciar cuando se me está mintiendo, y él no miente. Te ha reconocido. Por lo tanto, o te ha visto a ti o ha visto a Calista. ¿Y dónde podría haber visto a Calista un *terráqueo?* A menos que, tal como asegura, su historia sea cierta.

El rostro de Ellemir denunciaba obstinación.

— ¿Cómo podemos saber que no es *su* gente la que tiene prisionera a Calista? Viene aquí con una desatinada historia acerca de que Calista de algún modo se ha puesto en contacto con él, lo ha guiado cuando estaba perdido en la montaña, y lo ha salvado de morir en la tormenta. ¿Estás tratando de hacerme creer que Calista pudo comunicarse con este hombre de otro mundo, con este extraño, cuando tú no pudiste hallarla en el supramundo y ella no pudo ponerse en contacto conmigo, su hermana gemela? Lo siento, Damon, pero simplemente no puedo creerlo.

Carr miró a la joven a los ojos.

—Si vas a llamarme mentiroso, dímelo a mí, en vez de acusarme indirectamente. No

resulta nada agradable andar por ahí contando esta historia, como tú la llamas. ¿Crees que me gusta parecer loco? Al principio creí que la chica era un espectro, como te he dicho; o que yo ya había muerto y que me encontraba ante lo que hay después. Pero cuando me salvó de despeñarme con el aeroplano y después me guió hasta un lugar seguro para esperar a que pasara la tormenta, me di cuenta de que era real. *Tenía* que creerlo. No te acuso por dudar de mí. Yo mismo dudé de mí durante bastante tiempo. Pero es la verdad. Supongo que eres pariente de Calista; el cielo sabe que te pareces lo suficiente a ella como para ser su hermana gemela.

Y eso no es bueno, se encontró pensando Carr, *porque en ésta no observo ni un rasgo del temperamento dulce de Calista*. Bien, al menos el hombre parecía creer su historia.

Damon se incorporó, dejando que el fuego se avivara solo, ahora que ya ardía bien, y se volvió hacia Carr.

—Me disculpo por la falta de cortesía de mi prima, extranjero. Está pasando una temporada difícil desde que raptaron a su hermana, por la noche y en secreto. No le resulta fácil aceptar tu historia, que Calista pudo ponerse en contacto contigo cuando no pudo comunicarse con su propia hermana; se dice que el vínculo entre gemelos es el más fuerte que se conoce. Yo tampoco puedo explicarlo, pero he vivido lo suficiente para saber que hay en esta vida muchas cosas que escapan a la comprensión de cualquier hombre o mujer. Tal vez puedas proporcionarnos más datos.

—No sé qué más puedo decir. Yo tampoco lo comprendo.

—Tal vez sabes algo y no eres consciente de ello —observó Damon—. Pero por ahora, basta de molestarlo, Ellemir. En cualquier caso, sea toda esta historia verdad o no, es nuestro huésped, y está cansado y con frío. Mientras no haya satisfecho su necesidad de calor y comida, y de dormir si lo necesita, considero una falta de hospitalidad que lo interroguemos. No estás haciendo honor al Dominio Alton, pariente.

Carr siguió todo este discurso de forma fragmentaria, había palabras que sólo comprendía parcialmente, aunque en Thendara le habían enseñado la *lingua franca* de la Ciudad Comercial, y podía hacerse entender. No obstante, entendió que Damon estaba regañando a la joven que se parecía a Calista, y ella se sonrojó hasta la raíz de los cobrizos cabellos.

—Extranjero —dijo lentamente, para asegurarse de que él la comprendía—, no he pretendido ofenderte. Estoy segura de que todos los malentendidos se aclararán a su debido tiempo. Por ahora, acepta la hospitalidad de nuestra casa y de nuestro Dominio. Aquí hay fuego y te traerán comida en cuanto esté lista. ¿Necesitas alguna otra cosa que no te haya ofrecido?

—Me gustaría quitarme este abrigo húmedo —pidió Carr.

Había empezado a gotear y a soltar vapor ante la creciente calidez del fuego. Damon se acercó para ayudarle a quitárselo, y luego lo dejó a un lado.

—Tu ropa no es adecuada para las tormentas de nuestras montañas, y esos zapatos, ahora, sólo sirven para tirarlos a la basura. No parecen hechos para andar por la nieve.

—En realidad —comentó Carr con ironía—, no planeé este viaje. En cuanto al abrigo, pertenecía a un hombre que ha muerto, pero agradecí muchísimo poder disponer de él.

—No quería insultar tu forma de vestir, extranjero —respondió Damon—. Pero es un hecho que vas inadecuadamente vestido, incluso dentro de una casa, y tan mal equipado que el viaje de regreso resultaría peligroso. Mi ropa te vendrá pequeña... —Damon observó sonriente al alto terráqueo, que le llevaba una cabeza y bastante peso—, pero si no te importa llevar la ropa de un criado o de uno de los mayordomos, creo que podré encontrar algo que te proteja del frío.

—Eres muy amable —agradeció Andrew Carr—. Llevo estas ropas desde el accidente, y me sentará muy bien cambiarme. También me gustaría asearme.

—No lo dudo. Muy pocos, incluso entre los que viven en estas montañas, logran sobrevivir cuando se ven atrapados en una tormenta —respondió Damon.

—Yo no hubiera sobrevivido de no ser por Calista.

Damon asintió.

—Te creo. El simple hecho de que tú, un extranjero, hayas sobrevivido a una de nuestras tormentas, evidencia la verdad de lo que nos has contado. Ven conmigo, y te ofreceré ropas limpias y un baño.

Andrew siguió a Damon a través de los anchos pasillos y de las habitaciones espaciosas, y ascendió por unas largas escaleras. Por fin, Damon lo condujo a una serie de aposentos con grandes ventanales cubiertos con gruesas cortinas como protección contra el frío. Una de las habitaciones daba a un gran cuarto de baño con una enorme bañera de piedra, profundamente hundida en el piso. El vapor se elevaba desde una fuente que se hallaba en medio de la habitación.

—Toma un baño caliente, y envuélvete en una manta o en algo —aconsejó Damon—. Despertaré a otros criados y buscaré algunas ropas adecuadas para ti. ¿Quieres que te envíe a alguien para que te ayude con el baño, o puedes arreglarte solo? Ellemir tiene pocos criados, pero estoy seguro de poder encontrar uno para que te atienda.

Andrew aseguró a Damon que estaba acostumbrado a bañarse sin ayuda, y el darkovano se retiró. Carr tomó un prolongado baño, hundiéndose hasta el cuello en el agua caliente *(¡Y yo pensé que este lugar era primitivo, buen Dios!),* mientras se preguntaba qué sistema usarían para calentarla. Los antiguos romanos y cretenses contaban con los baños más complicados de la historia, ¿por qué no habría de tenerlos también esta gente? Abajo había un fuego de leña, pero, ¿por qué no? Las chimeneas se consideraban el colmo del lujo incluso en algunas sociedades que no las necesitaban. Tal vez utilizaran manantiales naturales calientes. De todos modos, el agua caliente era agradable y se demoró allí, desprendiéndose de la rigidez y la tensión de haber pasado varios días durmiendo sobre suelos de piedra y caminando entre las montañas. Al fin, sintiéndose increíblemente recuperado, salió de la profunda bañera, se secó y se envolvió en una manta.

Al cabo de un rato, Damon regresó. El también parecía haber aprovechado el tiempo para darse un baño y cambiarse de ropa; parecía más joven, menos agotado y demacrado. Le dio unas cuantas ropas *y* dijo, en tono de disculpa:

—Son pobres prendas para ofrecer a un huésped; es el traje de gala del mayordomo.

—Al menos están limpias y secas —observó Andrew—, de modo que dale las gracias en mi nombre.

—Baja al salón cuando hayas acabado. Para entonces, la comida estará servida.

A solas, Andrew se puso «el traje de gala del mayordomo». Consistía en una camiseta y calzoncillos largos hasta la rodilla, de rústico lino, pantalones como de gamuza, un poco acampanados, una camisa finamente bordada, de mangas largas y anchas fruncidas en los puños, y un chaleco de cuero. Había también unos calcetines de punto que se ceñían en la rodilla, y sobre ellos, botas bajas de fieltro forradas de piel. Con este atuendo, que le resultó más cómodo de lo que al principio había supuesto, se sintió abrigado y cálido por primera vez en muchos días. También tenía hambre, y cuando abrió la puerta para bajar, sólo tuvo que rastrear el aroma a comida que ascendía desde la planta baja. Se preguntó, un poco tarde, si ese olor no lo llevaría hasta las cocinas en lugar de al salón, pero la escalera terminaba en un pasillo desde donde divisaba la puerta del gran salón en el cual le habían recibido.

Damon y Ellemir estaban sentados ante una mesa pequeña, y al lado había una tercera silla, vacía. Damon alzó la cabeza en señal de bienvenida.

—Discúlpanos por no haberte esperado. He estado despierto toda la noche, y tenía hambre. Únete a nosotros.

Andrew ocupó la tercera silla. Ellemir lo observó con sorpresa cuando se sentó.

—Con esta ropa casi pareces uno de nosotros. Damon me ha contado un poco acerca de tu gente de la Tierra. Yo creía que los hombres de otro mundo serían muy diferentes de nosotros, más parecidos a los no humanos de las montañas. ¿Eres humano en todos los aspectos?

Andrew rió.

—Bien, me parece que yo me considero bastante humano. A mí me parecería más racional preguntar si también *tu* pueblo es humano. La mayoría de los mundos del Imperio están habitados

por gente que parece más o menos humana, al menos según el juicio de un observador casual. Casi todos creen que todos los planetas fueron colonizados por una misma especie

humana, hace algunos millones de años. Se ha producido mucha adaptación al entorno, pero en los planetas parecidos a la Tierra el organismo humano ha permanecido bastante estable. No soy biólogo, de modo que no puedo hablar de cromosomas ni de cosas así, pero antes de venir aquí me explicaron que la raza dominante de Cottman IV era básicamente humana, aunque había un par de especies inteligentes que no eran humanas.

De golpe, recordó lo que le había confesado Calista, que se hallaba en poder de no humanos. Seguramente ella desearía que sus parientes lo supieran. Pero ¿debía estropearles el desayuno? Ya tendría tiempo de explicárselo más tarde.

Damon le acercó una fuente, y él se sirvió algo que parecía una tortilla, y luego comprobó que también el sabor coincidía. Tenía hierbas y condimentos extraños, pero sabía bien. Había frutas análogas a las manzanas y a las ciruelas, y una bebida que ya había probado en la Ciudad Comercial, parecida a chocolate amargo.

Advirtió, mientras comía, que Ellemir lo contemplaba con disimulo. Se le ocurrió que quizá sus hábitos eran muy distintos de las costumbres del planeta, o tal vez se trataba de algo peor.

Ellemir todavía lo desconcertaba. Se parecía muchísimo a Calista, y sin embargo era sutilmente distinta. Observaba cada rasgo de su rostro sin advertir diferencia alguna con Calista: la ancha y alta frente, donde el pelo crecía en pequeños rizos, demasiado corto para ser recogido en las pulcras trenzas; los pómulos altos y la pequeña nariz recta salpicada de pecas color ámbar; el labio superior corto y la boca pequeña y decidida; el mentón pequeño y redondeado. Calista había sido la primera mujer de este planeta a quien había visto con ropa liviana, salvo a las mujeres que trabajaban en las oficinas del espaciopuerto, que tenían calefacción central; y ésas eran mujeres del Imperio.

Sí, ésa era la sutil diferencia. Cada vez que había visto a Calista, estaba definitivamente desnuda, con su harapiento camisón azul. El ya había contemplado casi todo lo que había por ver. Si cualquier otra mujer se hubiera exhibido vestida de esa manera... bien, Carr siempre había sido de los que toman el placer donde se le ofrece, sin preocuparse demasiado. Y sin embargo, cuando despertó y halló a Calista durmiendo a su lado, y todavía medio dormido había intentado alcanzarla, se había sentido avergonzado y había compartido la incomodidad de ella. Simplemente, no la quería en esas condiciones. No, no era eso exactamente; por supuesto que la quería. Parecía lo más natural del mundo que la deseara, y ella lo había aceptado así. Pero lo que deseaba era algo más. Deseaba conocerla, comprenderla. Quería que ella hiciera lo mismo, que se preocupara por él. Ante la sola idea de que ella tuviera motivos para temer alguna aproximación cruda o desagradable por su parte, Andrew se había sentido muy mal, como si por su propia torpe reacción hubiera estropeado algo muy dulce y precioso, muy perfecto. Incluso ahora, que recordaba el pequeño chiste de ella («¡Ah, qué situación tan triste! ¡La primera vez en mi vida que me acuesto con un hombre, y no puedo disfrutarlo!»), se le hacía un nudo en la garganta, una ternura inmensa y completamente desconocida para él.

Por esta muchacha, Ellemir, no sentía nada parecido. Si se hubiera despertado y la hubiera encontrado dormida en su cama, Andrew la hubiera tratado como a cualquier otra chica bonita en una situación parecida, a menos que ella hubiera puesto alguna objeción, en cuyo caso probablemente no habría llegado hasta su cama. Pero no hubiera significado nada más para él, y después, no la habría recordado más que a todas las demás mujeres a las que había conocido y gozado durante algún tiempo. ¿Cómo era posible que dos gemelas fueran tan sutilmente distintas? ¿Acaso era simplemente ese rasgo intangible conocido como *personalidad'?* Pero él apenas si sabía nada de Ellemir.

Entonces, ¿por qué Calista le provocaba ese enorme e incalificado *sí,* esa absoluta entrega, y Ellemir tan sólo un encogimiento de hombros?

Ellemir dejó la cuchara.

— ¿Por qué me miras de ese modo, extranjero?

—No me daba cuenta —murmuró Andrew, bajando la mirada.

Ella se sonrojó hasta la raíz de los cabellos.

—Oh, no te disculpes. También yo te observaba. Supongo que la primera vez que oí hablar de hombres que venían de otro planeta, casi esperaba que fueran extraños, pavorosos,

como las extrañas criaturas de las historias de horror, seres con cuernos y cola. Y aquí estás tú, tan parecido a un hombre cualquiera del valle más próximo. Pero soy tan sólo una campesina, y no estoy tan acostumbrada a las novedades como la gente de la ciudad. Así que te miro como lo haría un campesino cualquiera, que nunca ha visto otra cosa fuera de sus propias vacas y ovejas.

Por primera vez, Andrew percibió una leve, levísima semejanza con Calista: esa amabilidad directa, esa honestidad evidente, sin coquetería ni astucia. Eso hizo que de algún modo la joven le resultara más simpática, a pesar de toda la hostilidad que le había demostrado antes.

Damon se inclinó hacia adelante y puso la mano sobre las de Ellemir.

—Niña, él no conoce nuestras costumbres. No pretendió ofenderte... Extranjero, entre nosotros es un agravio mirar fijamente a las jóvenes. Si fueras uno de nosotros, el honor me obligaría a retarte a duelo. Puede disculparse la ignorancia en el caso de un niño o de un extranjero; me doy cuenta de que no eres el tipo de hombre que ofendería deliberadamente a las mujeres, de modo que te instruyo sin ánimo de insultarte. —Sonrió como si estuviera ansioso de que Carr supiera que no deseaba ofenderlo.

Con incomodidad, Carr desvió la mirada de Ellemir. Una costumbre infernal, tardaría bastante tiempo en acostumbrarse.

—Espero que no sea descortés hacer preguntas —dijo Andrew—. *Me* serían útiles algunas respuestas. Los dos vivís aquí...

—Aquí vive Ellemir —dijo Damon—. Su padre y sus hermanos están en el Concejo del Comyn.

— ¿Tú eres su hermano? ¿Su esposo?

Damon sacudió la cabeza.

—Un pariente; cuando raptaron a Calista, ella acudió a mí. También a nosotros nos gustaría hacerte algunas preguntas. Eres un terráqueo de la Ciudad Comercial. ¿Qué hacías en las montañas?

Andrew les contó algo acerca de la expedición de Cartografía y Exploración.

—Me llamo Andrew Carr.

—*Andra* —repitió lentamente Ellemir, con una leve inflexión—. Bien, eso no resulta muy extranjero; hay Anndras y MacAnndras en las Kilghard Hills, Mac Anndras y MacArans...

Y además esto, pensó Andrew, /os *nombres de este planeta. Son muy parecidos a los nombres de la Tierra.* Sin embargo, por lo que había oído, ésta no era una de las colonias establecidas por las sociedades o las naves del Imperio Terrano. Bien, sería mejor dejar eso por ahora.

— ¿Has comido lo suficiente? —preguntó Damon—. ¿Estás seguro? El frío puede agotar rápidamente tus reservas; debes comer bien para conservarlas.

Ellemir, que mordisqueaba unos frutos secos parecidos a pasas, comentó:

—Damon, has comido como si hubieras pasado días en mitad de la tormenta.

—Créeme, eso me pareció —respondió Damon con humor, y se estremeció—. No te lo conté todo porque llegó él y nos distrajo, pero me arrojaron a un nivel en el que la tormenta proseguía, y si no me hubieras traído de regreso... —Se quedó mirando algo invisible para Carr y para la joven—. ¿Por qué no nos acercamos al fuego y nos ponemos cómodos y conversamos? Ahora que ya no tienes frío y te sientes, espero, cómodo... — Hizo una pausa.

Andrew adivinó que se esperaba de él algún comentario formal.

—Muy cómodo. Gracias.

—Ha llegado el momento de repasar tu relato, desde el principio y con todo detalle.

Se acercaron a la chimenea. Andrew se sentó en uno de los bancos de respaldo alto, y Ellemir en una silla baja. Damon se dejó caer en la alfombra, a los pies de la muchacha.

—Ahora empieza —pidió—, y cuéntanoslo todo. Quiero que te detengas especialmente en cada palabra que intercambiaste con Calista; aunque tú no la hayas comprendido, en cada palabra suya puede esconderse alguna clave significativa para nosotros. ¿Has dicho que la viste por primera vez después de que tu avión se estrelló?

—No, ésa no fue la primera vez —rectificó Andrew, y les contó la historia de la adivina de

la Ciudad Comercial, la bola de cristal, y cómo había visto el rostro de Calista. Vaciló ante la idea de tratar de contarles exactamente hasta qué punto había sido profundo ese contacto fortuito, y finalmente no comentó nada al respecto.
— ¿Y la aceptaste como real, entonces? —preguntó Ellemir.
—No —respondió Andrew—. Creí que era un juego... de adivinos. Incluso sospeché que la vieja dama no era más que una alcahueta, que me mostraba mujeres por la razón más evidente. La adivinación suele ser una estafa.

— ¿Cómo es posible? —exclamó Ellemir—. ¡Si alguien fingiera tener poderes psi y en realidad no los poseyera, recibiría el trato de un criminal! ¡Es un delito muy grave!

—Mi pueblo no cree que haya poderes psi que no sean fingidos —objetó Andrew con sequedad—. En ese momento pensé que la muchacha era un sueño. La materialización de mis deseos, si así lo preferís.

—Y, sin embargo, era lo bastante real como para que cambiaras tus planes y decidieras quedarte en Darkover —observó Damon irónicamente.
Andrew se sintió incómodo bajo la mirada penetrante del otro.

—No tenía ningún lugar en especial a donde ir. Soy... ¿cómo reza el viejo dicho? «Soy el gato que anda solo y para mí todos los lugares son parecidos.» De modo que este lugar era tan bueno como cualquier otro, y mejor que la mayoría. —Mientras decía esto, recordó que Damon había señalado: «Sé cuando alguien me miente», pero no pudo explicarlo y comprendió que sería tonto intentarlo—. De todos modos, me quedé. En aquel momento me pareció una buena idea. Un capricho, digamos.
Para alivio de Carr, Damon dejó la cuestión allí.

—En todo caso, por alguna razón, te quedaste. ¿Cuándo ocurrió exactamente eso?
Andrew calculó el tiempo, y Ellemir sacudió la cabeza, perpleja.

—En ese momento Calista estaba a salvo en la Torre. ¡Difícilmente hubiera enviado un mensaje psi pidiendo ayuda y consuelo, y menos aún a un extraño!

—No te pido que lo creas —contestó obstinadamente Carr—. Sólo estoy tratando de contar exactamente lo que ocurrió, según yo lo sentí. Se supone que sois vosotros los que comprendéis cuestiones psíquicas como éstas. —Una vez más, ambos cruzaron la mirada con extraña hostilidad.

—En el supramundo —explicó Damon—, el tiempo suele estar desenfocado. Puede haberse dado algún elemento de precognición para los dos.
—Actúas como si creyeras su historia, Damon —estalló Ellemir.

—Le estoy concediendo el beneficio de la duda, y te sugiero que hagas lo mismo. Te recuerdo, Ellemir, que ni tú ni yo podemos establecer contacto con Calista. Si este hombre lo ha hecho, es muy posible que sea nuestro único vínculo con ella. Sería mejor no enfurecerlo.
Ella bajó los ojos y murmuró brevemente:
—Proseguid. No volveré a interrumpir.

—Entonces, Andrew... ¿tu siguiente contacto con Calista fue cuando se estrelló la nave?

—Después de que se estrellara. Yo yacía semiinconsciente en la cornisa, y ella me llamó y me dijo que buscara refugio.

Lentamente, tratando de recordar palabra por palabra lo que le había dicho Calista, les contó de qué manera ella lo había salvado, impidiendo que volviera a entrar en el avión un momento antes de que éste se despeñara en el abismo.
— ¿Crees que podrías volver a hallar el lugar? —preguntó Ellemir.

—No lo sé. Las montañas resultan confusas cuando no se está habituado a ellas. Supongo que podría intentarlo, a pesar de que el viaje de ida ya fue suficientemente malo para mí.

—No veo qué necesidad hay de ello —observó Damon—. Continúa. ¿Cuándo volvió a aparecerse?

—Después de que empezara a nevar. En realidad, cuando todo empezaba a convertirse en una tormenta terrible; yo ya estaba dispuesto a perder toda esperanza, y había empezado a pensar que lo mejor sería encontrar un lugar cómodo para tenderme a morir.
Damon reflexionó un momento.

—Entonces, el vínculo entre ambos es bilateral. Posiblemente la necesidad de *ella*, estableció el contacto contigo la primera vez. Pero fue *tu* necesidad la que la trajo hasta ti, al menos en la ocasión de la tormenta.

—Pero si Calista está libre en el supramundo —exclamó Ellemir—, ¿por qué no pudo acercarse a ti allí, Damon? ¿Por qué Leonie no pudo alcanzarla? ¡No tiene sentido!

Se la veía tan perturbada, tan frenética, que Carr no pudo tolerarlo. Se parecía demasiado al llanto de Calista.

—Me dijo que no sabía dónde estaba... que la tenían en la oscuridad. Si te sirve de consuelo, Ellemir, acudió a mí tan sólo porque había intentado comunicarse contigo sin lograrlo. —Trató de reconstruir las palabras exactas. No resultaba fácil, y estaba empezando a sospechar que Calista había contactado directamente con su mente, sin necesidad de palabras—. Creo que mencionó algo así como que al parecer las mentes de sus parientes y amigos habían sido borradas de la superficie del mundo, que había vagado largo tiempo en la oscuridad en su busca, hasta que por fin se había encontrado en comunicación conmigo. Y después dijo que seguía volviendo a mí porque estaba sola y asustada —notó cómo su propia voz se hacía más densa—, y porque un desconocido era mejor que no tener a nadie en absoluto. Creía que la tenían en una parte de ese nivel... ¿supramundo, lo llamáis?, al que no podían llegar las mentes de su gente.

— ¿Pero cómo? ¿Por qué? —preguntó Ellemir.

—Lo siento —dijo Carr humildemente—. No podría contestarte. Tu hermana se tomó muchísimo trabajo para explicarme estas nociones, y todavía no estoy seguro de haberlas comprendido. Si lo que digo no es correcto, no es porque mienta, sino porque no dispongo de la terminología apropiada. Al parecer, lo comprendía todo cuando Calista me lo explicaba, pero expresarlo ahora es algo muy diferente.

El rostro de Ellemir se suavizó un poco.

—No creo que estés mintiendo, Ann'dra —le confortó volviendo a pronunciar mal su nombre de esa manera suave y extraña—, si hubieras venido aquí con algún mal propósito, seguramente podrías urdir mentiras mucho mejores que ésas. Pero por favor, trata de contarnos todo lo que puedas acerca de Calista. ¿La han herido, parecía dolorida, ha sufrido malos tratos? ¿De veras la viste? ¿Qué aspecto tenía? Oh, sí, tienes que haberla visto si pudiste reconocerme.

—No parecía herida, aunque tenía un golpe en la mejilla. Llevaba puesto un delgado vestido azul, que parecía un camisón; nadie en su sano juicio lo usaría al aire libre. Tenía... —cerró los ojos, para visualizarla mejor—, tenía alguna clase de bordado en el dobladillo, en verde y oro, pero estaba desgarrado y no pude distinguir el dibujo.

Ellemir se estremeció ligeramente.

—Ya sé qué prenda es. Tengo una igual. Calista la llevaba puesta la noche en que... nos atacaron. ¡Dime más, rápido!

—Esto demuestra que su historia es cierta —intervino Damon—.

Yo la vi, sólo por un instante, en el supramundo. Todavía llevaba ese camisón. Lo que me indica dos cosas. En primer lugar, que él ha visto realmente a Calista. Y una mala noticia que ella no puede, por más que camine por el supramundo como por su casa, vestirse con algo más apropiado, ni siquiera con el pensamiento. Cuando en otras ocasiones la he visto en el supramundo, siempre vestía como corresponde a una *leronis*... una hechicera —agregó para explicarle a Andrew—, con las vestiduras de color carmesí y un velo, como corresponde a una Celadora. —Sin quererlo, repitió lo que había dicho Leonie—: Si estuviera drogada, o en trance, si le hubieran quitado la piedra estelar, o si la hubieran maltratado tanto que su mente estuviera obnubilada por la locura...

—No puedo creer eso —objetó Andrew—. Todos sus actos eran demasiado... demasiado sensatos, demasiado deliberados, si así lo prefieres. Me guió hasta un lugar concreto en medio de la tormenta y después regresó para mostrarme dónde guardaban la comida para casos de emergencia. Le pregunté si tenía frío y me dijo que no hacía frío en el sitio donde estaba. Además, cuando observé el magullón en su rostro, le pregunté si estaba bien, y me dijo que no la habían lastimado ni maltratado.

—Trata de recordar todo lo que te dijo —rogó Damon.

—Me dijo que la cabaña de pastores donde me había refugiado de la tormenta no estaba más que a unas millas de aquí. Comentó que le gustaría estar conmigo allí con el cuerpo, y así que cuando pasara tormenta podría regresar en un momento... —Frunció el ceño, tratando de recordar una vez más una comunicación que parecía ser más conceptual que a través de palabras—. Para estar segura y cálida en su hogar.

—Conozco el lugar —comentó Damon—. Coryn y yo dormíamos allí cuando éramos jóvenes y salíamos a cazar. Es importante que Calista haya podido llegar hasta allí con el pensamiento. —Frunció el ceño, tratando de sacar alguna conclusión—. ¿Qué más te dijo Calista?

Fue después de eso que desperté y la encontré durmiendo casi en mis brazos, pensó Andrew, *pero condenado sea si te cuento algo de eso. Eso es un asunto estrictamente entre Calista y yo.* Y sin embargo, si alguna cosa de las que ella le había dicho al azar pudiera proporcionar a Damon una clave de su paradero actual... Andrew se detuvo, sin decidirse.

Damon comprendió con toda claridad el conflicto por su expresión, y lo siguió con mayor acierto del que Andrew hubiera creído. Le dijo con amabilidad, tratando de protegerlo:

—Me parece lógico que solos en la oscuridad, ambos en lugares hostiles y desconocidos, hayáis intercambiando... —hizo una pausa y Andrew, sensible al espíritu del otro, supo que Damon estaba buscando una palabra que no invadiera demasiado profundamente sus emociones— confidencias. No tienes que contarnos eso.

Es raro lo cerca, que está de mí esta gente, casi sabe lo que estoy pensando. Andrew era consciente de que Damon no quería interferir en sus sentimientos ni en los sucesos más íntimos que había compartido con Calista. *Intimidad... rara palabra cuando ni siquiera le he puesto los ojos encima. Estar tan cerca, tan cerca de una mujer a la que nunca he visto.* También era consciente del rostro ceñudo de Ellemir y sabía que ella, por su parte percibía el fuerte vínculo que lo unía a su hermana, y no lo aprobaba.

El mismo Damon percibía el resentimiento de Ellemir.

—Niña, deberías estar agradecida de que alguien, cualquiera, pueda establecer contacto con Calista. ¿Sólo porque tú no puedes llegar a ella y consolarla, vas a enojarte porque un extraño sí pueda? ¿Preferirías que estuviera completamente sola en su cautiverio? —Se volvió hacia Andrew como pidiendo disculpas por Ellemir—. Es muy joven, y ambas son gemelas. Pero por tu amabilidad con mi pariente, estoy dispuesto a ser tu amigo. Ahora, si puedes decirme todo lo que ella dijo, acerca de sus captores...

—Dijo que estaba en la oscuridad —siguió Andrew—, y que no sabía exactamente dónde, y que si lo supiera con precisión podría irse de ese lugar. Yo no lo entendí del todo. Dijo que como no lo sabía con rigor, su cuerpo, así parecía diferenciarlo, tenía que permanecer en el sitio donde lo habían confinado. Y los maldijo.

— ¿No dijo quiénes eran? —preguntó Damon.

—Lo que dijo no tenía ningún sentido para mí —respondió Andrew—. Dijo que no eran hombres.

— ¿Te contó cómo lo sabía? ¿Comentó si los había visto? —preguntó Damon con ansiedad.

—No —contestó Andrew—. Dijo que no los había visto, que sospechaba que la mantenían en la oscuridad para que *no pudiera* verlos. Pero sospechaba que no eran hombres porque...

—Una vez más vaciló, tratando de hallar la manera de expresarlo, y entonces pensó: *Oh demonios, si a Calista no le importó hablar de ello con un desconocido, no debe de ser un asunto tan embarazoso*—. Dijo que sabía que no eran humanos porque ninguno de ellos había intentado violarla. ¡Daba por hecho que un hombre cualquiera lo habría intentado, lo cual no dice mucho en favor de los hombres de este planeta!

—Sabíamos —explicó Damon— que cualquiera que se rebajara a secuestrar una *leronis,* una Celadora, no sería amigo de la gente de los Dominios. Yo había supuesto que la raptaron no en cualidad de mujer, por venganza o para esclavizarla, sino en particular por su condición de telépata experta. Los raptores no podían pretender obligarla a utilizar sus poderes de Celadora en contra de su propia gente. Pero si la mantenían prisionera y sin la piedra estelar, ella tampoco podría utilizar esos poderes contra ellos. Y los

secuestradores, si fueran humanos, sabrían que una Celadora siempre es virgen, *y* que hay una manera más simple de anular sus poderes. Una Celadora que cayera en poder de enemigos de su pueblo, no seguiría siendo virgen durante mucho tiempo.

Carr se estremeció, asqueado. *¡Qué mundo infernal, donde esta clase de guerra contra las mujeres se da por sentada!*

Una vez más, Damon siguió sus pensamientos y dijo, con una leve sonrisa irónica:

—Oh, no es ni tan sencillo ni tan unilateral, Andrew. El hombre que trata de violar a una *leronis* no se enfrenta a una víctima fácil ni inocente, sino que arriesga la vida, por no hablar de la cordura. Calista es una Alton, y si ataca con todo su poder, puede paralizar e incluso matar. *Puede* hacerse, hay quien lo ha conseguido, pero es una batalla más equilibrada de lo que tú te imaginas. Ningún hombre cuerdo le pone las manos encima a una hechicera del Comyn si ella no lo quiere. Pero a cualquiera que tenga razones para sospechar que los poderes de una Celadora se utilizarán contra él, el peligro le puede parecer justificado.

—Pero no la han tocado, dices —agregó Ellemir.

—Eso dijo ella.

—Entonces —señaló Damon—, creo que mi primera suposición es acertada. Calista está en manos de los hombres-gato, y ahora sabemos por qué. Ya antes, cuando hablé con Reidel, supuse que en algún lugar de las tierras oscuras algo o alguien está experimentando con piedras matrices prohibidas, e intenta trabajar con poderes telepáticos para acaparar esas fuerzas fuera de la custodia del Comyn y de los Siete Dominios. Algunos hombres lo han intentado antes. Pero por lo que sé, es la primera vez que una raza no humana hace la tentativa.

De repente Damon se estremeció, como si sintiera frío o miedo. Buscó a ciegas la mano de Ellemir, como para tranquilizarse con algo sólido y cálido.

Como si estuviera en la oscuridad, pensó Andrew, *y sintiera tanto miedo como Calista.*

— ¡Y lo han logrado! ¡Han logrado que las tierras oscuras sean inhabitables para la humanidad! ¡Pueden caer sobre nosotros con armas invisibles, y ni siquiera Leonie pudo hallar a Calista cuando ellos la ocultaron en la oscuridad! ¡Y son fuertes, que Zandru los ataque con sus escorpiones! Son fuertes. He recibido el entrenamiento de la Torre, pero me arrojaron de su nivel a una tormenta que no pude superar. ¡Me gobernaron como si fuera un niño! ¡Dioses! ¡Dioses! ¿Estamos impotentes ante ellos, entonces? ¿No tenemos esperanza?

Sepultó el rostro entre las manos, estremeciéndose. Andrew lo miró sorprendido y consternado, habló con lentitud, extendiendo la mano para posarla en el hombro de Damon.

—No te pongas así. Eso no ayuda a nadie. Mira, tú mismo dijiste que Calista todavía conserva sus poderes, sean cuales fueren. Y pudo llegar a mí. Tal vez, sólo tal vez... no sé nada de esto, ni de las guerras o disputas que tenéis en este mundo, pero sí sé acerca de Calista y... y me importa mucho... Tal vez, digo, hay alguna manera de que yo pueda averiguar dónde está... ayudarla a volver.

Damon alzó el rostro pálido y demacrado, y observó al terráqueo con asombro.

—Sabes... —le confesó—, estás en lo cierto. No había pensado en eso. *Tú* puedes llegar a Calista. No sé por qué ni cómo ha ocurrido y tampoco sé de qué utilidad puede sernos, pero es la única esperanza que nos queda. *Tú puedes llegar a Calista.* Y ella puede venir a ti, a pesar de que otra Celadora no pudo alcanzarla y de que su propia hermana gemela está también imposibilitada. Después de todo, tal vez haya alguna esperanza.

Asió las manos de Andrew, y de algún modo el terráqueo percibió que para Damon era algo muy especial, que ese contacto, entre telépatas, estaba reservado a una gran intimidad. Por un momento, el gesto lo comunicó de forma casi insoportable con Damon... supo del agotamiento y el temor de Damon, de su desesperada preocupación por sus jóvenes primas, de sus más profundas dudas y terrores acerca de su propia virilidad... Por un momento Andrew deseó retirarse, rechazar esta no buscada intimidad que Damon, al límite de su resistencia, había arrojado sobre él; entonces su mirada se cruzó con la de Ellemir, y ahora sus ojos se parecían tanto a los de Calista, ya no despectivos sino implorantes, colmados de temor por Damon *(Bueno, ella le quiere,* pensó Andrew de repente, *a mí tampoco me parece*

demasiado hombre, pero ella le quiere, aunque no lo sepa), que no pudo rechazar ese ruego. Eran los parientes de Calista, y él quería a Calista; para bien o para mal estaba metido en sus asuntos. *Es mejor que me acostumbre ahora,* pensó, y en un torpe arrebato de algo parecido al afecto, rodeó con un brazo los hombros de Damon y lo estrechó con rudeza.

—No te preocupes tanto. Haré todo lo que pueda. Siéntate, ahora, antes de que te derrumbes. ¿Qué demonios has andado haciendo, de todos modos?

Recostó a Damon en el banco que se hallaba ante el fuego. El insoportable contacto disminuyó, desapareció, Andrew se sentía confundido y un poco preocupado por la intensidad de la emoción que se había producido. Era como tener un hermano pequeño, pensó, oscuramente. *El no es lo bastante fuerte para llevar este asunto.* Se le ocurrió que, en realidad, Damon era mayor que él y que tenía mucha más experiencia en estos curiosos contactos, pero de todas formas se sentía mayor, protector.

—Lo siento —murmuró Damon—. He estado toda la noche en el supramundo, buscando a Calista. Yo... fracasé.

Suspiró, con una sensación de absoluto alivio.

—Pero ahora ya sabemos dónde está, o al menos cómo ponernos en contacto con ella. Con tu ayuda...

—No sé nada de estas cosas —advirtió Andrew.

—Oh, eso —dijo Damon, encogiéndose de hombros como para descartar la idea. Parecía exhausto por completo—. Tenía que haber mostrado más sentido común; ya no estoy habituado al supra-mundo. Tendré que descansar e intentarlo de nuevo. Ahora ya no me quedan fuerzas. Pero cuando pueda intentarlo de nuevo... —enderezó la espalda— ¡será mejor que los condenados hombres-gato se preparen! Creo que tengo un buen plan.

Yeso, pensó Andrew, *es muchísimo más de lo que tengo yo. Pero creo que Damon sabe lo que se trae entre manos, y por ahora, esto me basta.*

Damon Ridenow se despertó y por un momento permaneció mirando al techo. El día moría; tras la agotadora búsqueda de toda la noche en el supramundo, y después del diálogo con Andrew Carr. Había dormido la mayor parte del día. El cansancio había desaparecido, pero el temor seguía allí, en lo profundo. El terráqueo era su único vínculo con Calista, y resultaba extraño e impensado que uno de aquellos hombres de otro mundo fuera capaz de establecer contacto telepático con uno de los suyos. ¡Terráqueos con los poderes de *laran* del Comyn! ¡Imposible! No, no era imposible: *había ocurrido.*

No tenía nada personal en contra de Andrew, sólo la idea de que aquel hombre era un extraño, un ser de otro planeta. En cuanto al hombre en sí mismo, Damon tendía a apreciarlo. Sabía que eso ocurría, en parte, como consecuencia de la armonía mental que por un momento ambos habían compartido. En la casta telepática, con frecuencia era el accidente de poseer *laran,* el poder telepático específico, lo que determinaba el grado de intimidad de una relación. Casta, familia, posición social, cualquier clasificación perdía importancia comparada con el único elemento definitivo: se poseía o no ese poder congénito, y en consecuencia se era pariente o extraño. Siguiendo ese criterio, el más importante en Darkover, Andrew Carr pertenecía al clan, y el hecho de que fuera terráqueo era un factor sin relevancia.

También Ellemir había adquirido una súbita importancia en su vida.

Al ser lo que era, un telépata congénito y entrenado en la Torre, el contacto entre las mentes creaba una intimidad que se hallaba por encima y más allá de cualquier otro vínculo. Había sentido eso por Leonie... veinte años mayor que él, obligada por ley a permanecer virgen, nunca hermosa. Durante el tiempo que pasó en la Torre, y mucho después, él la había amado profunda y desesperanzadamente, con una pasión que lo había insensibilizado para el resto de las mujeres. Si Leonie estaba enterada —y no podía haber evitado saberlo, dado lo que ella era—, el hecho no había establecido ninguna diferencia. Las Celadoras recibían entrenamiento para ser indiferentes a la sexualidad por medio de métodos incomprensibles para los hombres o mujeres normales.

El pensar en eso lo llevó a recordar una vez más a Calista... y a Ellemir. La había conocido casi durante toda su vida. Pero era casi veinte años mayor que ella. Sus padres lo habían instado a casarse muchas veces, pero el amor de la primera juventud se había

disipado en el calor blanco del fuego que lo devoraba por la inalcanzable Leonie. Más tarde, no había creído que tuviera nada que ofrecer a una mujer. La intimidad que había tenido con los hombres y mujeres del círculo de la Torre, con mentes y corazones mutuamente abiertos (siete seres reunidos en una intimidad en la que nada, por pequeño que fuera, podía permanecer oculto) y donde nada se rechazaba, lo había incapacitado para cualquier contacto más pobre. Expulsado de la Torre, su soledad había sido tan desolada que nada había podido disiparla.

Solo, solo, toda mi vida en soledad. Y jamás soñé... Ellemir, mi pariente, pero una niña, sólo una muchachita...

Incorporándose rápidamente de la cama, se dirigió a la ventana y miró hacia el patio. Ellemir no era *tan* joven. Era lo bastante mayor como para regentar este vasto Dominio mientras sus parientes estaban en el Concejo del Comyn. Debía de tener cerca de veinte años. Suficientes como para tener un amante; lo bastante mayor, si quería, como para casarse. Era *Comynara* por derecho propio, y su propia dueña.

Pero también es lo bastante joven como para merecer a alguien mejor que yo, desgarrado por el miedo y la incompetencia...

Se preguntó si Ellemir habría pensado alguna vez en él como amante, si había conocido a otros hombres. Eso esperaba. Si Ellemir lo amaba, él deseaba que ese sentimiento estuviera edificado sobre la conciencia, la experiencia, el conocimiento de los hombres; que no fuera el enamoramiento de una muchacha inexperta, que bien podría desaparecer cuando conociera a otros hombres. Sintió dudas. Hermana gemela de una Celadora, de alguna manera podía haber adoptado algo de la indiferencia condicionada de Calista hacia los hombres.

En cualquier caso, el sentimiento que había entre ellos ya se había convertido en algo evidente y a lo que debía enfrentarse. La sensibilidad, la conciencia casi sexual que había entre ellos, era algo que ya no podían ignorar y, sin duda, no había razón alguna para hacerlo. Además, eso aumentaría su capacidad de trabajar juntos en la tarea que los esperaba: se habían comprometido a encontrar a Calista, y la relación existente entre ellos incrementaría el grado de contacto y la fuerza. Después... bien, tal vez nunca se apartarían el uno del otro. Sonriendo apenas, Damon aceptó la idea de que acaso tuvieran que casarse; difícilmente podrían vivir separados después de esto. Bien, eso tampoco le disgustaría demasiado, a menos que Ellemir, por alguna razón, no estuviera de acuerdo.

Estas reflexiones aún persistían en la superficie de su mente mientras bajaba, pero cuando vio a Ellemir en el Gran Salón, toda duda se disipó. Incluso antes de que ella alzara la mirada seria hacia él, supo que también Ellemir había aceptado y advertido sus emociones. Dejó caer el trabajo de costura que tenía entre las manos y se acercó a él, refugiándose en sus brazos sin una palabra. Él exhaló un suspiro de alivio. Al cabo de un rato, durante el que los dos permanecieron en silencio, inmóviles ante el fuego con las manos entrelazadas, Damon habló.

— ¿No te importa, *breda*... que casi pueda ser tu padre?

— ¿Tú? Oh no, no... sólo si fueras demasiado viejo para engendrar niños, como le ocurrió a la pobre Liriel cuando la casaron con el viejo Dom Cyril Ardáis; *eso* me molestaría un poco. Pero tú, no, nunca me detuve a pensar si eras viejo o joven —respondió con sencillez—. Creo que no querría tener un amante que no pudiera darme hijos. Sería demasiado triste.

Damon sufrió un incongruente ataque de risa interna. Él jamás había pensado en ese problema. Había que suponer que las mujeres pensarían en las cosas importantes. La idea no era desagradable, y a su familia le agradaría. —Creo que no será necesario que nos preocupemos por eso, *preciosa** cuando llegue el momento oportuno.

—Mi padre estará disgustado —observó lentamente Ellemir—; como Calista está en la Torre, creo que él esperaba que yo me quedara aquí y me ocupara de la casa mientras él viviera. Pero ya he cumplido diecinueve años, y según la ley del Comyn soy libre de hacer lo que me plazca.

Damon se encogió de hombros, pensando en el formidable anciano que era el padre de las gemelas.

—Nunca me ha parecido que Dom Esteban me desaprobara —dijo—, y si no puede tolerar la idea de perderte, poco importa dónde vivamos. Amor... —Se interrumpió, y luego preguntó con temor—: ¿Por qué lloras?

Ella se acurrucó entre sus brazos.

—Siempre pensé —respondió tristemente— que cuando eligiera marido, la primera en saberlo sería Calista.

— ¿Estás muy unida a tu hermana, querida?

—No tan unida como otras gemelas, ya que cuando fue a la Torre y tomó los votos supe que nunca podríamos compartir un amante o un esposo, como hacen tantas hermanas. Sin embargo, me resulta doloroso que ella no sepa algo que significa tanto para mí.

Él la abrazó con más fuerza.

—Lo sabrá. Puedes estar segura, lo sabrá. Recuerda que ahora sabemos que está viva, y tenemos a alguien que puede llegar hasta ella.

— ¿De verdad crees que este terráqueo, este Ann'dra, puede ayudarnos a encontrarla?

—Eso espero. No nos será fácil, pero nunca creímos que lo fuera. Al menos, ahora sabemos que es posible.

— ¿Cómo puede ser? No es uno de nosotros. Aunque tenga algunos poderes o dones semejantes a nuestro *laran,* no sabe cómo usarlos.

—Tendremos que enseñarle —dijo Damon. Eso tampoco sería fácil, pensó. Cerró los dedos sobre la piedra estelar que pendía de un cordón sobre su pecho. Debía hacerlo si quería conservar la más mínima esperanza de llegar a Calista. Era él, Damon, quien debía encargarse de hacerlo. Tenía miedo de hacerlo, por los infiernos de Zandru, qué asustado estaba. Pero trató de infundir confianza a Ellemir.

—Hasta anoche, tú tampoco creías que pudieras usar el *laran y,* sin embargo, lo usaste y me salvaste la vida.

Ella esbozó una ligera sonrisa, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—De modo que por ahora, Ellemir, tomemos la felicidad que está en nuestra mano y no la arruinemos con preocupaciones. En cuanto a la ley y las formalidades, espero que Dom Esteban regrese pronto. —Mientras hablaba, le invadió una fría conciencia que le hizo contener el aliento por un instante. *Antes de lo que quisiera, y no será bueno para ninguno de nosotros,* pensó, pero cerró la mente a la idea, esperando que Ellemir no la hubiera captado—. Cuando vuelva tu padre —continuó—, podremos contarle nuestros planes. Mientras tanto, tendremos que enseñarle a Andrew cuanto podamos. ¿Dónde está?

—Dormido, supongo. Él también estaba muy cansado. ¿Lo mando llamar?

—Supongo que sí. No disponemos de mucho tiempo, aunque ahora que nos hemos encontrado, preferiría estar solo contigo un rato —pero sonrió mientras lo decía.

Ya compartían más de lo que él había experimentado nunca con otra mujer, y en cuanto al resto, no había prisa. No era un jovenzuelo que se aferrara desesperadamente a su amada, y podían esperar. Brevemente captó una tímida idea de Ellemir: *Pero no demasiado tiempo*. Eso lo alegró, pero la soltó y le dijo:

—Hay tiempo suficiente. Envía a un criado para que le diga que baje, si es que ya ha descansado lo suficiente. Y ahora, debo pensar.

Se alejó de Ellemir y se quedó mirando las llamas verde-azuladas que brotaban del combustible tratado con resina que ardía en la chimenea.

Carr era telépata, y un telépata potencialmente poderoso. Había establecido y sostenido conocimiento con una desconocida, ni siquiera pariente de sangre. Una parte del supramundo, cerrada incluso para los que tenían entrenamiento de la Torre, era accesible para él. Y, sin embargo, no tenía ningún entrenamiento, ningún aprendizaje, y tampoco parecía creer demasiado en esos extraños poderes. Con todo su corazón, Damon deseó que hubiera alguien más que pudiera enseñar a ese hombre. El despertar de los poderes psi latentes no era una tarea fácil ni siquiera para los expertos; y para un hombre de otro mundo, con una experiencia extraña hasta lo impensable, y sin la ayuda de la convicción y de la confianza, seguramente resultaría un asunto difícil y doloroso. Desde que había sido despedido del círculo de la Torre, Damon había evitado esos contactos. Para él no sería fácil volver a ellos, ni bajar las barreras ante este extraño. Sin embargo, no había nadie más que pudiera

llevar a cabo el trabajo.
Miró alrededor, buscando.
— ¿Tienes *kirian* por aquí? —preguntó.

El *kirian*, una poderosa droga compuesta por el polen de una rara planta de la montaña, administrada en dosis cuidadosamente reguladas, podía disminuir las resistencias a la relación telepática. Damon no estaba seguro de si la quería para dársela a Andrew Carr o para tomarla él mismo, pero de una manera u otra podría facilitar el contacto con un extraño. La mayor parte del entrenamiento telepático lo realizaban las Celadoras en persona, pero el *kirian* podía incrementar los poderes psi de manera temporal y en grado suficiente como para posibilitar el contacto también con los no telépatas.

—No lo creo —contestó Ellemir, dubitativa—. No, al menos desde que Domenic superó la enfermedad de umbral. Calista nunca la ha necesitado y yo tampoco. Iré a ver, pero creo que no hay.

Damon sintió el gélido escalofrío del miedo royéndole las visceras. Con el apoyo de la droga, tal vez hubiera podido resistir la dura tarea de dirigir y disciplinar el despertar del *taran* en un desconocido. La idea de pasar por ello sin ninguna ayuda se le hacía casi intolerable. Sin embargo, si ésta era la única oportunidad de Calista...

—Tienes una piedra estelar —indicó Ellemir—. La usaste para enseñarme lo poco que puedo hacer...

—Niña, eres mi pariente consanguínea y estamos bastante próximos emocionalmente... y aún así, cuando cogiste mi piedra, para mí fue una agonía mayor de lo que podría expresar —contestó Damon con gravedad—. Dime, ¿no tendrá Calista ninguna otra gema matriz sin usar? —Si consiguiera una gema en blanco, sin sintonizar, para Carr, tal vez pudiera trabajar más fácilmente con él.

—No estoy segura. Tiene muchas cosas que jamás he visto y acerca de las cuales no he preguntado, porque están relacionadas con su trabajo de Celadora. Siempre me pregunté por qué las habría traído aquí en vez de dejarlas en la Torre.

—Tal vez porque... —Damon vaciló. Le resultaba duro hablar de sus propios días en el círculo de la Torre; su mente no dejaba de evadirse y de resistirse como un caballo desbocado. No obstante, de algún modo debía superar ese miedo—. Tal vez porque una *leronis*, e incluso un técnico de matrices, prefiere conservar a mano su equipo de trabajo. No sé explicarlo muy bien, pero es mejor tenerlo todo a mano. Yo no uso mi propia piedra estelar más de dos veces al año —agregó— y, sin embargo, la llevo siempre colgando del cuello simplemente porque se ha convertido en... en una parte de mí. Resulta incómodo, e incluso físicamente doloroso, cuando la tengo lejos de mí.

Ellemir susurró, confirmando rápidamente la suposición de él acerca de la creciente sensibilidad de la muchacha:

— ¡Oh, pobre Calista! Le contó a Andrew que la habían separado de su piedra estelar...
Sombríamente, el hombre asintió.

—De modo que aunque no la hayan maltratado ni violado, está sufriendo —confirmó. *¿Por qué evitarme un poco de dolor o de problemas, para protegerla a ella de algo peor?*, pensó—. Llévame a su cuarto, déjame mirar entre sus cosas.

Ellemir obedeció sin replicar, pero cuando estuvieron en el centro del cuarto que compartían las hermanas, dijo en un susurro colmado de temor:

—Lo que me explicaste... ¿no dañará a Calista que toques sus... las cosas que usa como Celadora?

—Es una posibilidad —confirmó Damon—, pero no es peor que pensar que ya le han hecho daño, y tal vez sea nuestra única oportunidad.

Mis hombres murieron porque fui demasiado cobarde como para aceptar lo que era: un telépata con entrenamiento de la Torre. Si permito que Calista sufra por temor a usar mis poderes... entonces no soy digno de Ellemir, seré algo menos que cualquier hombre de otro planeta... pero, Dios, tengo miedo, miedo... Bendita Cassilda, madre de los Siete Dominios, asísteme ahora...

Su voz monocorde *y* neutral no delató sus sentimientos.

— ¿Dónde están las pertenencias de Calista? Puedo averiguar cuales son por la

sensación, pero preteriría no perder tiempo ni tuerzas con ese método.

—El tocador con los cepillos de plata, allá, es de ella. El mío es el otro, con los peines y cepillos de marfil.

El percibió el miedo y la tensión en la voz de Ellemir, a pesar de que la muchacha trataba de imitar el estilo frío y desapasionado de Damon. El observó el tocador y escarbó brevemente en los cajones.

—Todo esto no sirve para nada —dijo—. Una o dos gemas matrices, de primer nivel o menos, que sólo sirven como botones. ¿Estás segura de no haber visto nunca dónde guarda todos sus instrumentos? —Pero antes de que ella sacudiera la cabeza, Damon ya sabía la respuesta.

—Nunca. Siempre he tratado de no... Entrometerme en ese aspecto de su vida.

—Lástima que no soy el terráqueo —masculló Damon con amargura—. Podría preguntárselo directamente. —Cerró los dedos, con reticencia, sobre la piedra estelar que pendía del cordón, y lentamente la extrajo de su bolsa de cuero. Cerró los ojos, tratando de captar algo. Como siempre que tocaba la gema fría y lisa, sintió el extraño aguijón del miedo. Al cabo de un momento, vacilante, se dirigió hacia la cama de Calista. Estaba abierta, con las sábanas arrugadas, como si nadie, sierva o ama, hubiera tenido el valor de borrar la última marca de su cuerpo. Damon se humedeció los labios con la lengua, se inclinó y buscó debajo de la almohada; después se incorporó levantando la almohada con suavidad. Allí debajo, sobre las finas sábanas de lino, había un pequeño envoltorio de seda, casi chato, aunque no del todo. A través de la seda pudo distinguir la forma de la piedra.

—La piedra estelar de Calista —expuso lentamente—. De modo que sus captores no se la han arrebatado.

Ellemir trató de recordar las palabras exactas de Andrew.

—El nos contó... Calista no dijo que le hubieran quitado la piedra estelar —repitió lentamente—. Ella dijo: «Sólo podían quitarme las alhajas por si una de ellas era mi piedra estelar.» Algo por el estilo. Así que la piedra ha permanecido aquí todo el tiempo.

—Si yo la hubiera tenido, tal vez podría haberla alcanzado en *el* supramundo —reflexionó Damon en voz alta, pero después sacudió la cabeza.

Sólo Calista podía utilizar su propia piedra. Sin embargo, eso explicaba una cosa. Sin la piedra estelar, podían recluirla en la oscuridad. En cambio, si la hubiera tenido en su poder, Damon tal vez la habría localizado, podría haber concentrado en ella su propia piedra estelar... De nada servía pensar en eso ahora. Extendió una mano para coger la piedra, pero cambió de idea.

—Cógela tú —ordenó, y corno ella vacilaba, añadió—: Tú eres su gemela, tus vibraciones son las más parecidas a las suyas. Puedes manejarla causándole menos dolor que cualquier otro ser en el mundo. Incluso es peligroso a través del aislante de seda, pero es menor si la coges tú que cualquier otra persona.

Tímidamente, Ellemir asió el envoltorio de seda y lo dejó caer dentro del escote de su vestido. *Para lo que servirá eso,* pensó Damon. Si Calista hubiese tenido su piedra estelar, hubiera podido resistirse mejor a sus captores. O tal vez no. Estaba empezando a suponer que había sido apresada por alguien que utilizaba una de estas gemas matrices, alguien más fuerte que la misma Calista, que por encima de todo deseaba mantenerla indefensa, alguien consciente de que, libre y armada, ella significaba un peligro.

Los hombres-gato. ¡Los hombres-gato, que Zandru los ayudara a todos! ¿Pero cómo y de dónde habrían sacado los hombres-gato la suficiente habilidad y poder como para manejar las piedras matrices? *La verdad es,* pensó, *que ninguno de nosotros sabe ni una condenada palabra sobre los hombres-gato, pero hemos cometido el terrible error de subestimarlos. ¿Un error fatal? ¿Quién sabe?*

Bien, al menos la piedra estelar no había acabado en manos no humanas.

Estaban bajando la escalera cuando oyeron una conmoción en el patio, sonidos de jinetes, el repicar de la gran campana. Ellemir soltó una exclamación y se llevó una mano al pecho. Por un instante, un escalofrío de temor asaltó a Damon, luego se relajó.

—No puede ser otro ataque —razonó—. Creo que son amigos o parientes, en caso contrario hubiera sonado la alarma. —*Además,* pensó sombríamente, *no he recibido ninguna advertencia*—. Creo que es lord Alton que vuelve a casa —observó, y Ellemir pareció sobresaltarse.

—Cuando te envié el mensaje, también le envié uno a mi padre, pero no creí que viniera durante la sesión del Concejo del Comyn, fuera cual fuese la necesidad. —Bajó corriendo las escaleras, recogiéndose la falda gris a la altura de las rodillas; Damon la siguió con más demora a través de las grandes puertas que conducían al patio de piedra.

La escena era caótica. Hombres armados, cubiertos de sangre, que se tambaleaban sobre las monturas. *En cualquier caso,* pensó rápidamente Damon, *muy pocos hombres para tratarse de la escolta personal de Dom Esteban.* Entre dos caballos, habían suspendido una litera improvisada con ramas de siemprevivas, y sobre ella yacía el cuerpo inmóvil de un hombre.

Ellemir se había detenido en los peldaños de acceso, y cuando Damon se acercó, la palidez de aquel rostro lo impresionó. La joven tenía los puños apretados, casi se estaba clavando las uñas en la palma. Damon la tomó suavemente de un brazo, pero ella no pareció advertir su presencia, paralizada por el horror y la conmoción. Damon descendió los peldaños, observando rápidamente los rostros pálidos y tensos de los heridos. *Eduin... Conan... Caradoc... ¿dónde está Dom Esteban? Sólo por encima de sus cadáveres...* Entonces divisó el perfil aquilino y el pelo gris hierro del hombre que se hallaba en la litera, y fue como un golpe en el plexo solar, tan doloroso que se tambaleó ante el impacto. *¡Dom Esteban! ¡Por todos los infiernos... qué momento para perder al mejor espadachín y comandante de todos los Dominios!*

Los sirvientes se afanaban a su alrededor con cierta confusión; dos de los hombres empapados en sangre se habían deslizado de sus monturas y desataban con cuidado la litera. Los caballos que la habían cargado se alejaron — *¡El olor a sangre, nunca se acostumbran a eso!*— *j* se oyó un grito agudo; el hombre que estaba en la litera empezó a maldecir, con fluidez, en cuatro idiomas.

No está muerto, pues, sino bien vivo. ¿Pero hasta qué punto malherido?, pensó Damon.

— ¡Padre! —gritó Ellemir, y empezó a correr en dirección a la litera. Damon la sostuvo, reteniéndola para que no se arrojara sobre su padre. Las maldiciones se interrumpieron, como si alguien hubiera cerrado un grifo.

—Calista, niña... —La voz sonaba ronca por el dolor.

—Ellemir, padre... —murmuró ella. Ahora ya habían logrado apoyar la litera en el suelo, y Damon vio que la curadora se abrí! paso entre los apiñados sirvientes. Dijo, con voz tensa:

—Retírense, esto es asunto mío. Domna —dirigiéndose *¿Ellemir*—, tampoco es lugar apropiado para ti.

Ellemir no prestó atención a la mujer, y se arrodilló junto al herido. Éste hizo una mueca que pretendía pasar por una sonrisa,

—Bien, *chiya,* aquí estoy —musitó, mientras sus cejas *sí* retorcían—. Sin embargo, debí haber traído más hombres.

Damon, mirando por encima del hombro de Ellemir, descubrió en el rostro del hombre las marcas de una larga lucha contra el dolor y contra algo peor. Algo como el miedo. Aunque como nadie había observado jamás el miedo reflejado en el rostro de Esteban-Gabriel-Rafael Lanart, lord Alton, no podían estar seguros de cómo se vería el miedo en ese rostro sombrío y controlado...

—Vete ahora, niña. Las escenas de batalla y sangre... no son apropiadas para una doncella. Damon, ¿eres tú? Pariente, llévate a la niña de aquí.

Y además, no puedes maldecir mientras ella permanezca aquí, pensó Damon irónicamente, observando cómo Dom Esteban se mordía los labios, y conociendo sus férreos prejuicios. Puso una mano sobre el hombro de Ellemir cuando la curadora se arrodilló junto a lord Alton, y al cabo de un momento la joven permitió que la *alejara,* de allí.

Damon echó un rápido vistazo al patio. Vio que Dom Esteban no era el único herido; ni

siquiera el más grave. Dos hombres ayudaron a desmontar a otro y lo condujeron hasta el banco de piedra que estaba en el centro, donde lo tendieron cuan largo era. Tenía una pierna envuelta con una venda rústica, empapada en sangre; a Damon se le revolvió el estómago al pensar en lo que debía ocultar el vendaje.

Ellemir, pálida pero consciente de sus actos, estaba dando rápidas órdenes para que trajeran agua caliente, vendas de lino, almohadones.

—La sala de guardia es demasiado fría —dijo a Dom Cyril, el viejo *coridom* o mayordomo jefe—. Llévalos al Gran Salón; haz traer camas de la sala de guardia. Allí los atenderán con más comodidad.

—Buena idea, *vai domna* —contestó el anciano, y se acercó al que mandaba la Guardia (ahora que Esteban no estaba más allí) al *seconde* u oficial jefe de la Guardia de Armida. El hombre se llamaba Eduin. Era de escasa estatura, hombros anchos y cara de halcón, y una larga herida sangrante proporcionaba ahora un aspecto salvaje a sus facciones. La manga de su túnica aparecía desgarrada en varias partes.

—... ¡invisibles! —Lo oyó decir Damon—. Sí, sí, sé que parece imposible, pero lo juro, no se les veía hasta que morían y entonces... bien... entonces aparecían de la nada. Señor, juro que es verdad. Oíamos cómo se movían, observábamos las huellas que dejaban en la nieve, veíamos cómo sangraban...!pero no estaban *allí* —El hombre temblaba al recordarlo, y su rostro estaba mortalmente pálido bajo las manchas de sangre seca—. Si no hubiera sido por el *vai dom* —dijo el nombre de Dom Esteban en su propio dialecto montañés, llamándolo *Istvan*—, de no haber sido por lord Istvan, estaríamos todos muertos.

—Nadie duda de ti —le tranquilizó Damon adelantándose para coger al hombre de un brazo, ya que parecía a punto de desplomarse—. Yo mismo me topé con ellos al cruzar las tierras oscuras. ¿Cómo escapaste? —*No como yo, huyendo y abandonando a mis hombres a la muerte.* De repente, el desagrado por sí mismo y por su propia cobardía se alzó en él, provocándole náuseas. Por un momento le pareció que se ahogaba. Ante la explicación de Eduin, se obligó a tranquilizarse y escuchar.

—No estoy seguro. Llevábamos los caballos de las bridas y de repente todos ellos se espantaron, encabritándose. Mientras yo trataba de controlar al mío, se produjo un... un *aullido,* y Dom Istvan tenía la espada desenvainada, y la sangre fluía por ella. Y el hombre-gato simplemente... se *materializó* en el aire y cayó muerto. Después vi que Marcos caía con el cuello segado, y oí que Dom Istvan gritaba: «Usad los oídos». Caradoc y yo nos pusimos espalda contra espalda y empezamos a barrer el aire con las espadas. Hubo una especie de siseo, y yo dirigí la espada contra el punto de donde procedía, y el filo se hundió, y allí apareció esa cosa, ese gato, que agonizaba sobre la nieve y yo... de algún modo destrabé la espada y seguí atacando a cualquier sonido que oía. Era como luchar de noche... —Cerró los ojos como si por un momento se hubiera quedado dormido de pie—. ¿Puedo tomar algo, lord Damon?

Damon quebró la extraña parálisis que lo invadía. Los criados corrían por el patio con recipientes de agua caliente, mantas, vendas, jarras humeantes. Le hizo señas a uno de ellos, preguntándose quién habría tenido la buena idea de pedir una infusión de *firi* caliente a esta hora. Sirvió una taza y se la acercó a Eduin. El hombre engulló el licor caliente como si fuera el vino aguado de un banquete, y se quedó temblando.

—Ve al Gran Salón, hombre; allí atenderán mejor tus heridas —dijo Damon. Pero Eduin sacudió la cabeza.

—Yo no he sufrido mucho daño, pero Caradoc... —hizo un gesto en dirección al hombre de barba castaña que yacía con los puños apretados sobre el banco de piedra—. Tiene una herida en la pierna. —Se acercó a su amigo y se agachó sobre él.

—Lord Alton... —masculló Caradoc entre sus dientes apretados—. ¿Está con vida? Oí su grito cuando le alcanzaron.

—Está vivo —le informó Damon, y Eduin puso una taza del fuerte licor sobre los labios de Caradoc. El hombre lo tragó ansiosamente, y Eduin murmuró en voz baja:

—Lo necesitará cuando lo traslademos. Dame una mano, *vai dom.* Todavía tengo fuerzas para ayudar a llevarlo, y prefiero hacerlo yo y no dejárselo a los criados; él recibió el golpe que me estaba destinado.

Con tanto cuidado como pudo, Damon ayudó a Eduin a sostener el gran peso de Caradoc y a trasladarlo hasta el Gran Salón. Caradoc gemía y mascullaba, casi delirando, como si el licor ingerido hubiera disminuido su control. Damon lo oyó murmurar:

—Dom Esteban luchaba con los ojos cerrados... mató a una docena de ellos... muchos de los nuestros habían muerto, pero ellos tenían más bajas... oí cómo huían, no los culpo, yo también quería huir, pero uno de ellos lo alcanzó, el Dom cayó sobre la nieve... estábamos seguros de que había muerto... hasta que empezó a maldecirnos... —La cabeza de Caradoc le cayó sobre el pecho y el soldado quedó inconsciente entre los dos que lo sostenían.

Con ayuda de Damon, Eduin acomodó con cuidado a su cama-rada en uno de los catres de campaña que con prisas habían situado en el salón, y lo cubrió tiernamente con mantas tibias. Rehusó ayuda para él cuando Dom Cyril le ofreció vendas y ungüentos, alegando que apenas estaba herido.

—... pero Caradoc se desangrará hasta morir si alguien no se ocupa de él. ¡Ayúdenlo! ¡Yo hice lo que pude, pero no fue suficiente, allí en medio del frío!

—Haré cuanto pueda —aseguró Damon apretando los dientes.

Se sentía enfermo, pero al igual que todos los Guardias del Comyn que tenían destacamentos a su mando, por pequeños que fuesen, había seguido un sólido entrenamiento en técnicas hospitalarias de campaña; tal vez era más experto que la mayoría, ya que sus deficiencias como esgrimista le habían indicado que debía desarrollar alguna capacidad especial para equilibrar sus déficit. Por el rabillo del ojo observó que Andrew Carr entraba en el Gran Salón y que contemplaba con perplejidad y horror la sangrienta escena. Captó un destello de pensamiento: *Espadas y cuchillos, en qué clase de sitio he aterrizado;* después lo olvidó por completo.

—La curadora está con Dom Esteban, pero esto no puede esperar. Dom Cyril, écheme una mano con estos vendajes.

Durante la siguiente hora no tuvo aliento para pensar en Andrew Carr, ni siquiera en Calista. Caradoc tenía una herida en la pantorrilla y otra en la parte superior del muslo de la cual, a pesar del rústico torniquete que le había aplicado Eduin, todavía seguía manando sangre. Era difícil contener la hemorragia, la herida se encontraba en un lugar incómodo para un vendaje apretado: uno de los grandes vasos sanguíneos de la ingle había sido cercenado. Finalmente pensó que al fin se cerraba, y se dispuso a coser la herida de la pantorrilla —un trabajo complicado que siempre lo descomponía—, pero cuando terminó de hacerlo, otra vez manaba sangre de la herida de la ingle. Miró al hombre con amargura, pensando, *otra deuda más con los condenados gatos, y* ante la mirada implorante de Eduin, sacudió negativamente la cabeza.

—No puedo hacer nada más, *com'ii*. Es una mala herida.

—Lord Damon, tienes entrenamiento de la Torre. He visto a la *leronis* curar heridas peores que ésta con su gema. ¿No puedes hacer nada? —le rogó Eduin. Se había negado a todos los intentos de hacerlo comer, o descansar o abandonar a su amigo aunque fuera por un momento.

—Oh Dios —masculló Damon—. No tengo la habilidad ni la fuerza... es un trabajo delicado. Podría detener su corazón, matarlo...

—Inténtalo, por favor —rogó Eduin—. De todos modos morirá en pocos minutos si no puedes detener la hemorragia.

No, maldición, deseaba decir Damon. *Déjame en paz, he hecho todo lo que he podido...*

Caradoc no huyó de los hombres-gato. Probablemente salvó la vida de Esteban. Gradas a él Ellemir no es huérfana en este momento. ¿Está vivo? ¡Ni siquiera he tenido un momento para ir a verle!

—Lo intentaré —aceptó de mala gana—. Pero no esperes demasiado. Sólo hay una posibilidad entre mil.

Con gestos tensos, escarbó buscando la gema que pendía de su cuello, y la extrajo. *Ahora debo hacer el trabajo de una hechicera,* pensó con amargura. *Leonie dijo que, de haber nacido mujer, habría sido Celadora...*

Observó la piedra azul, concentrándose con furia en el control de los campos magnéticos. Lenta, lentamente, concentró su incrementada sensibilidad psicológica cada

vez más profunda hasta el nivel molecular y más allá, percibiendo el pulso de las células sanguíneas, el agitado corazón... *cuidado, cuidado...* Por un instante su mente se fundió con la del hombre inconsciente, un leve remolino de temor y agonía, una debilidad creciente a medida que la preciosa sangre vital manaba... más y más al interior, hasta llegar a las células, a las moléculas... al vaso sanguíneo cercenado, roto, la hemorragia, la presión...

Presión, ahora, dirigida sobre el vaso cercenado... fuerza ps i telequinética, para unir, unir... células que se cierran; cuidado, no detengas el corazón, llega sólo hasta ahí.

...Sabía que no había movido ni un músculo, pero se sentía como si hubiera introducido las manos en el cuerpo del herido, y aferrara con fuerza la arteria cercenada. Sabía que estaba deteniendo la hemorragia con pura energía...

Con un largo suspiro, se retiró.

—Creo que la hemorragia ha cesado —observó Eduin.

Damon asintió, exhausto.

—Durante una hora o así, evita moverlo —aconsejó roncamente—, hasta que el tejido esté lo bastante fuerte como para resistir. Pon bolsas de arena alrededor de él para impedir que se mueva sin querer. —Una vez detenida la hemorragia, la herida no era demasiado grave—. Mal lugar, pero podría ser peor. Un centímetro más allá, y hubiera resultado castrado. No dejes que se mueva ahora, y mejorará. En nombre del infierno, hombre, levántate. ¿Qué estás haciendo...?

Eduin había caído de rodillas. Murmuró la fórmula ritual:

—Hay una vida entre nosotros, *vai dom.*

—Muy pronto deberé pasar por un trance en el que necesitaré un par de hombres valerosos como vosotros dos —dijo agudamente Damon—. ¡Ahorra tus fuerzas para entonces! Ahora, maldito seas, si no vas y te procuras un poco de comida y descanso, te daré un golpe y me sentaré encima tuyo. Vete, *teniente...* ¡es una orden!

—Dom Istvan... —murmuró Eduin, atontado.

—Yo me ocuparé de averiguar lo que le ocurre. Tú ve, y que te atiendan esa herida —ordenó Damon, y miró a su alrededor, concentrándose otra vez. Ellemir, con el rostro pálido, seguía supervisando la colocación de camas y mantas para los heridos, y la alimentación de los heridos leves. La curadora seguía sentada junto a Dom Esteban. Damon se acercó lentamente a ella y advirtió, como si su cuerpo no le perteneciera, que se balanceaba al caminar. *Ya no tengo práctica en estos menesteres, maldita sea.*

La curadora levantó la cabeza ante la pregunta de Damon.

—Está durmiendo; no responderá a ninguna pregunta hasta mañana. La estocada ha pasado cerca de los riñones, pero creo que tiene alguna herida en la espina dorsal. No puede mover las piernas en absoluto, ni siquiera un dedo del pie. *Podría* ser resultado del shock, pero me temo algo peor. Cuando se despierte... bien, o estará perfectamente o se pasará el resto de la vida paralizado de cintura para abajo. Las heridas en la médula no se curan.

Damon se alejó de la curadora aturdido, sacudiendo lentamente la cabeza. Muerto, no. Pero si de verdad tenía las piernas paralizadas, casi hubiese sido mejor que hubiera muerto. No envidiaba en absoluto a quien tuviera que comunicar al formidable anciano la noticia de que debía dejar en otras manos el rescate de su hija.

¿En manos de quién? ¿En las mías? Damon advirtió, conmocionado, que desde que se había enterado de que Esteban vivía, había esperado que su pariente mayor —quien, después de todo, era el padre de Calista, su pariente más cercano, y que por lo tanto estaba obligado a vengar cualquier herida o deshonor que se le hubiera infligido a la joven— estaría en condiciones de hacerse cargo de la tarea. Pero nada había ocurrido como esperaba.

La tarea seguía correspondiéndole a él... y al terráqueo, Andrew Carr.

Se volvió con resolución y salió del Gran Salón para ir en busca del extranjero— *¿Qué clase de mundo es éste, de todos modos? Espadas y cuchillos... bandidos, batallas, secuestros.* Carr había visto a los heridos, pero en seguida había comprendido que sólo servía de estorbo, que sus anfitriones no tenían tiempo para dedicárselo a él en este momento, y se había retirado al primer piso, al cuarto que le habían asignado. Se había sentido mal por no ofrecer ayuda, pero el lugar estaba atestado de gente y todos ellos sabían mejor que él

cómo actuar. Decidió que lo mejor que podía hacer era quitarse de en medio.
¿Qué ocurriría ahora? Por lo poco que pudo captar de la charla de los criados —en general sostenida en un dialecto que apenas comprendía— había colegido que se trataba del señor de la propiedad, el padre de Ellemir. Con el regreso del dueño, ¿seguiría siendo Damon el encargado de tomar las disposiciones para el rescate de Calista? En lo único que pensaba era en ella, ignoraba todo lo demás. Después, como si sus pensamientos la hubieran atraído (y tal vez la habían atraído, ya que Calista suponía que había cierto vínculo entre ellos), la vio de pie junto a su cama.
—Así que estás a salvo, a salvo y bien por ahora, Andrew. ¿Han sido hospitalarios mis parientes?
—No podrían haberse mostrado más amables —agradeció Andrew—. Pero si puedes venir a esta casa, ¿por qué no pueden verte *ellos?*
—Me gustaría saberlo. No puedo verlos, no llego a recibir sus pensamientos; es como si la casa estuviera vacía y sin un fantasma que la aceche. ¡O como si el fantasma fuera yo... acechando mi propio hogar! —Su rostro se desfiguró con los sollozos—. De algún modo, alguien ha logrado aislarme de todos, del mundo que conozco. Vago por el supramundo y sólo distingo rostros extraños, pasajeros, nunca una mirada procedente de un rostro familiar. ¿Me habré vuelto loca...?

Andrew habló lentamente, tratando de explicar los hechos que le había contado Damon.

—Damon cree que estás en manos de los hombres-gato, parece que han atacado a otros *y* que te mantienen prisionera para que no puedas usar tu piedra estelar contra ellos.

—Antes de que me fuera de la Torre —recordó Calista lentamente—, Leonie me contó algo de eso. Dijo que algo andaba mal en la tierra oscura, y que sospechaba que alguien estaba usando algunas piedras no controladas, o mejor dicho, que se les estaba dando algún mal uso. Eres terráqueo... ¿sabes lo que son las piedras?
—En absoluto —confesó Andrew.

—Es el antiguo saber, tú lo llamarías ciencia, de este mundo. Las piedras matrices, piedras estelares las llamamos, se pueden sintonizar con la mente humana, y amplificar así lo que tú llamas poderes psi. Pueden usarse para cambiar la forma de la energía. Toda materia, toda energía y toda fuerza no son más que vibración, y si cambias la velocidad de esa vibración, toma otra forma.

Andrew asintió. Podía comprender eso. Sonaba como si ella intentara, sin el saber científico del Imperio Terrano, explicar la teoría del campo atómico de la materia y la energía; y parecía hacerlo mejor que él con todos los conocimientos científicos de que disponía.
— ¿Y puedes usar esas piedras?

—Sí. Soy Celadora, y tengo el saber de la Torre; soy la líder de un círculo de telépatas expertos que utilizan estas piedras para la transmutación de la energía. Y todas las piedras que utilizamos, sintonizadas con nuestros cerebros individuales, están controladas desde una u otra de las Torres; a nadie se le permite usarlas si no ha sido entrenado personalmente por una Celadora o un técnico más viejo, para asegurarnos de que no hará daño a nadie. Las piedras son muy, muy poderosas, Andrew. Las de más alto nivel, las más grandes, podrían hacer pedazos este planeta como si fuera un pollo asado que estallara en el horno. Por eso nos asustamos cuando descubrimos que alguien o *algo* estaba usando una o varias piedras muy poderosas en las tierras oscuras, sin control ni entrenamiento.
Andrew trataba de recordar las palabras de Damon.

—Dijo que hubo hombres que hicieron esto antes, pero nunca no humanos.

—Damon ha olvidado sus conocimientos de historia. Se sabe con seguridad que nuestros antepasados recibieron las piedras del pueblo *chieri,* quienes sabían cómo usarlas cuando nosotros éramos aún unos salvajes, y ellos ya las habían aprovechado tanto que no las necesitaban más. Pero los *chieri* tienen ahora poco que ver con la humanidad, y hay muy pocos hombres que los hayan visto alguna vez. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de esos gatos, malditos sean! —Exhaló un suspiro largo y agotado—. Oh, estoy cansada, cansada,

Andrew. Por Evanda que me gustaría *tocarte.* Creo que me volveré loca, sola en la oscuridad. No, no me han maltratado, pero estoy tan cansada, tan cansada de la fría piedra y del agua que gotea, y me duelen los ojos debido a la oscuridad, y no puedo comer ni beber lo que me dan, porque todo apesta con el olor de ellos...

Los sollozos de Calista casi enloquecieron a Andrew. Además de la imposibilidad de tocarla, consolarla de alguna manera, deseaba cogerla entre sus brazos, estrecharla muy fuerte, aquietar su llanto. Y ella se hallaba ante él con un aspecto tan real, tan sólido, que él podía llegar a distinguir su respiración y las lágrimas que no dejaban de rodar sobre las mejillas. Y, sin embargo, ni siquiera podía rozarle la punta de los dedos.

—No llores, Calista —suplicó, impotente—. De alguna manera Damon y to te encontraremos, y si él no quiere... ¡puedes estar segura de que yo mismo lo intentaré!

Alzando súbitamente la vista, vio que Damon estaba de pie en el umbral. Tenía los ojos muy abiertos. Dijo, con un suspiro de asombro:

— ¿Calista está *aquí?*

—Parece imposible que no la veas —dijo Andrew, y otra vez sintió ese extraño y tentativo tentáculo en busca de contacto, como un roce directo sobre su mente. Pero no se resistió. Al menos Damon averiguaría que le estaba diciendo la verdad.

—En realidad, nunca he dudado de ti —dijo Damon, y sus ojos estaban muy abiertos de asombro y de tristeza.

— ¿Damon está aquí? ¡Damon! —exclamó Calista, y los labios le temblaban—. Dices que está aquí y yo no puedo verlo. Como un fantasma, un fantasma en mi propia casa y en el cuarto de mi hermano... —Hizo un desesperado intento por controlar el llanto. Andrew sintió la desesperación de su lucha por calmarse—. Dile a Damon que debe encontrar mi piedra estelar. *Ellos* no la encontraron porque no la llevaba puesta. Dile que no la llevo colgando del cuello como él.

Andrew repitió el mensaje a Damon en voz alta. Se sintió incómodo, como un médium que transmitiera mensajes de un espíritu incorpóreo. La idea lo hizo estremecerse; esos espíritus por lo general pertenecían a gente muerta.

Damon tocó el cordón que le rodeaba el cuello.

—Había olvidado que ella lo sabía. Dile que la tiene Ellemir, la halló debajo de su almohada, y pregúntale...

Andrew repitió sus palabras y Calista lo interrumpió.

—Eso explica por qué... sabía que *alguien* la había tocado, pero si fue Ellemir... —Su forma empezó a oscilar y perder nitidez, como si el esfuerzo por hacerse visible le hubiera exigido más de lo que podía dar. Ante el grito de preocupación de Andrew agregó—: Estoy muy débil... me siento como si estuviera muriendo... o tal vez... Observad la piedra. —Y desapareció.

Andrew se quedó mirando, aterrado, el lugar de donde había desaparecido la imagen. Cuando repitió sus últimas palabras, Damon salió corriendo, llamando a Ellemir a gritos.

— ¿Dónde estabas? —preguntó furioso cuando la joven apareció.

Ella lo miró asombrada e irritada.

— ¿Qué te pasa? —Tenía las ropas empapadas en sangre—. He estado atendiendo a los heridos. ¿No tengo derecho a darme un baño y ponerme ropas limpias? ¡Hasta los sirvientes han recibido mi permiso para hacerlo!

Qué parecida, a Calista, y qué distinta, pensó Andrew, y sintió un resentimiento completamente irracional, porque ella estaba caminando libremente por allí, gozando de un baño y de ropas limpias, mientras Calista estaba sola y sollozando en la oscuridad, en alguna parte.

—La piedra estelar, rápida —exigió Damon—. A través de ella podemos averiguar si Calista está viva y se encuentra bien. —Explicó rápidamente a Andrew que cuando un experto en matrices moría, su piedra estelar también «moría», ya que perdía color y brillo.

Ellemir la extrajo, manejándola con suavidad a través de la seda aislante, pero latía con tanto brillo como siempre.

—Está exhausta y asustada —observó Damon—, pero físicamente está muy fuerte, pues de otro modo la piedra no brillaría tanto. ¡Andrew! Cuando vuelva a ti, dile que debe comer y

beber, para estar fuerte, para conservar su fuerza hasta que podamos rescatarla. Me pregunto por qué habrá insistido tanto en que halláramos su piedra estelar.
Andrew extendió la mano hacia ella.
— ¿Puedo...? —preguntó.

—Es peligroso —advirtió Damon, vacilante—. Nadie puede usar una piedra sintonizada con otro.

Entonces recordó que Calista era Celadora, y que las Celadoras estaban tan entrenadas que a veces podían sintonizarse con la piedra de otro. Leonie había sostenido la de Damon muchas veces, y aunque el levísimo roce de Ellemir sobre la piedra, a pesar de haberle salvado la vida, había significado para él una agonía, el contacto de Leonie no le había resultado más doloroso que una caricia en la mejilla. Durante el entrenamiento, antes de que le enseñaran cómo sintonizar su piedra estelar con el ritmo de su cerebro y de sus energías, le habían adiestrado con la piedra de su Celadora; y durante ese lapso había estado tan en contacto con Leonie que ambos permanecían mutuamente abiertos.

Incluso ahora, una simple idea bastaría para atraerla hasta mí, pensó.

Andrew supo lo que Damon estaba pensando. £5 *como si me transmitiera sus pensamientos. Me pregunto si lo sabrá.*

—Si Calista y yo no estuviéramos en estrecho contacto —arguyó con suavidad—, no creo que siguiera volviendo a mí. —Vaciló un momento, reacio a revelar más; después advirtió que por el bien de Calista, por el bien de todos, no era justo reservarse ni siquiera aquello que era tan privado y personal. Dijo, tratando de conservar un tono neutro—: Yo... yo la amo, sabes. Haré lo que creas que es mejor para ella, sin importar lo que me exija. Sabes más que yo sobre estas cosas. Estoy completamente en tus manos.

Por un instante, Damon sintió rechazo *(Este extraño, este desconocido, hasta sus mismos pensamientos mancillan a una Celadora},* después se obligó a ser justo. Andrew no era un extraño. Sin saber cómo había ocurrido, fuera lo que fuese, este extraño, este terráqueo, tenía *laran.* En cuanto a amar a una Celadora, él mismo había amado a Leonie toda su vida, y ella jamás se había enojado por eso ni lo había considerado una afrenta, aunque tampoco había respondido nunca al deseo de él; aceptó su amor, pero de una manera casi enteramente asexuada. Calista también sería capaz de defenderse, si lo deseaba, de las emociones de este extraño.

Andrew se estaba cansando de observar toda la situación a través de los ojos de Damon.

—Hay algo que no comprendo —dijo—. ¿Por qué una Celadora tiene que ser necesariamente virgen? ¿Es una ley? ¿Algo religioso?

—Siempre ha sido así —contestó Ellemir—, desde el más remoto pasado.
Por supuesto, pensó Andrew, ésa no era una razón.
Damon percibió su insatisfacción.

—No sé si podré explicarlo con rigor, pero es una cuestión de energías nerviosas. La gente tiene una determinada cantidad. Uno aprende a proteger las corrientes energéticas, a usarlas más efectivamente, a relajarse, a proteger la propia fuerza. Bien, ¿qué es lo que consume mayor cantidad de energía humana? El sexo, por supuesto. A veces se puede usar para canalizar energía, pero ese tipo de actividad tiene un límite. Y cuando uno está sintonizado con las gemas matrices... bien, la energía que aportan es ilimitada, pero la carne, la sangre y las ondas cerebrales humanas sólo pueden tolerar una determinada cantidad. Para un hombre resulta bastante simple. Es imposible que se sobrecargue de sexo, pues si está demasiado sobrecargado con seguridad que no funcionará sexualmente en absoluto. Los telépatas de matrices lo averiguan muy pronto. Es necesario subsistir con raciones muy pequeñas de sexo si se quiere conservar la energía necesaria para cumplir con el trabajo. Para una mujer, sin embargo, es fácil... bien, sobrecargarse. De modo que la mayoría de las mujeres deben elegir entre permanecer castas o tener mucho cuidado de no sintonizarse con las estructuras
más complejas de las matrices. Porque eso puede matarlas en un instante, *y* no es muerte dulce.

Recordó una historia que le había contado Leonie al principio de su entrenamiento.

—Una vez te dije que no era fácil violar a una Celadora que no lo deseara... pero es algo

posible, que alguna vez se ha hecho. Había una vez una Celadora, era princesa de la casa de Hastur, y ocurrió durante una de las guerras, cuando esas mujeres podían ser utilizadas como rehenes. Lady Mirella Hastur fue secuestrada, y la arrojaron a las puertas de la ciudad, porque creyeron que ya no podría hacerles más daño. Pero la otra Celadora de la Torre había sido asesinada, y no había nadie que pudiera enfrentarse a los invasores que atacaban Arilinn. De modo que lady Mirella ocultó lo que le habían hecho, y fue a las pantallas, y durante horas luchó contra las fuerzas de ataque. Pero cuando la batalla concluyó y ya todos los invasores yacían muertos o agonizantes ante las puertas de la ciudad, ella se retiró de las pantallas y cayó muerta también, quemada como una antorcha consumida. La abuela de Leonie era *rikhi,* Subceladora, en esa época y vio morir a lady Mirella. Después contó que no sólo su piedra estelar se ennegreció y consumió, sino que también las manos de la dama estaban quemadas como con fuego, y su cuerpo consumido por las energías que ya no había podido dominar. En Arilinn hay un monumento dedicado a ella —concluyó—. Presentamos nuestros respetos a su memoria cada año en la Noche del Festival, pero yo creo todavía que está allí como advertencia para cualquier Celadora que coquetee con sus poderes... o con su castidad.

Andrew se estremeció, y pensó: *Tal vez baya sido bueno que no haya podido tocar a Calista ni un segundo. ¡Me pregunto, sin embargo, si Damon no me habrá contado esta historia para que no se me ocurra ninguna mala idea más adelante!*

Damon hizo un gesto a Ellemir.

—Dale la piedra, niña —dijo—. Tócala suavemente al principio, Andrew. Muy suavemente. Ésta es tu primera lección —agregó con ironía—. Nunca aferres una piedra estelar entre las manos. Manéjala siempre como si fuera un ser vivo. — *¿También debo hacer la función de Celadora? ¿Entrenar al terráqueo como Leonie me entrenó a mí?*

Andrew cogió la piedra que relucía en la mano extendida de Ellemir. Había captado el rencoroso pensamiento de Damon y se preguntó por qué estaría tan irritado el delgado señor del Comyn. ¿Acaso aquí todas las telépatas eran mujeres, y por eso Damon sentía que su misión menoscababa su virilidad? No, no podía tratarse de eso, en caso contrario Damon no tendría una piedra. Pero Andrew sentía que *algo* pasaba. La piedra estelar era levemente cálida al tacto incluso a través de la seda. De alguna manera había esperado que fuera igual que cualquier otra gema, fría y dura. En cambio, tenía en su palma el latido de una cosa viva.

Damon indicó, en voz baja:

—Ahora, quítale la seda. De forma lenta y suave. No mires directamente a la piedra.

Andrew desenvolvió la seda aislante, y vio que Ellemir hacía un gesto de rechazo.

—Lo siento —dijo ella en voz baja.

—Vuelve a cubrirla, Andrew —dijo Damon. Andrew obedeció y Damon preguntó—: ¿Te ha hecho daño cuando él la ha tocado?

¿Podemos usar a Ellemir como barómetro de las reacciones de Calista?, pensó Andrew.

—No exactamente *daño* —dijo Ellemir, frunciendo el ceño, tratando evidentemente de ser muy exacta en la descripción—. Sólo que... lo *sentí.* Como si una mano me tocara. No estoy segura dónde. En realidad no fue desagradable. Sólo... de algún modo... íntimo.

Damon frunció el ceño ligeramente.

—Estás desarrollando *laran* —dijo—. Eso es evidente. Puede sernos de mucha utilidad.

Ella pareció asustada y exclamó:

— ¡Damon! ¿Resultará peligroso para mí? No soy virgen.

¿Gemela de una Celadora y tan ignorante?, pensó Damon, exasperado. Después se dio cuenta de que ella tenía verdadero pánico. Explicó rápidamente:

—No, no, *breda.* Sólo resulta peligroso para las mujeres que trabajan en los niveles más altos de las pantallas o con las piedras más poderosas. Si trabajaras en exceso, si estuvieras exhausta de hacer el amor, o embarazada, podrías sufrir un fuerte dolor de cabeza o un desmayo. Pero nada peor que eso. Hay mujeres entre-nadas en la Torre, que trabajan allí con nosotros y no tienen necesidad de atenerse a las leyes de las Celadoras.

Ella pareció aliviada y algo incómoda. Desde luego, pensó Andrew, no era muy normal que una muchacha comentara estos temas ante extraños. A pesar de que los tabúes sexuales

de aquí eran diferentes de los reinantes entre los terráqueos, parecían ser abundantes.

—Ellemir, toca mi piedra un momento —pidió Damon—. Con suavidad y cuidado —agregó, apretando los dientes a medida que la desenvolvía.

Andrew observó que Damon se preparaba como para recibir un golpe bajo. Ellemir puso un dedo sobre la piedra, y Damon sólo suspiró.

De modo que Ellemir y yo estamos en cierta manera sintonizados, pensó. *No me extraña. Siempre ocurre en estos casos. Si tuviéramos una relación aún más íntima, si me la llevara a la cama, tal vez ella podría incluso aprender a usarla... Bien, si me hacía falta una buena razón...* Se rió un poco, roncamente, consciente una vez más de que estaba transmitiendo sus pensamientos tanto a la mujer en quien pensaba como al hombre que, según los parámetros ordinarios, seguía siendo un perfecto extraño. Bien, ya se irían acostumbrando, no tenían alternativa. Aunque quizá sería peor el remedio que la enfermedad.

—En cualquier caso —dijo en voz alta, y Andrew percibió la tensión y el miedo en su voz—, parece que Ellemir puede manejar mi piedra sin hacerme daño. Eso nos será de ayuda. En cuanto a *ti,* Andrew, creo que puedo sintonizarte con la piedra de Calista sin mayor peligro para ella. Es un riesgo que tendremos que correr. Eres nuestro único vínculo con ella. Para lo que tendremos que hacer...

Andrew lo miró con perplejidad.

—Exactamente, ¿qué vamos a hacer?

—No estoy seguro todavía. No puedo hacer planes definitivos hasta que se despierte Dom Esteban. Su padre tiene derecho a participar en cualquier plan que tengamos. —*Además,* pensó Damon sombríamente, *para entonces ya sabremos si él puede o no tomar parte en el rescate—.* Pero sea cual sea nuestra acción, Calista debe estar enterada. Y, de todos modos —vio que Ellemir hacía un gemido de dolor—, aun cuando Calista sea lastimada, o muera, debemos eliminar a los que están dominando las tierras oscuras.

Andrew pensó: *Soy el único que está metido en esto solamente por Calista; yo no deseo nada más.* Pero no podía decir eso ante el rostro demacrado de Damon. Todavía sostenía la piedra envuelta con la seda.

Damon suspiró profundamente.

—Desenvuélvela otra vez —dijo—. Tócala suavemente. ¿Ellemir?

—Observó a la mujer, y ella asintió.

—Sí. Todavía siento cuando la toca.

Andrew sostuvo con suavidad la piedra entre las manos. Estaba sentado en una silla baja cerca de la ventana, y Damon estaba de pie cerca de él.

—Mejor que me proteja de lo que ocurrió la última vez —y se dejó caer con las piernas cruzadas sobre la espesa alfombra, atrayendo a Ellemir a su lado.

Andrew, observando el rostro de Damon, pensó: *Tiene miedo. ¿Tanto peligro hay?*

Los ojos grises de Damon buscaron los del terráqueo al precisar:

—No te engañes: sí, lo hay. La gente que hace estas cosas sin entrenamiento adecuado puede causar muchísimo año. Debo decirte que también hay peligro para ti. Por lo general, la tarea de sintonizar a alguien con una matriz se reserva a las Celadoras. Yo no lo soy. —*Leonie dijo que si hubiera nacido mujer, habría sido Celadora.* Por primera vez, esta idea no hizo que Damon se auto-despreciara y dudara acerca de su propia virilidad, como ya se había hecho habitual. En cambio, se sintió casi agradecido. Esta característica podía salvarles la vida a todos ellos.

Andrew se inclinó hacia él, con la piedra de Calista entre las manos.

—Damon. Sabes lo que estás haciendo, ¿verdad? Si no confiara en ti, no te hubiera permitido empezar todo esto. Dejemos de lado los riesgos y sigamos adelante.

Damon suspiró.

—Creo que es lo único que podemos hacer. Me gustaría... —pero no terminó la idea.

Me gustaría que hubiera tiempo para llamar a Leonie y traerla aquí. ¿Pero aprobaría ella lo que estoy haciendo, sintonizar a un terráqueo, un extraño, con una Celadora? ¿Aunque sea por salvar la vida de Calista? Ella sabía qué riesgos debía afrontar una Celadora antes de tomar sus votos en la Torre. Leonie no conoce a este terráqueo tanto como yo, tanto como

Calista.

Jamás he hecho nada en contra de la voluntad de Leonie, nunca en mi vida. Sin embargo, ella me ordenó guiarme por mi propio juicio, y eso es exactamente lo que debo hacer ahora.

— ¿Cómo tengo que actuar? —Preguntó Andrew, en voz baja—. No te olvides de que soy un completo ignorante sobre estas cuestiones psíquicas. —Movió los dedos, inquietos, sobre la piedra estelar; al recordar las advertencias de Damon, los inmovilizó. Pensó: *Es como si... debo ser tan cauteloso como si lo que sostengo entre las manos se tratara de la propia vida de Calista.* La idea lo colmó de una ternura inexpresable, y Ellemir alzó la cabeza. Sus ojos grises se cruzaron con los del terráqueo en un breve momento de simpatía. £5 *más parecida a Calista de lo que creí.*

—Voy a entrar en tu mente —advirtió Damon—, a hacer que mis ondas cerebrales, el campo de fuerza eléctrico de mi cerebro, resuenen en la misma longitud de onda que las tuyas, ésta es la forma más fácil de explicarlo... Después trataré de ajustar el campo de tu cerebro al de la piedra de Calista, de modo que puedas trabajar en esa frecuencia precisa. Eso te pondrá en más estrecho contacto con ella y así, tal vez, puedas guiarnos hasta Calista.

— ¿No sabes dónde está?

—Sólo de manera vaga —dijo Damon—. Me contaste que ella mencionó agua que goteaba y oscuridad. Eso suena como las cuevas de Corresanti; son las únicas que se encuentran a un día de camino, y ellos no se atreverían a tenerla en la superficie ni a la luz del sol. Y la aldea de Corresanti está dentro de los límites de la tierra oscura. Pero si estás sintonizado con su piedra estelar, podrás usarla como guía, y descubrir con exactitud dónde la tienen oculta. Y podrás revelárnoslo.

Andrew siguió todo esto con cierta dificultad.

—Sin duda eres un experto en estas piedras. ¿Por qué no puedes localizarla con una de ellas?

—Por dos razones. Quien sea que la tenga prisionera no sólo tiene su cuerpo en la oscuridad, sino que también ha logrado encerrar su mente en un nivel del supramundo al que ninguno de nosotros tiene acceso. No *me* preguntes cómo lo ha logrado. Quien lo haya hecho, evidentemente está usando una matriz muy poderosa. —*El Gran Gato que vi*, pensó. *Bien, tal vez le chamusquemos un poco los bigotes*—. Segunda razón. A todas luces, ella está en estrecho contacto emocional contigo. De modo que ya tenemos la mitad del trabajo hecho. Si tuviéramos una piedra en blanco para ti, yo podría con toda sencillez sintonizar tus frecuencias con ella y podrías conducirnos hasta Calista porque ya estáis en contacto. Pero como debemos utilizar la piedra de la propia Calista, a la que está sintonizada mediante el cuerpo y el cerebro, debemos tener en cuenta que sólo alguien en profundo contacto con ella puede usarla sin peligro. Si tú no estuvieras, lo hubiera intentado su hermana. Pero el hecho de que Calista haya acudido directamente a ti hace pensar que tú eres el más indicado. —Abruptamente agregó—: Otra vez lo estoy postergando. Mira dentro de la piedra.

Andrew bajó la mirada hasta la fulgurante luminiscencia azul. En lo profundo de la piedra se retorcían cintitas y pequeños gusanos de colores, lentamente, como un corazón que latiera. El corazón de Calista.

—Ellemir. Tienes que controlarnos a los dos. —Damon deseaba, con una urgencia casi física, la presencia de las mujeres entrenadas de los círculos de la Torre, que conocían el trabajo y podían mantenerse en contacto, de manera casi automática, con siete u ocho telépatas a la vez. Ellemir era nueva, y su *laran* apenas despertaba, sin entrenamiento—. Si alguno de nosotros se olvida de respirar, o si parecemos sufrir algún padecimiento físico, sólo tienes que hacernos volver.

Ella también parecía asustada.

—Yo... lo intentaré.

—Será mejor que hagas algo más que intentarlo. Tienes talento. *Úsalo,* Ellemir, si en algo aprecias la vida de tu hermana o la mía. Si tuvieras entrenamiento, podrías regular nuestra respiración y nuestro pulso en caso de que se alteraran, pero por ahora bastará con que nos hagas volver si ocurre algo de eso.

—No la asustes —dijo Andrew amablemente—. Sé que lo hará lo mejor que pueda.

Damon respiró hondo y se concentró en la piedra. El miedo brotó como la llama que surge del pedernal. Sintió que se le aceleraba el pulso y se obligó a calmarse. *Puedo hacerlo. Solía hacerlo. Leonie dijo que podía.* Sintió que su respiración se aquietaba y que el pulso se adecuaba al ritmo de vibración de la piedra. Empezó a formular instrucciones a Andrew. *Observa las luces de la piedra. Trata de aquietar tu mente, de sentir que todo el cuerpo late con ese ritmo.*

Andrew entendió la idea —*capta ese latido*— y se preguntó cómo se lograba aquel efecto. ¿Era posible cambiar el propio pulso de ese modo? Bien, en el Centro Médico y Psíquico le habían enseñado, con una máquina de biofeeddback, a generar impulsos alfa para conseguir el sueño o la relajación profunda. Esto no le parecía tan diferente. Observó, tratando de relajarse, mientras intentaba captar el exacto pulso rítmico de la piedra. *Es como sentir el latido del corazón de Calista.* Adquirió consciencia de su propio pulso, del ritmo de la sangre en las sienes, de todos los pequeños ruidos interiores, de las sensaciones y los ritmos. El latido de la piedra estelar que tenía entre las manos se apresuraba y se iluminaba, y él advirtió sus propios ritmos internos que formaban un contrapunto definido y desfasado. *Creo que lo que tengo que hacer es adecuarme a esos ritmos.* Empezó a respirar profunda y lentamente, tratando de emparejar su ritmo al de la piedra estelar. *¿El ritmo de Calista? No pienses. Concéntrate.* Consiguió lo que se proponía. Por un instante se desfaso, se hizo desigual, sintió cómo circulaba la adrenalina por su interior — *¿el de Calista?*— y advirtió que Ellemir había realizado una profunda aspiración audible, casi un jadeo. Se obligó a calmarse una vez más, a captar de nuevo el ritmo desfasado. Con cuidado lo normalizó. Para su propio asombro, observó que a medida que su respiración se aquietaba, también lo hacía el pulso de la piedra estelar.

Ahora su respiración y el latido de la piedra eran uno solo, pero el latido de su corazón formaba un agudo contrapunto con el de la piedra y con su respiración. *Concéntrate. Capta este latido.* Le dolían los ojos, y la náusea lo traspasó. La piedra giraba... cerró los ojos, luchando contra la náusea, pero la luz y los reptantes colores persistieron detrás de los párpados.

Gimió en voz alta, y el sonido hizo pedazos el pulso creciente. Damon alzó rápidamente la cabeza, y Ellemir lo miró con angustia.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Damon con suavidad.

Andrew masculló con dificultad:

—Náusea.

La estancia parecía describir lentos círculos alrededor suyo y levantó un brazo para sostenerse. Ellemir también parecía pálida.

Damon se humedeció los labios.

—Eso suele ocurrir. Maldición. Eres demasiado nuevo en esto. Desearía... ¡por Aldones! Ojalá tuviéramos un poco de *kirian*. Sin este recurso... Ellemir, ¿estás segura que no tienes ni un poco por aquí?

—De verdad, creo que no.

Damon pensó: *Tampoco yo me siento muy bien. No será fácil.*

— ¿Por qué produce este efecto? —preguntó Andrew. Entonces sintió el arrebato de impaciencia de Damon: *¿Es éste el momento de hacer preguntas tontas?* Su enojo, pensó Andrew con incredulidad, se materializaba como un pálido resplandor rojo a su alrededor—. El cuarto está... fragmentado —dijo, y se reclinó hacia atrás, cerrando los ojos.

Damon se obligó a calmarse. Esto no iba a resultar fácil ni estando en completa armonía. Si empezaban a discutir, ni siquiera sería factible. Y no podía esperar que Andrew se controlara, ya que debía hacer un trabajo difícil e inesperado con absolutos desconocidos y luchando contra la náusea y el dolor que implicaba abrir sus centros psi, los cuales jamás habían sido utilizados. La tarea de conservar el control correspondía por entero a Damon. Ésa era la tarea de una Celadora, mantener la armonía. *El trabajo de una mujer. Bien, hombre o mujer, en este momento es lo que debo hacer.*

Se forzó a relajarse, aquietando de forma consciente su respiración.

—Lo siento, Andrew. A todo el mundo le ocurre en algún momento. Lamento que te resulte tan duro, y desearía poder ayudarte. Te sientes mal porque, primero, pones en

funcionamiento una parte del cerebro que por lo general no usas. Y, segundo, porque tus ojos, tus centros de equilibrio y todo el cuerpo reaccionan ante el esfuerzo por controlar de forma consciente algunas... bien, algunas funciones automáticas. No quise enfadarme. Hay un cierto grado de irritabilidad física que yo tampoco puedo controlar. Trata de no fijar la mirada en nada, si puedes, y recuéstate sobre los almohadones. La náusea desaparecerá dentro de unos minutos. Haz lo que puedas.

Andrew se quedó quieto, con los ojos cerrados, hasta que el mareo cedió un poco. *Está tratando de ayudarme.* Las sensaciones físicas eran como los nocivos efectos colaterales de alguna droga, una náusea que ni siquiera era lo bastante definida como para que el vómito la aliviara, una sensación de hormigueo en las visceras, y extraños centelleos de luz en el interior de los ojos. Bien, eso no lo mataría, había sufrido resacas peores.

—Estoy bien —manifestó, y captó la mirada sorprendida y agradecida de Damon.

—En realidad, es un buen signo que te sientas mal a esta altura. Significa que de veras estamos logrando algo. ¿Listo para intentarlo de nuevo?

Andrew asintió y, sin pedir indicaciones, trató de concentrarse en el pulso y el latido del interior de la matriz. Esta vez le resultó más fácil. Advirtió que no le era necesario mirar la piedra; podía sentir las pulsaciones mediante el tacto. No, la sensación no era física exactamente; trató de identificar de dónde procedía y volvió a perderla. ¿Acaso importaba de dónde procedía? Lo importante era abrirse a ella. Volvió a captarla *(¿Una parte de mi cerebro que nunca he puesto en funcionamiento?)* y sintió con cuánta rapidez la respiración volvía a sincronizarse con la pulsación invisible. Al cabo de un rato breve y lento, durante el cual se sintió como si estuviera buscando en la oscuridad un ritmo elusivo, el latido de su corazón se acompasó.

Luchó en la oscuridad durante lo que le pareció un tiempo largísimo, intentando dominar los ritmos cruzados que a veces parecían estar dentro y a veces fuera de él. En cuanto lograba dominar un ritmo de la múltiple orquesta de percusión y someterlo a una armonía general, otro conseguía escaparse y empezaba una rebelde estructura contrapuntística; entonces debía detenerse y analizarlos y, de algún modo, con delicadeza, tratar de localizar el sitio de su cuerpo donde vibraba el ritmo ajeno y sintonizarlo con la armonía. Al cabo de mucho, mucho rato, advirtió que todos los latidos pulsaban al unísono; otros ritmos se aquietaron, balanceándose de arriba abajo corno si los acunara un enorme corazón batiente, meciéndose en un mar incesante y sin mareas.

Su cuerpo y su cerebro, la sangre que latía, el movimiento incesante de las células en los músculos, el lento pulso dentro de los órganos sexuales, todos al unísono... *Como si estuviera dentro de la gema, fluyendo con todas esas lucecitas...*

Andrew... un delicadísimo susurro, parte del ritmo principal.

¿Calista? No era una pregunta. No necesitaba respuesta. *Como si a ambos nos acunara, una enorme oscuridad que se meciera. Sí, también eso ocurrirá. Acunados como gemelos en una matriz única.* En ese momento no tenía pensamientos conscientes, y yacía mucho más abajo del nivel de pensamiento donde había sólo una especie de conciencia desenfocada. Con un pequeño nivel de pensamiento fragmentario, se preguntó si en esto consistía estar sintonizado con la mente de otro. Sin ser consciente de la respuesta, supo que sí, que estaba en estrecho contacto con la mente de Calista. Por un instante percibió también a Ellemir, y sin haberlo deseado, una idea se enredó en su mente, un fogonazo de perturbadora intimidad, como si en esta pulsante oscuridad yaciera desnudo, despojado como nunca, enredado en una intimidad que era como el rítmico vaivén del sexo. Era consciente de ambas mujeres, y todo parecía completamente natural, una parte de la realidad que no provocaba sorpresa ni incomodidad. Entonces avanzó un poco más y advirtió de nuevo que

su cuerpo estaba allí, frío y empapado de sudor. En ese momento se dio cuenta de que Damon estaba muy cerca, una intimidad perturbadora, no demasiado bien recibido porque interfería en su intensa proximidad emocional con Calista. No deseaba la cercanía de Damon: no era lo mismo, su textura era diferente y de algún modo perturbadora. Por un instante se debatió y se oyó jadear, y fue como si el corazón que tenía entre las manos se agitara y latiera con fuerza. Después, sin previo aviso, se produjo un breve fogonazo de luz, y una fusión. (Por un instante vislumbró el rostro de Damon y le pareció, en una imagen aterradora, que se miraba en un espejo; un suave roce, un apretón y un resplandor.) Después, de forma brusca y sin transición, fue plenamente consciente de su cuerpo una vez más, y Calista desaparecía.

Andrew estaba tendido en la silla, y todavía se sentía mareado. Pero la náusea aguda había cedido. Damon estaba arrodillado a su lado, mirándolo a los ojos con preocupación y ansiedad.

—Andrew, ¿estás bien?

—Estoy... bien —logró decir, sintiendo una incomodidad posterior—. ¿Qué demonios...?

Ellemir —de repente advirtió que la joven le había cogido una mano, y Damon la otra— le pellizcó suavemente los dedos.

—No llegué a ver a Calista —explicó—, pero por un momento ella estuvo *allí.* Andrew, perdóname por haber dudado de ti.

Andrew se sintió extrañamente incómodo. Sabía con certeza que no se había movido de la silla, que no había tocado nada más que las puntas de los dedos de Ellemir, que Damon no lo había ni rozado, pero tenía la definida sensación de que algo profundo y casi sexual había tenido lugar entre ellos, incluyendo a Calista, que ni siquiera estaba allí.

— ¿Cuánto de lo que sentí fue real? —preguntó.

Damon se encogió de hombros.

—Define los términos. ¿Qué es *real?* Todo y nada. Oh, las imágenes —suspiró, captando al parecer la base de la incomodidad de Andrew—. Eso. Déjame explicarlo de esta manera. Cuando el cerebro, o la mente, sufren una experiencia que se aparta de cualquier otra que haya experimentado, la analiza en términos de cosas que le son familiares. Perdí contacto por unos pocos segundos... pero supongo que sentiste emociones fuertes.

—Sí —reconoció Andrew, de manera casi inaudible.

—Fue una emoción nueva, y tu mente la asoció de forma automática con otra experiencia, igualmente fuerte pero familiar, que resultó ser sexual. Yo imagino algo identificable con caminar sobre una cuerda tensa sin caerme, y encontrar después algo a lo que aferrarme. Pero —hizo una súbita mueca— mucha gente piensa en imágenes sexuales, de modo que no te preocupes. Estoy habituado a ello y también lo están todas las personas capaces de entablar un vínculo directo. Todo el mundo tiene un conjunto propio de imágenes, muy pronto las reconocerás como si se tratara de voces.

—Yo oigo voces de diferentes tonos —explicó Ellemir en un murmullo—, que de pronto establecen una armonía absoluta y empiezan a cantar como si se tratara de un enorme coro.

Damon se inclinó hacia ella y le rozó la mejilla con los labios.

—¿Así que eso era la música que recibí? —susurró.

Andrew recordó que también él, en lo profundo de su mente,
había oído algo así como voces lejanas que se aunaban. Los conceptos musicales, pensó irónicamente, eran menos reveladores y más seguros que las imágenes sexuales. Miró con recelo a Ellemir, sondeando sus propios sentimientos, *y* descubrió que tenía dos niveles de sentimiento simultáneos. En un nivel compartía con Ellemir una intimidad como si hubiera sido su amante durante largo tiempo, una comprensiva buena voluntad, un sentimiento de simpatía y protección. En otro nivel, más evidente todavía, era perfectamente consciente de que la muchacha era desconocida para él, que sólo le había tocado la punta de los dedos, y que no tenía intención de hacer otra cosa con ella. Eso lo confundía.

¿Cómo puedo compartir esta aceptación casi sexual de ella, y al mismo tiempo no sentir por ella ningún interés sexual, como persona? Tal vez Damon está en lo cierto y sólo estoy visualizando sensaciones desconocidas en términos más familiares. Porque he sentido esa misma clase de profunda intimidad y aceptación con respecto a Damon, y eso si que me resulta

perturbador. Todo aquel asunto le provocaba dolor de cabeza.

—Yo tampoco vi a Calista —dijo Damon—, no logré establecer contacto con ella, pero pude sentir que Carr sí lo había conseguido. —Suspiró a causa del agotamiento físico, pero su expresión era serena.

Pero el interludio de paz fue breve. Damon sabía que, hasta el momento, Calista estaba bien y a salvo. Si alguien le hacía daño ahora, Andrew lo sabría. ¿Pero por cuánto tiempo seguiría a salvo? Si sus captores tenían idea de que Calista se había puesto en contacto con alguien del mundo tangible, con alguien que podía conducir el rescate... bien, sólo había una manera obvia de impedir que eso ocurriera. Andrew no podría comunicarse con la joven si estaba muerta. Eso era tan simple y tan obvio que a Damon se le formó un nudo en la garganta, y sintió pánico. Si ellos advertían de alguna manera lo que estaba ocurriendo, si tenían la más mínima noción de que se estaba organizando un rescate, tal vez Calista no viviera lo suficiente como para ver de nuevo la luz del día.

¿Por qué la habían mantenido con vida hasta ahora? Una vez más Damon se recordó que no debía juzgar a los hombres-gato con parámetros humanos. *En realidad no sabemos nada de sus motivaciones.*

Se incorporó, tambaleándose al hacerlo, sabiendo que después de un trabajo telepático tan intenso necesitaba comida, sueño y descanso. La noche había quedado atrás. La necesidad de apresurarse lo dominó. Se apoyó en algo para evitar caer, y miró a Andrew y a Ellemir. *Ahora que las cosas han iniciado su curso, debemos movernos junto con ellas,* pensó. *Si voy a actuar como Celadora, mi responsabilidad es impedir que ellos se asusten. Estoy a cargo de todo, y debo cuidarlos.*

—Todos necesitamos comida —dijo—, y descanso. Y no podemos hacer nada hasta que sepamos hasta qué punto es grave la herida de Dom Esteban. Ahora todo depende de eso.

Cuando Damon bajó al Gran Salón al día siguiente, halló a Eduin merodeando ante las puertas, con el rostro pálido y demacrado. Ante la pregunta de Damon asintió brevemente.

—Caradoc está bastante bien, lord Damon. Pero lord Istvan...

Eso dio a Damon toda la información que necesitaba. Esteban Lanart se había despertado... y no podía moverse. De modo que así estaban las cosas. Damon sintió un ataque de náusea, como si estuviera en arenas movedizas. ¿Y ahora qué? *¿Ahora qué?*

Así pues, todo dependía de él. Advirtió, mordiendo con fuerza, que en realidad ya lo sabía. Desde aquel momento de premonición *(Lo verás más pronto de lo que crees, y no será nada bueno para ti)* había sabido que al final la tarea quedaría en sus manos. Todavía no sabía de qué manera, pero al menos sí sabía que no podría dejar la carga en los hombros más fuertes de su pariente.

— ¿Él lo sabe, Eduin?

La cara de halcón de Eduin se transformó en una mueca de compasión.

— ¿Crees que necesita que alguien se lo diga? Sí. Lo sabe.

Y si no lo supiera, lo sabría en el mismo instante en que me viera. Damon empezó a empujar las puertas para entrar, pero Eduin lo cogió del brazo.

— ¿No puedes hacer con su herida lo que hiciste por Caradoc, lord Damon?

Compasivamente, Damon sacudió la cabeza.

—No puedo hacer milagros. Detener una hemorragia no es nada. Una vez hecho eso, Caradoc sanará por sí mismo. Yo no curé nada, sólo logré lo que la herida de Caradoc hubiera hecho por sí misma si alguien hubiera intervenido a tiempo. Pero la médula espinal está seccionada... no hay poder de este mundo que pueda repararla.

Eduin cerró los ojos por un instante.

—Eso temía —dijo—. ¡Lord Damon! ¿Hay noticias de lady Calista?

—Sabemos que por el momento está bien y a salvo —dijo Damon—. Pero hay que apresurarse. De modo que debo ver a Dom Esteban de inmediato, y hacer planes.

Abrió la puerta. Ellemir estaba arrodillada junto al lecho de su padre; los otros heridos habían sido trasladados al cuarto de Guardias, salvo Caradoc, que yacía cubierto de mantas en el otro extremo del Salón, y que parecía dormir profundamente. Esteban Lanart

estaba acostado, y su pesado cuerpo estaba inmovilizado por bolsas de arena que impedían cualquier desplazamiento. Ellemir le daba de comer, de manera bastante inexperta, con una cuchara de niño. Era un hombre alto, grueso, de rostro sonrojado, con los fuertes rasgos aquilinos de su clan, largas patillas y cejas que ya encanecían, pero con una barba que todavía se conservaba brillantemente roja. Se le veía furioso y un poco ridículo con papilla en la barba; sus ojos feroces se movieron hasta captar a Damon.

—Buenos días, pariente —saludó Damon.

— ¡Buenos días, dices! ¡Cuando estoy aquí tirado como un árbol abatido por el rayo y mi hija... mi hija...! —Alzó furioso un puño, golpeó la cuchara, volcó un poco más de papilla y ladró—: ¡Llévate esa porquería de aquí! ¡No es el estómago lo que tengo paralizado, muchacha! —Se dio cuenta de la tristeza de la joven y movió torpemente la mano para palmearle el hombro—. Lo siento, *chiya.* Tengo motivos para estar de mal humor. ¡Pero tráeme algo decente de comer, no esa papilla para bebés!

Ellemir alzó los ojos, impotente, hacia la curadora que permanecía allí; la mujer se encogió de hombros.

—Dale lo que te pide, Ellemir —dijo Damon—, siempre que no tenga fiebre.

La muchacha se incorporó y salió, y Damon se acercó hasta el lecho. No acababa de asimilar que Dom Esteban no volvería a levantarse nunca más de esa cama. Ese rostro duro no debía yacer sobre la almohada, ese cuerpo poderoso tenía que incorporarse y moverse con su marcialidad habitual.

—No te preguntaré cómo te encuentras, pariente —dijo Damon—, pero ¿sientes mucho dolor ahora?

—Casi nada, por extraño que parezca —respondió el herido—. Una herida tan pequeña... ¡y me deja inmóvil! Casi un rasguño. Y sin embargo... —Apretó los dientes y se mordió el labio—. Me han dicho que nunca volveré a andar. —Los ojos grises buscaron los de Damon, tan implorantes que el joven se sintió incómodo—. ¿Es cierto? ¿O esa mujer es tan tonta como parece?

Damon agachó la cabeza y no respondió. Al cabo de un momento, el anciano movió la cabeza con resignación.

—La desgracia se ceba en nuestra familia. Coryn murió antes de los quince años, y Calista, Calista... de modo que debo solicitar la ayuda de un extraño; humildemente, como corresponde a un lisiado. No hay nadie de mi sangre que pueda ayudarme.

Damon se arrodilló junto al anciano.

—Que los dioses no permitan que recurras a extraños —declaró con energía—. Yo reclamo ese derecho... padre político.

Las pobladas cejas se arquearon casi hasta la línea de nacimiento del pelo.

— ¿Así que soplan nuevos vientos? —dijo Dom Esteban finalmente—. Tenía otros planes para Ellemir, pero... —hizo una pausa—. Creo que en este mundo imperfecto nada sale como se planea. Que así sea, entonces. Pero el camino no será fácil, aun cuando halles a Calista. Ellemir me ha contado algo... una historia confusa acerca de Calista y un extranjero, un terráqueo, que de alguna manera ha establecido contacto con ella y ha ofrecido su espada, o sus servicios, o algo así. Debo hablar contigo sobre él, sea quien fuere, aunque me parece extraño que uno de los terráqueos muestre el respeto debido a una Celadora. —Frunció el ceño con ferocidad—. ¡Malditas sean esas bestias! ¿Damon, qué ha estado ocurriendo en estas montañas? ¡Hasta hace poco el pueblo-gato eran gente tímida que vivían en las montañas, y nadie les daba más importancia que al pequeño pueblo de los árboles! Después, como si un dios maligno hubiera entrado en ellos, nos atacan como bestias, sublevan a las Ciudades Secas... y las tierras donde nuestro pueblo ha vivido durante generaciones yacen bajo la oscuridad como si estuvieran hechizadas. Soy un hombre práctico, Damon, y no creo en hechizos. Pero ahora se hacen invisibles, y salen de la nada, como brujos de algún viejo cuento de hadas.

—Todo es demasiado real, me temo —contestó Damon, y supo que su propio rostro era sombrío. Me topé con ellos al cruzar las tierras oscuras, y demasiado tarde advertí que podía haberlos hecho visibles con mi piedra estelar. Posó la mano sobre la bolsita de cuero que le pendía del cuello—. Asesinaron a mis hombres. Eduin dijo que tú los salvaste, que

casi sin ayuda te abriste paso en medio de la emboscada. ¿Cómo...? —Damon se sintió súbitamente torpe.

Dom Esteban alzó de la cama una mano larga y fuerte, propia de espadachín, y la contempló, como perplejo.

—No lo sé —respondió lentamente, observando la mano y moviendo los dedos, girándola para estudiar la palma y luego el dorso—. Debo haber oído el siseo de las espadas en el aire... —Vaciló y una extraña nota de perplejidad invadió su voz cuando reanudó la explicación—. Pero no lo hice. No hasta que hube desenvainado la espada. —Parpadeó, intrigado—. A veces sucede así. No es la primera vez que me ocurre. Uno de repente se da la vuelta, en guardia, y se encuentra con un ataque que jamás habría advertido de no haber estado en guardia. —Se rió roncamente—. ¡Por piedad de Avarra! ¡Qué viejo fanfarrón! —De repente replegó los dedos formando un puño. El brazo le tembló de ira—. ¿Alardear? ¿Por qué no? ¿Qué otra cosa puede hacer un inválido?

Pasar de ser el mejor espadachín de los Dominios a ser un inválido... ¡horrible! Y sin embargo, pensó Damon con desagrado, había en todo ello un elemento de justicia. Dom Esteban jamás había tolerado la menor debilidad física de nadie. Coryn había muerto por probarle su valor al padre, escalando las cumbres que más temía...

—Por los infiernos de Zandru —exclamó el anciano al cabo de un momento—. Por la forma en que se me han envarado las articulaciones en los tres inviernos últimos, los dolores óseos me hubieran dejado inválido dentro de un año, de todas maneras. Mejor haber tenido una última lucha fatal.

—Esta hazaña no se olvidará con facilidad —aseguró Damon, y se volvió con rapidez para que el anciano no viera la compasión reflejada en sus ojos—. ¡Por los infiernos de Zandru, qué útil sería ahora tu espada para someter a los malditos hombres-gato!

El anciano se rió sin alegría.

— ¿Mi espada? Eso es fácil... tómala, y con gusto —dijo con una mueca de amargura que pretendía ser una sonrisa—. Sin embargo, me temo que tendrás que usarla. Yo no puedo acompañarte y ayudarte.

Damon captó el desprecio implícito *(Ninguna espada puede convertirte en un guerrero),* pero en ese momento no sintió enfado. La única arma que le quedaba a Dom Esteban era la ironía. De todos modos, Damon jamás se había jactado de su habilidad con las armas.

Ellemir volvió con una bandeja de comida sólida para su padre, la colocó junto a la cama y empezó a cortar la carne.

— ¿Cuáles son tus planes, Damon? —preguntó Dom Esteban—. ¿No estarás planeando atacar a los hombres-gato?

—No veo otra alternativa —contestó él suavemente.

—Necesitarías un ejército para eliminarlos, Damon.

—Ya habrá tiempo para eso el año próximo. Ahora nuestro problema es rescatar a Calista, y para eso no tenemos tiempo de reunir un ejército. Lo que es más, si caemos sobre ellos con todo un ejército, lo primero que harán serán matarla. El tiempo nos apremia. Ahora que sabemos dónde está...

Dom Esteban lo observó con atención, olvidándose de masticar un bocado de carne con salsa. Tragó, se ahogó un poco, le hizo un gesto a Ellemir para que le diera de beber y por fin dijo:

— ¿Cómo lo has averiguado?

—El terráqueo. No, yo tampoco sé cómo ocurrió. Nunca se ha dicho que los extranjeros tuvieran algo parecido a nuestro *laran*. Pero él lo tiene, y está en contacto con Calista.

—No lo dudo —admitió Esteban—. Conocí a algunos de ellos en Thendara, cuando estaban negociando para construir la Ciudad Comercial. Son muy parecidos a nosotros. Oí decir que la Tierra y Darkover proceden de una misma especie, en los albores de la historia. Sin embargo, rara vez salen de la ciudad. ¿Cómo ha llegado éste hasta aquí?

—Lo haré llamar y podrás oír la historia de sus propios labios —ofreció Ellemir. Llamó a un criado y le dio el mensaje, y al cabo de un rato Andrew Carr entró en el Gran Salón.

Damon, al ver que el terráqueo hacía una reverencia a Dom Esteban, pensó que al menos

aquella gente no era salvaje.

A instancias de Damon, Carr relató brevemente la historia de cómo había establecido contacto con Calista. Esteban adoptó un aire grave y pensativo.

—No puedo decir que apruebe esto —dijo—. Que una Celadora se comunique de forma tan íntima con un desconocido que no pertenece a su castillo es algo escandaloso y sin precedentes. En los antiguos días de los Dominios, se entablaban guerras por motivos menores que éste. Pero los tiempos cambian, nos guste o no, y tal vez ahora sea más importante salvarla de los hombres-gato que de la desgracia de este contacto.

— ¿Desgracia? —exclamó Carr, sonrojándose hasta las orejas—. Yo no pretendo hacerle daño ni deshonrarla, señor. Sólo busco su bien, y he ofrecido mi vida para liberarla.

— ¿Por qué? —Preguntó Dom Esteban con sequedad—. Ella no puede significar nada para ti, hombre; las Celadoras tienen voto de virginidad.

Damon esperaba que Carr fuera lo bastante sensato como para no contar nada acerca de su vínculo emocional con Calista, pero como no confiaba en que contuviera su ímpetu, agregó:

—Dom Esteban, el terráqueo ya ha arriesgado su vida para establecer contacto con ella; para un hombre de su edad, sin entrenamiento, trabajar con una piedra estelar no es un trabajo fácil. —Hizo una señal a Andrew, tratando de indicarle: «Cállate, no digas nada».

En cualquier caso, Dom Esteban, ya fuera por dolor o por preocupación, no siguió con el tema, sino que se dirigió ahora a Damon.

— ¿Sabes, entonces, dónde está Calista?

—Tenemos motivos para creer que se halla en las cuevas de Corresanti —contestó Damon—, y Andrew puede conducirnos hasta ella.

Dom Esteban se burló.

—Corresanti queda bastante lejos de aquí, y todo el camino está lleno de hombres-gato y de aldeas destruidas. Está a medio día de camino dentro de las tierras oscuras.

—Eso es inevitable —declaró Damon—. Tú lograste pasar, lo que demuestra que es posible. Al menos no pueden atacarnos amparados por la invisibilidad, mientras yo conserve la piedra estelar.

Esteban lo pensó, luego asintió.

—Había olvidado que has recibido el entrenamiento de la Torre. ¿Y qué pasa con el terráqueo? ¿Irá él contigo?

—Iré —dijo Andrew—. Al parecer, soy el único vínculo con Calista. Además, he jurado rescatarla.

Damon sacudió la cabeza.

—No, Andrew. No, amigo mío. Precisamente porque eres el único vínculo con Calista, no podemos arriesgarte. Si resultaras muerto, aunque fuera por accidente, nunca podríamos llegar hasta ella, sólo recobraríamos su cadáver, demasiado tarde. Tú permanecerás en Armida y mantendrás el contacto conmigo mediante la piedra estelar.

Con obstinación, Carr sacudió la cabeza.

—Mira, yo iré —dijo—. Soy mucho más grande y fuerte de lo que crees. He andado en más de una docena de mundos. Puedo cuidarme solo, Damon. ¡Infiernos, hombre, soy dos veces más fuerte que tú!

Damon suspiró y pensó: *Tal vez esté en lo cierto, llegó aquí a través de la tormenta. Yo no lo hubiera conseguido de haberme perdido en un planeta hostil.*

—Quizá tengas razón. ¿Qué sabes hacer con una espada?

Damon leyó sorpresa y vacilación en el rostro del terráqueo.

—No lo sé. Mi pueblo sólo las usa como deporte. Sin embargo, podrías enseñarme. Aprendo muy rápido.

Damon alzó las cejas.

—No es tan fácil —dijo. *¿Su gente sólo usa espadas como deporte? ¿Cómo se defienden, entonces? ¿Con cuchillos, como los habitantes de las Ciudades Secas, o con los puños? ¿O acaso los terráqueos han firmado un pacto, y prohibido todas las armas letales?*—. Eduin —llamó, y el enorme Guardia, apostado cerca de la puerta, se puso firmes.

—*Vai dom?*

—Ve a la armería y busca un par de espadas de entrenamiento.

Al cabo de un momento Eduin regresó con dos espadas de madera y cuero de las que se utilizaban para los entrenamientos de esgrima. Damon cogió una y tendió la otra a Carr. El terráqueo observó con curiosidad la larga hoja de madera, con la punta y el filo cubiertos con cuero, y luego la tomó en la mano, sopesándola.

Damon frunció el ceño ante el torpe movimiento del otro y le preguntó con sequedad:

— ¿Has tenido una espada en las manos alguna vez?

—Hice un poco de esgrima como deporte. No soy ningún campeón.

No me extraña, pensó Damon, poniéndose en guardia. Observó a Carr por encima del hombro derecho, a través de la máscara que le protegía la cara: las espadas de prácticas se doblaban con facilidad, de modo que no había mucho peligro de lastimar algún órgano interno, pero los ojos y los dientes eran más vulnerables. Carr se enfrentó a él directamente. *Expone el pecho,* pensó Damon, *y maneja la espada como si estuviera atizando el fuego.*

Andrew dio un paso hacia adelante; Damon alzó un poco la espada, desequilibrándolo. Cuando Andrew se tambaleó, la punta de cuero le rozó el pecho. Entonces Damon se relajó, bajando el arma. Sacudió la cabeza lentamente.

— ¿Lo ves, amigo mío? Y yo no soy buen espadachín. No resistiría ni doce golpes de alguien medianamente competente; Dom Esteban o Eduin me arrebatarían la espada de la mano antes de que pudiera alzarla siquiera.

—Estoy seguro de que puedo aprender —protestó con obstinación Carr.

—No hay tiempo. Créeme Andrew. Empecé a entrenarme con estas espadas antes de los ocho años. La mayoría de los muchachos empieza incluso un año antes. Tú eres fuerte... me doy cuenta. Pero no podríamos enseñarte lo suficiente, ni en una semana, para evitar que te mataran. Y no tenemos una semana. Ni siquiera disponemos de un día. Olvídalo, Andrew. Tienes una misión más importante que esgrimir una espada.

— ¿Y te crees que *tú* conducirás con éxito un grupo de espadachines contra los hombres-gato? —preguntó Dom Esteban con sarcasmo—. En pocos segundos Eduin podría hacer contigo la misma hazaña que tú has hecho con el terráqueo.

Damon miró al hombre que yacía inmovilizado. Esteban había apartado la bandeja de la comida y los observaba con firmeza, mientras los ojos le resplandecían con algo semejante a la furia.

—Demuestra que tienes algo de sentido común, Damon. Te admití en la Guardia porque los hombres como tú sois buenos organizadores y administradores. Pero éste es un trabajo para un maestro de la esgrima. ¿Eres tan loco que crees poder combatir contra guerreros capaces de batir a los guardias del castillo de Armida y raptar a Calista de su propia cama? ¿Estoy permitiendo que mi hija se case con un tonto?

— ¡Padre, cómo te atreves! —exclamó Ellemir enfurecida—. ¡No puedes hablarle así a Damon!

Este le indicó que se callara. Se enfrentó directamente con el anciano y dijo:

—Lo sé, pariente. Es probable que conozca mejor que tú mis propios defectos. De todos modos, ningún hombre está obligado a hacer más de lo que puede, y estoy en mi derecho. Ahora soy el pariente más próximo de Calista, salvo por Domenic, y él no tiene aún diecisiete años.

Esteban sonrió.

—Bien, hijo mío, admiro tu valor, pero querría que tuvieras una habilidad acorde con él. —Alzó los puños y golpeó la almohada en un acceso de furia—. ¡Por los infiernos de Zandru! Aquí estoy, derrumbado e inútil como el burro de Durraman, y toda mi habilidad y mi saber... —El acceso cedió al fin y continuó con voz más débil—: Si tuviera tiempo de enseñarte, tal vez podrías... pero no hay tiempo, no hay tiempo. ¿Dices que con tu piedra estelar podrías destruir esa condenada ilusión de invisibilidad?

Damon asintió. Eduin se acercó al lecho y se arrodilló junto a él.

—Lord Istvan —dijo—. Le debo una vida a lord Damon. Déjame ir con él a Corresanti.

Damon objetó, profundamente conmovido:

—Estás herido, hombre. Y acabas de salir de un combate.

—De todos modos —protestó Eduin—, tú mismo has dicho que soy más hábil que tú con la espada. Déjame ir y protegerte, lord Damon; tu misión es llevar la piedra estelar.

— ¡Por piedad de Avarra! —dijo Dom Esteban casi sin aliento—, *\ésa* es la solución!

—Con gusto aceptaré tu compañía y tu espada, si es que estás en condiciones —aceptó Damon, poniéndole una mano en el hombro. En su estado de ánimo, se daba perfecta cuenta de la gratitud y la lealtad del hombre, y se sintió sobrecogido—. Pero estás al servicio de Dom Esteban, a él le corresponde autorizarte.

Ambos hombres se volvieron hacia Esteban, que yacía inmóvil. Tenía los ojos cerrados y las cejas alzadas como si estuviera abocado a una profunda reflexión. Por un momento Damon se preguntó si no habrían agotado demasiado al anciano, pero era consciente de que detrás de los párpados cerrados se producía un activo proceso mental. De pronto, Esteban abrió los ojos.

— ¿Hasta qué punto eres eficaz con la piedra estelar, Damon? —preguntó—. Sé que tienes *laran*, que has pasado años en la Torre; pero, ¿no te expulsó Leonie? Si fue por incompetencia, esto no funcionará, pero...

—No fue por incompetencia —negó Damon con suavidad—. Leonie no se quejó de mi pericia, sino que se opuso porque yo era demasiado sensible y mi salud se resentiría.

—Mírame a los ojos. ¿Es cierto, Damon, o es pura vanidad?

Había momentos, pensó Damon, en los que verdaderamente detestaba la brutalidad del anciano. Cruzó la mirada con la de Esteban, sin amilanarse y añadió:

—Por lo que sé, tú tienes suficiente *laran* como para averiguarlo por ti mismo.

La boca de Esteban volvió a contraerse en esa sonrisa sin alegría.

—No sé de dónde has sacado suficiente valor como para desafiarme, pariente, pero eso es buena señal. Cuando eras un muchacho me tenías miedo. ¿El valor que ahora muestras se debe a que no volveré a moverme de esta cama? —Por un instante devolvió a Damon la mirada, un toque duro como un apretón, y luego añadió limpiamente—: Mis disculpas por haber dudado de ti, pariente, pero esto es demasiado importante como para respetar los sentimientos y la susceptibilidad de los demás, ni siquiera los míos. ¿Crees que me agrada aceptar el hecho de que otro deba responsabilizarse del rescate de mi hija favorita? En cualquier caso, eres hábil con la piedra estelar. ¿Te han contado alguna vez la historia de Regis Quinto? Los Hastur eran reyes en aquella época, la corona aún no había pasado a los Elhalyn.

Damon frunció el ceño, tratando de recordar las viejas leyendas.

— ¿Fue el que perdió una pierna en la batalla del Paso de Dammerung...?

—No —dijo Dom Esteban—. Perdió una pierna a traición; sus asesinos lo sorprendieron en la cama, de modo que no pudo combatir en un duelo y corrió el riesgo de perder más de la mitad de las posesiones de los Hastur. Sin embargo, envió en su lugar a su hermano Rafael, que era un hombre dedicado al estudio con poco dominio de la esgrima, pero que a pesar de ello luchó contra siete hombres al mismo tiempo y los venció a todos. Todavía hoy el castillo de Hastur está en manos de la familia, en el límite de las montañas. Y eso fue posible porque mientras Regis yacía en cama, incapaz de levantarse y andar con muletas todavía, por medio de la piedra estelar de su hermano contactó con la espada. El estudioso Rafael llevó la espada de Regis al combate, y la blandió con toda la pericia de su hermano herido.

—Un cuento de hadas —objetó Damon, pero sintió que un extraño escalofrío le recorría la espalda.

Dom Esteban movió la cabeza todo lo que las bolsas de arena se lo permitían, y añadió con vehemencia:

—Por el honor del Dominio Alton, Damon, que no es un cuento de hadas. En otros tiempos se conocía esa habilidad, pero ahora pocos Comyn poseen la fuerza necesaria o el deseo de atreverse a tanto. Ahora, las piedras estelares corresponden casi siempre a las mujeres. Sin embargo, si yo pudiera creer que tienes la misma habilidad que nuestros antepasados con la piedra estelar...

Con cierta perplejidad, Damon comprendió lo que le estaba insinuando Dom Esteban.

—Pero...

— ¿Tienes miedo? ¿Crees que podrías resistir el toque del don de los Alton? —preguntó Dom Esteban—. ¿Si eso te permitiera luchar contra los hombres-gato con mi propia pericia?

Damon cerró los ojos.

—Tendría que pensarlo —contestó con toda honestidad—. No será fácil.

Sin embargo... ¿sería ésta la única oportunidad de Calista?

Dom Esteban era el único ser viviente capaz de abrirse paso en una emboscada de los hombres-gato. Él mismo había huido como un conejo, abandonando a sus hombres a la muerte. Tenía que estar seguro. Sabía que era una decisión que nadie más podría tomar en su lugar. Por un momento, sólo Dom Esteban y él existieron en la habitación.

Se acercó más a la cama y miró al hombre postrado.

--Si me niego, pariente, no es porque tenga miedo, sino porque dudo de tu capacidad para hacerlo, enfermo y herido como estás. No sabía que poseyeras el don de los Alton.

—Oh, sí, lo tengo —dijo Esteban mirándolo con intensidad feroz—, pero en la época que me ha tocado vivir nunca creí que necesitara nada más que mi propia fuerza y mi habilidad con las armas. ¿De dónde supones que sacó Calista el don en tal medida como para ser elegida Celadora entre todas las muchachas de los Dominios? El don de los Alton es la capacidad de forzar el contacto, y yo mismo recibí adiestramiento cuando era joven. Pruébame, si lo deseas.

Ellemir se acercó y deslizó su mano en la de Damon.

—Padre —dijo—, no puedes hacer esa cosa terrible.

— ¿Terrible? ¿Por qué, muchacha?

—Es contraria a la primera ley del Comyn: ningún hombre puede dominar la mente y el alma de otro.

— ¿Quién ha hablado de su mente o de su alma? —Preguntó el anciano, mientras sus pobladas cejas se arqueaban hasta la línea de nacimiento del cabello—. Lo único que me interesa dominar es su brazo y sus reflejos, y *puedo* hacerlo. Y lo llevaré a cabo con su consentimiento, o no lo haré en absoluto. —Empezó a incorporarse, hizo un gesto de dolor y quedó inmóvil entre las bolsas de arena—. Te toca decidir, Damon.

Andrew aparecía pálido y preocupado; el mismo Damon se sentía así, y la mano de Ellemir, entre las suyas, temblaba.

—Si es la mejor alternativa para Calista —declaró lentamente—, estoy de acuerdo. Si te sientes lo bastante fuerte, lord Esteban.

—Si tan sólo mis condenadas piernas se movieran, hubiera luchado con heridas peores que ésta. Coge la espada de práctica, Eduin. Tú, Damon, la otra.

Damon se puso la máscara, y dirigió su flanco derecho hacia Eduin. El Guardia saludó, y permaneció con la punta de la espada rozando el suelo. Damon sintió un agudo espasmo de temor.

Tal vez *porque Eduin pueda lastimarme demasiado con estas espadas de madera., ni porque me asusten unos pocos magullones. Pero toda la vida este condenado anciano se ha burlado de mi falta de destreza. Hacerme quedar como un tonto delante de Ellemir... dejar que me humille una vez más...*

—Tu piedra estelar está aislada, Damon —dijo Esteban con voz extraña y remota—. Descúbrela.

Damon escarbó en la bolsita de cuero, extrajo la piedra y dejó que la dura calidez de la matriz descansara contra la base de su cuello. Entregó la bolsita a Ellemir, y su fe en sí mismo creció gracias al ligero roce de los dedos de la joven.

—Retírate, Ellemir —indicó Dom Esteban—. Y también tú, terráqueo. Junto a la puerta, y no permitáis que entre ningún criado. Las espadas de práctica no pueden hacer mucho daño, pero aun así...

Se retiraron lentamente, y los dos hombres se enfrentaron, con las espadas de madera en la mano, describiendo lentos círculos. Damon era apenas consciente del duro contacto de la mente de Dom Esteban *(¿Qué le dije a Andrew, que uno llega a reconocer a la gente por las imágenes mentales tanto como por la voz?)* y sintió un extraño zumbido en los oídos, una sensación de gran presión. Vio que la espada de Eduin se alzaba, y antes de saber lo que

estaba haciendo, sintió que sus propias rodillas se flexionaban, que su brazo se movía sin que interviniera la voluntad, para describir un rápido círculo. Oyó el rápido crujir de las maderas y los cueros al entrechocar, y luego distinguió un incongruente remolino de imágenes: el rostro atónito de Eduin, con su cicatriz reciente; su propio brazo describiendo una acelerada finta; la espada de Eduin que salía volando de la mano del soldado y atravesaba el cuarto; el rostro asombrado de Andrew cuando la espada aterrizó a sus pies. El terráqueo se agachó y la recogió mientras el zumbido desaparecía de la cabeza de Damon.

— ¿Ahora me crees, pariente? —Preguntó Esteban con suavidad—. ¿Alguna vez has sido capaz de tocar a Eduin, por no hablar de desarmarlo?

Damon se dio cuenta de que tenía la respiración acelerada y que el corazón le latía como la maza de un herrero contra el yunque. Pensó: *Nunca me había movido con tanta rapidez en la vida,* y sintió una mezcla de miedo y resentimiento. *La mano de otro, la mente de otro... controlando... controlando mi propio cuerpo.*

Y sin embargo... Para atacar a los condenados gatos que habían matado a sus guardias, Dom Esteban hubiera sido el caudillo natural. Y lo sería.

Damon nunca había deseado en especial ser guerrero. No era su estilo. De todos modos, los hombres-gato le debían algo. Sus hombres habían confiado en él, y los había dejado morir. Reidel había sido su amigo. Si podía hacerlo con la ayuda de Dom Esteban, ¿acaso tenía derecho a negarse?

Esteban yacía inmóvil, pasivo entre las bolsas de arena, y sólo flexionaba pensativamente los dedos. No habló, sólo miró a Damon con expresión de triunfo.

Damon pensó: *Condenado hombre, está disfrutando con esto. Pero, después de todo, ¿por qué no? Se ha probado a sí mismo que no es completamente inútil.*

Dejó la espada de práctica. Desde la gema desnuda en su cuello le llegaban imágenes e impresiones: la perplejidad y el terror de Eduin, una especie de diversión procedente de Andrew, la preocupación de Ellemir. Trató de aislarse de todo y volvió a acercarse al lecho.

Dijo lentamente, con firmeza pero forzando las palabras:

—Entonces, estoy de acuerdo, pariente. ¿Cuándo podemos partir?

Partieron ese mismo día algo más tarde, cerca del mediodía. Andrew, quien los observó marcharse desde la azotea de Armida, pensó que se trataba de un grupo pequeño para enfrentarse a un ejército de no humanos. Le comunicó sus pensamientos a Ellemir, que estaba junto a él, envuelta hasta las orejas en un grueso chal a cuadros verdes y azules. Ella sacudió la cabeza.

—La fuerza sola no les dará el triunfo —dijo con voz extraña y remota—. Damon tiene la única arma decisiva... la piedra estelar.

—Me parece que tendrá que librar una lucha bastante dura... o tu padre tendrá que hacerlo —dijo Andrew.

—En realidad no. Eso sólo impedirá que lo maten si tiene suerte. Pero otros buenos guerreros ya han fracasado en su intento de entrar en las tierras oscuras. También los hombres-gato lo saben. Estoy segura de que raptaron a Calista con la esperanza de capturar también su piedra estelar. El pueblo-gato, que está utilizando ilegalmente una matriz, debe haber descubierto que Calista estaba aquí, ya que en general alguien que usa una matriz puede espiar a otro, y seguramente pretendían conseguir también la piedra de Calista. Tal vez incluso esperaban lograr que ella la utilizara en contra de nosotros. Los humanos hubieran sido más listos: sabrían que una Celadora preferiría morir antes que hacerlo. Pero al parecer, el pueblo-gato todavía es inexperto en esta ciencia... ésa es la única esperanza que tenemos.

Andrew pensaba, sombríamente, que todavía habían estado de suerte; de haber sabido más acerca de las Celadoras, los hombres-gato no hubieran secuestrado a Calista, sino que simplemente la hubieran dejado en la cama, con el cuello cercenado. Por la mueca de horror de Ellemir advirtió que había seguido sus pensamientos.

—Damon se acusa de haber salido corriendo y de abandonar a sus hombres a la muerte —comentó ella en voz baja—. Pero actuó como debía. Si lo hubieran capturado con vida, *a*

él y a su piedra estelar...

—Tenía entendido que nadie podía usar la piedra de otro, salvo en circunstancias muy especiales...

—No sin herir de gravedad al dueño. ¿Pero crees que eso hubiese detenido a los hombres-gato? —preguntó, casi con desprecio, y quedó en silencio.

Los jinetes ya habían desaparecido, eran tan sólo tres puntitos en el horizonte: Damon y los dos soldados de la Guardia.

Andrew pensó con amargura: *Yo debería estar con ellos. Rescatar a Calista es mi tarea, y en cambio me quedo aquí en Armida, tan útil como Dom Esteban. Menos. El está luchando con ellos.*

Había deseado ir. Había supuesto hasta el final que marcharía con ellos, que le necesitarían para conducirlos hasta Calista, al menos cuando entraran en las cuevas. Después de todo, era el único que podía establecer contacto con ella. Damon no podía, ni siquiera con su propia piedra estelar. Pero él había sido el primero en negarse:

—Andrew, no, es imposible. El mejor guardaespaldas del mundo no podría impedir que te mataran en un descuido. No puedes defenderte por ti mismo, por no hablar de ayudar a otro. No es culpa tuya, amigo mío, pero debes dedicar todas las energías a entrar en las cuevas y sacar de allí a Calista. El minuto que necesitaríamos para defenderte puede significar la diferencia entre salir con vida… o morir. Y déjame que te recuerde que si nos matan —continuó, apretando los labios—, alguien más puede retomar la tarea. En cambio, si te matan a ti, Calista morirá en las cuevas, de hambre o de malos tratos, o con un cuchillo en la garganta cuando ellos descubran que no les sirve de nada. —Damon le había puesto una mano sobre el hombro, apenado—. Créeme, sé cómo te sientes. Pero es la única solución.

— ¿Y cómo la encontrarás sin que yo esté allí? ¡No puedes hacerlo, ni siquiera con tu piedra estelar, tú mismo lo has reconocido!

—Con la piedra estelar de Calista —explicó Damon—. *Tú* tienes acceso al supramundo. Y también puedes establecer contacto conmigo. En cuanto entre en las cuevas, tú podrás guiarme mediante la piedra estelar.

Andrew todavía no estaba seguro de cómo lograría eso. A pesar de la demostración del día anterior, sólo tenía una levísima idea de cómo funcionaba. La había visto funcionar, la había *sentido,* pero veintiocho años de rechazar los sucesos mágicos no se borraban en veinticuatro horas.

A su lado, en el pretil, Ellemir se estremeció y dijo:

—Ya se han ido. No tiene sentido quedarse aquí, sufriendo frío.

Se volvió y cruzó la puerta que daba acceso al pasillo superior de Armida y, lentamente, Carr la siguió.

Él sabía que Damon tenía razón (o, para ser más precisos, tenía fe en que Damon supiera lo que estaba haciendo), pero esto no impedía que le molestara. Desde hacía días, desde que se había dado cuenta de que si sobrevivía a la tormenta buscaría a Calista y la rescataría, se había sustentado con la imagen mental de Calista, sola en la oscuridad de su prisión, y de él mismo acercándose, cogiéndola en brazos y llevándosela... *Algún condenado sueño romántico,* pensó con amargura. *¿Dónde está el caballo blanco en el que me la llevaré?*

Jamás se había imaginado un mundo en el que los hombres se tomaran en serio las espadas. Para él una espada era algo para contemplar en la pared de un museo o para hacer ejercicio y deporte. Había deseado tener un desintegrador (algo que acabara con un hombre-gato rápidamente), pero cuando lo mencionó, Damon lo había mirado con tanto horror como si hubiera hablado de violaciones, canibalismo o genocidio; le citó algo llamado el Pacto. Antes de firmar el contrato con el Imperio en Cottman IV, Andrew sabía vagamente que allí tenían algo llamado el Pacto, que por lo que había podido entender (no había prestado demasiada atención a los tecnicismos acerca de la cultura nativa) prohibía el uso de armas letales que no comportaran para el usuario un riesgo similar. Damon le había hablado de eso, explicándole que había sido universalmente aceptado en Darkover, que al parecer era el nombre local del planeta, durante unos cientos o unos miles de años. Andrew no estaba muy seguro, su dominio del lenguaje mejoraba, pero todavía no era

perfecto. De modo que las armas estaban definitivamente descartadas, aunque la esgrima se había convertido en un arte.

No es raro que empiecen a entrenar a los chicos antes de que se pongan pantalones largos. Se preguntó, ante el clima terriblemente frío del planeta, si los chicos usarían alguna vez pantalones cortos, y descartó la idea con impaciencia. Fue a la habitación de huéspedes que le habían asignado y se acercó a la ventana, apartando la cortina para ver si aún alcanzaba a divisar a Damon y sus jinetes mientras desaparecían en la distancia. Pero como era de esperar, ya habían llegado al otro lado de la montaña.

Andrew se acostó, con las manos entrelazadas en la nuca. Suponía que tarde o temprano tendría que bajar y decir algunas palabras amables a su anfitrión. No le gustaba mucho Dom Esteban, el hombre había tratado de humillar a Damon; pero era un inválido y también era su anfitrión. Además, sentía que estaba obligado para con Ellemir. No sabía qué podía decirle a una muchacha atenazada por el miedo que sentía por Calista, por Damon, y la ansiedad por su padre. Pero si podía hacer algo, o decir algo, para hacerle saber que él compartía su ansiedad, su obligación era hacerlo.

Calista, Calista, pensó, *a qué mundo me has traído.* No obstante, sentía una curiosa aceptación de todo lo que podía encontrar en este planeta.

La piedra estelar de Calista alrededor del cuello le proporcionaba una cálida sensación de seguridad, como de un ser vivo. £5 *como tocar a la misma Calista,* pensó, *lo más próximo que he estado de tocarla alguna vez.* Incluso a través de la seda aislante, había cierta intimidad en aquel roce en el cuello. Se preguntó dónde estaría, si se encontraría bien o si estaría sollozando en la oscuridad.

Damon parecía creer que yo podría comunicarme con ella por medio de la piedra, pensó Andrew, y la extrajo. La seda gris que la envolvía servía para protegerla de algún roce fortuito. Con cuidado, recordando la advertencia de Damon, la desenvolvió con infinita cautela y con una curiosa sensación de duda. £5 *casi como si estuviera desnudando a Calista,* pensó con tierna incomodidad, y al mismo tiempo se sintió a punto de explotar en una risa histérica ante lo ridículo de la idea.

Mientras acunaba la piedra en la palma de la mano, la descubrió de repente junto a él. Yacía a su lado, con el adorable cabello enmarañado —podía verla bañada en una extraña luz azulada, muy diferente de la rojiza luz del sol que inundaba el cuarto— y con el rostro hinchado, como si hubiera estado llorando otra vez. Casi sin sorpresa, ella abrió los ojos y lo miró.

—Andrew, ¿eres tú? Me preguntaba por qué no venías —musitó suavemente, sonriendo.

—Damon va de camino a buscarte —dijo Andrew, y volvió a surgir en él el resentimiento por no ir con él, por no ser él quien la buscara. Trató de ocultárselo y advirtió demasiado tarde que no podría, que en esta clase de íntimo contacto entre las mentes no podía ocultarse nada.

—No debes estar celoso de Damon —explicó ella con ternura—. Ha sido como un hermano para mí desde que éramos niños.

Andrew se sintió avergonzado de sus propios celos. *De nada sirve pretender que no estoy celoso, simplemente tendré que superar esa clase de pensamientos.* Trató de recordar cuánto le agradaba Damon, cuan cerca se había sentido de él por un instante, cómo le estaba profundamente agradecido por hacer lo que él mismo no podía llevar a cabo, y vio que Calista le sonreía con ternura. De alguna manera sintió que había superado una de las principales barreras para lograr la aceptación como uno de ellos en una cultura telepática, que gracias a ello era para Calista alguien más próximo, menos extraño que antes.

—Ahora puedes venir a mí en el supramundo —dijo ella.

Él la miró sintiéndose impotente.

—No sé cómo lograrlo.

—Toma la piedra y mira en ella. Yo puedo verla, sabes. Puedo verla como una luz en la oscuridad. Pero no debes venir aquí donde está mi cuerpo. Si mis captores te vieran, podrían matarme para impedir que me rescataran. Yo iré a ti. —Abruptamente, sin transición, la muchacha que yacía a su lado en la oscura cueva estaba de pie ante él, a los pies de la cama—. Ahora —añadió—, sólo tienes que dejar atrás tu cuerpo sólido, sal de él.

Andrew se concentró en la piedra, luchando contra la leve náusea interior, contra el inconfundible acceso de terror. Calista le tendió una mano y, de repente, con una sensación extraña, como un cosquilleo, se encontró de pie (aunque creía no haberse movido en absoluto), y debajo de él contempló su cuerpo, vestido con las gruesas ropas poco familiares que le había proporcionado Damon, inmóvil en la cama, con la piedra en las manos.

Extendió la mano en el nivel del supramundo, y por primera vez tocó la de Calista. Era un contacto leve, etéreo, pero al fin y al cabo *era* un contacto, podía *sentirlo.* Por la expresión de Calista supo que también ella lo sentía.

—Sí, eres real, estás aquí —susurró ella—. Oh, Andrew, Andrew... —Por un instante ella se apoyó contra él. Era como abrazar una sombra, pero sin embargo, por un momento sintió la calidez y la fragancia de su cuerpo, el sedoso tacto de su cabello. Deseaba estrecharla con fuerza y cubrirla de besos, pero algo en ella (una leve sensación de titubeo, una retirada) le impidió seguir su impulso.

Se supone que ni siquiera debo pensar en una Celadora. Son sacrosantas. Intocables.

Ella alzó una mano para acariciarle la mejilla con suavidad.

—Más tarde, ya habrá tiempo para pensar en eso, cuando esté contigo... verdaderamente contigo, muy próxima.

—Calista. Tú sabes que te amo —murmuró él vacilante, y la boca de ella tembló.

—Lo sé, y me resulta extraño. Supongo que en otras circunstancias me habría asustado. Pero has venido a mí cuando estaba terriblemente sola y temiendo la muerte, el tormento o la violación. Ha habido hombres que me han deseado antes —continuó con sencillez—, y por supuesto me han enseñado, de maneras que ni siquiera puedo empezar a explicarte, a no responderles de ninguna manera, ni siquiera con la imaginación. En el caso de algunos hombres, me ha producido... asco, como si hubiera insectos arrastrándose dentro de mi cuerpo. Pero en otros casos he deseado, casi como ahora, saber cómo responder al deseo de ellos y, tal vez, saber cómo desearlos también yo. ¿Puedes comprender algo de todo esto?

—En realidad, no —confesó Andrew—, pero trataré de comprender tus sentimientos. No puedo evitar sentir lo que siento, Calista, pero trataré de no sentir nada que tú no deseas.

—Para una joven telépata, pensó, un pensamiento lascivo debía de ser en cierto modo una violación. ¿Por qué en este planeta se consideraba ofensivo mirar a una muchacha? ¿Sería para protegerla de los pensamientos desagradables?

—Pero quiero que lo hagas —protestó Calista con timidez—. No estoy segura de cómo será amar a alguien. Pero quiero que sigas pensando en mí. De alguna manera, eso me hace sentir menos sola. Sola en la oscuridad, me siento como si no fuera real, ni siquiera para mí misma.

Andrew sintió una ternura infinita. Pobre niña; con el cerebro en blanco y condicionada en contra de cualquier emoción, ¿en qué la habían convertido? Si tan sólo pudiera hacer algo, cualquier cosa que la consolara... Se sentía impotente hasta la rabia, a millas y millas de distancia de ella, sola en la oscuridad y asustada.

—Conserva el valor, querida —le susurró—. Muy pronto te sacaremos de ahí. —Y mientras pronunciaba estas palabras, se encontró de regreso dentro de su cuerpo, tendido en la cama, descompuesto y débil, y de alguna manera exhausto. Pero al menos sabía que Calista estaba viva, y se encontraba bien (tanto como era posible, se corrigió) y esperaba que Damon la sacara de su prisión.

Por un momento se quedó tendido, descansando. Sin duda el trabajo telepático era más agotador que la actividad física; se sentía casi como cuando se había abierto paso en medio de la tormenta.

Luchaba. Pero la verdadera lucha era la de Damon. En alguna parte, allá en el exterior, Damon estaba a cargo del verdadero trabajo, el de abrirse paso a través los hombres-gato, y por lo que había visto cuando el grupo de Dom Esteban había llegado al castillo, todos heridos, los hombres-gato eran unos antagonistas condenadamente formidables.

Damon le había dicho que su trabajo era conducirles hasta Calista, una vez que el grupo entrara a las cuevas. Suponía que estaba en sus manos hacerlo, ya que ahora podía salir de su cuerpo (lo que Calista había llamado su cuerpo «sólido») y acceder al supra-mundo.

Entonces le invadió una duda sobrecogedora.

Calista se hallaba en un nivel del supramundo en el que no podía ponerse en contacto o ni siquiera ver a Damon, Ellemir o a cualquiera de sus amigos. Él, Carr, podía llegar a ella de algún modo, pero, ¿significaba esto que él se hallaba en esa parte del supramundo, la única que los hombres-gato habían dejado abierta a Calista? Si era así, ¡entonces tampoco él podría establecer contacto con Damon! Y en ese caso, ¿cómo diablos podría conducirlo a parte alguna?

Una vez había surgido la idea, ya no podía descartarla. ¿Podría establecer contacto con Damon? ¿O estaría como Calista, vagando como un espectro en el supramundo, incapaz de comunicarse con cualquier rostro familiar?

Tonterías. Damon sabía lo que hacía. Anoche habían estado en contacto a través de la piedra. (Una vez más le perturbó el recuerdo de ese momento de fusión tan íntimo.)

De todos modos... la duda persistía y se negaba a desaparecer. Al fin decidió que sólo había una manera de estar seguro, y de nuevo extrajo la piedra estelar de su envoltorio de seda. Esta vez no intentó desplazarse físicamente al supramundo, sino que se concentró con todas sus fuerzas en Damon, repitiendo su nombre.

La piedra se nubló. Otra vez esa curiosa náusea (¿Alguna vez superaría esa etapa? ¿Alguna vez se libraría de eso?), y luchó por recobrar el control, tratando de concentrar los pensamientos en Damon. En las profundidades de la piedra azul, tal como había visto el rostro de Calista en la Ciudad Comercial, tanto tiempo atrás, distinguió figuras diminutas, como jinetes, y supo que era el grupo de Damon, con su ondulante capa verde y oro, los colores de la familia Ridenow, y los otros dos altos jinetes a cada lado. Por encima de ellos, como una amenaza, se cernía una nube oscura, una penumbra. Una voz que no era la suya susurró en los pensamientos de Andrew: *La frontera de las tierras oscuras.* Después hubo un curioso resplandor y un contacto, y Andrew sintió que se fundía con otra mente... *era* Damon.

El cuerpo de Damon montaba a caballo de forma automática; nadie que no lo conociera bien se hubiera dado cuenta de que su cuerpo carecía de conciencia, de que el mismo Damon cabalgaba en algún lugar *por encima,* mientras su mente registraba la tierra frente a él, explorando.

La sombra se alzó frente a él, una oscuridad tan densa para la mente como lo era para los ojos, y una vez más recordó el miedo, la aprensión que había sentido al conducir a sus hombres hasta la emboscada, desprevenidos... *¿Este miedo es nuevo, o es el recuerdo del pasado?* Al caer una vez más dentro de su cuerpo, sintió que la espada de Esteban, que esgrimía en la mano derecha, se estremecía un poco, y supo que debía controlarse y reaccionar solamente ante los peligros reales. Llevaba la espada de Dom Esteban, no la propia, porque, tal como lo había dicho él mismo: «La he llevado en cien batallas. Ninguna otra espada me resultaría tan cómoda. Conoce mis hábitos y mi voluntad». Damon había acatado los deseos del anciano, recordando que el broche plateado en forma de mariposa de Calista tenía la marca de su personalidad. Por lo tanto, tanto más debía llevar la marca de Dom Esteban esa espada que había acompañado al anciano durante más de cincuenta años de combates, disputas y guerras.

En la empuñadura de la espada, Damon había engastado una de las pequeñas matrices de primer nivel que había descartado al principio, considerando que sólo servirían como botones; a pesar de su pequeño tamaño, resonaría en armonía con su propia piedra estelar, y le permitiría a Dom Esteban establecer contacto con los músculos y los centros nerviosos de Damon, y también con la empuñadura de su propia espada.

Espada encantada, pensó, casi con desprecio. Pero la historia de Darkover estaba cuajada de armas similares. Había la legendaria Espada de Aldones, en la capilla de Hali, un arma tan antigua (y tan temida) que ningún ser vivo sabía blandiría. También la Espada de Hastur, en el castillo de Hastur, de la que se rumoreaba que si un hombre la empuñaba en una misión que no fuera en defensa del honor de los Hastur estallaría en sus manos como si fuera de fuego. Y eso a su vez le recordó a la dama Mirella, cuyo cuerpo había

quedado renegrido y como quemado por el fuego...

La mano le tembló ligeramente sobre la empuñadura de la espada de Dom Esteban. Bueno, estaba tan bien preparado para esa lucha como cualquier hombre podría estarlo; con el entrenamiento de la Torre, era tan fuerte que Leonie le había comentado que de haber nacido mujer habría sido Celadora. Y en cuanto al resto... bien, iba en defensa de su pariente, tomando sobre sí la obligación de su padre político, y por lo tanto protegía el honor de la familia de su futura esposa.

En cuanto a la virginidad, pensó Damon con ironía, *hace tiempo que la perdí, pero soy tan casto como puede serlo un varón adulto de mi edad. Ni siquiera me acosté con Ellemir, aunque Evanda y su justicia saben que me hubiera gustado.* Recitó para sus adentros el Credo de Castidad que le enseñaron de niño en el monasterio de Nevarsin, en donde lo habían educado como a tantos otros hijos de los Siete Dominios. Los hombres que trabajaban en los círculos de las Torres se adherían a ese credo: nunca tocar a una mujer que no lo deseara, nunca mirar con ojos lascivos a los niños o a las mujeres que han hecho voto, nunca comprometerse con las que pertenecen a la comunidad.

Bien, lo aprendí tan profundamente en la Torre que nunca lo he olvidado, y eso me da más seguridad para actuar como Celadora... bien, mejor para mí y peor para los hombres-gato. ¡Que Zandru se los lleve a su infierno más frío!

Volvió a su cuerpo, abrió los ojos y observó el terreno que se extendía ante ellos. Entonces, con cuidado y lentamente, volvió a elevar su conciencia, dejando que su habituado cuerpo siguiera el movimiento del caballo. Usó los ojos, abiertos y vigilantes, para lanzarse sobre el paisaje físico, bajo la oscura niebla.

Había unos puntos de oscuridad en el límite de esa sombra, y después la fina red de fuerza que los ataba a otro poder, oculto en una sombra tan profunda que ni la fuerza de la piedra estelar podía atravesarla.

Después distinguió los cuerpos peludos que esas fuerzas ocultaban, agazapados, silenciosos e inmóviles entre pequeños arbustos que nunca hubieran logrado ocultarlos de no haberse amparado ellos en la invisibilidad.

Gatos. Acechando a los ratones. Y los ratones somos nosotros. Observó a su propio grupo avanzando hacia la emboscada. Empezó a descender hacia su cuerpo una vez más. *Cambia de ruta. Evita esa emboscada.*

Pero no. Parpadeó, observando por entre las orejas de su caballo, advirtiendo que, sin duda, los hombres-gato los seguirían, y si había otra emboscada más adelante quedarían encerrados entre ambos grupos. Se contentó con volver la cabeza hacia Eduin y advertir:

—Hombres-gato allí adelante. Preparaos.

Después salió una vez más de su cuerpo, concentrándose a fondo en la piedra estelar, y se encontró flotando por encima de los hombres-gato, estudiando las tenues redes de fuerza que ocultaban los cuerpos, advirtiendo que las hebras se abrían en abanico desde las sombras. ¿Cómo y cuándo podían romperse esas redes?

Advirtió el ataque, reflejándose en la tensión de los cuerpos felinos que alcanzaba a ver con claridad en el supramundo, cuando él y sus hombres aparecieron a la vista. Vio cómo desenvainaban espadas cortas y curvas como garras. Y siguió esperando hasta que los hombres-gato agazapados se pusieron en pie y empezaron a correr rápida y ágilmente sobre la nieve, inaudibles con sus patas almohadilladas. Entonces se introdujo profundamente en la piedra estelar y lanzó una ráfaga de energía parecida a un relámpago, concentrada en la red de energía, y la desmoronó.

Estaba ya de vuelta a su cuerpo cuando los hombres-gato, sin advertir todavía que la mágica invisibilidad había desaparecido, se abalanzaron sobre ellos corriendo sobre la nieve. Pero antes de recobrar pleno control de su cuerpo, su caballo se encabritó, aterrorizado, y Damon, que reaccionó un segundo demasiado tarde, cayó sobre la nieve. Vislumbró a uno de los hombres-gato que se echaba sobre él, y sintió un súbito acceso de algo —no era exactamente miedo— cuando su mano cayó sobre la empuñadura de la espada de Dom Esteban.

...A millas de distancia, en el Gran Salón de Armida, Dom Esteban Lanart se despertó de su sueño. Tensó los hombros y plegó los delgados labios en una sonrisa (o una mueca),

conocida en centenares de campos de batalla...

Damon se encontró de pie, mientras su mano extraía sin vacilación la espada de la vaina. La punta desgarró el vientre peludo y blanco, y la sangre manchó el filo de la hoja que ya se dirigía contra el segundo hombre-gato.

Cuando el enemigo cargaba contra él, vio y sintió cómo giraba la muñeca ligeramente y la hoja se interponía parando la estocada, sintió que su pierna daba un pequeño paso atrás, y de repente la punta de la espada se había enterrado ya en la garganta peluda.

Echó un breve vistazo a Eduin y Rannan, soberbios jinetes como todos los hombres del Dominio Alton, que hacían girar a los asustados caballos, tirando estocadas contra los cuerpos grises que los rodeaban. Uno cayó bajo una coz del caballo de Rannan, pero Damon ya no tenía más tiempo; unos ojos verdes lo miraban, y una boca con colmillos como agujas se abría en un siseo de amenaza. Los mechones de pelo negro se estremecieron sobre las orejas cuando la criatura blandió la espada para desviar la de Damon y giró, mientras la hoja centelleaba. Damon sintió un espasmo de terror, pero ya su propia hoja caía sobre la cabeza del hombre-gato. Las dos armas chocaron y se produjo un chispazo en medio del frío. La cara del gato se acercó a él, y durante un segundo combatió contra el aire.

El animal se hacía invisible por segundos, el poder que se escondía en las sombras trataba de proteger de nuevo a sus esbirros. El terror ciego y la desesperación lo invadieron por un instante de manera tan dolorosa que se preguntó si lo habrían herido. Entonces, con un profundo suspiro, supo lo que debía hacer, y se concentró en la piedra estelar. Mientras entregaba su cuerpo a la pericia de Esteban, rogó que el vínculo se mantuviera. Después se olvidó de él (estuviera o no a salvo en manos de Esteban, su intervención no serviría de gran ayuda) y se lanzó hacia arriba, hacia el supramundo.

La sombra se erguía descolorida y terrible ante él, y de ella salían tentáculos ondulantes, que procuraban ocultar las furiosas sombras rojas de los gatos en combate.

Se introdujo a ciegas en las redes de energía y se dio cuenta de que, sin habérselo propuesto, tenía en la mano una hoja de energía pura. La lanzó sobre las finas sombras y el telón de oscuridad desapareció. Los tentáculos cercenados retrocedieron temblando hasta la sombra, y los extremos se esfumaron y desvanecieron. La sombra se arremolinó, retrocedió, y entre la oscuridad apareció una enorme cara felina que lo observaba.

Alzó su reluciente espada y se enfrentó a la gran amenaza. De una manera vaga era consciente de las formas diminutas que combatían, cuatro gatos pequeñitos, tres hombrecillos diminutos, y uno de esos hombres... seguramente era Dom Esteban, ésa era su finta, su estocada...

La niebla oscura volvió a arremolinarse, ocultando al gran gato, y ahora sólo distinguía los ojos centelleantes y la feroz sonrisa maligna frente a él. En el fondo de su mente, un susurro lunático con la voz de Damon masculló: «A menudo he visto un gato sin sonrisa, ¿pero una sonrisa sin gato...?» Por un momento se preguntó si se estaría volviendo loco.

Por debajo de él, sólo dos criaturas-gato seguían luchando. Despreocupado, observó que uno de ellos caía, abatido por la espada del hombre que luchaba desmontado. Uno de los jinetes dio cuenta del segundo. Las sombras ocultaron los grandes y resplandecientes ojos, y su fulgor verde, tras la gris cortina de niebla, se tornó rojo, como ascuas lejanas: después el muro gris los borró. Cayó sobre él una negra flecha de fuerza, y él la detuvo con la espada flamígera. Esperó, pero la niebla gris no se aclaró, no se atisbaban indicios del rojo resplandor de los ojos del gato. Por fin se dejó caer hacia la tierra, hacia su cuerpo...

La espada estaba manchada de sangre, y también el pelo gris de las muertas criaturas que yacían sobre la nieve. Apoyó en el suelo la punta de la espada, y de repente advirtió que todo su cuerpo temblaba.

Eduin hizo girar su caballo y se acercó a él. Se le había abierto la herida del rostro, y del ungüento azul que le habían puesto para protegerla del frío emergían unas gotas de sangre; por lo demás parecía indemne.

—Se han ido —informó, y su voz sonó extrañamente remota y cansada—. Acabé con el último. ¿Voy en busca de tu caballo, lord Damon?

El sonido de su nombre sacó a Damon de una furia sin causa, ciega y dirigida contra Eduin, una ira que él mismo no podía comprender. Temblando, advirtió que había estado a

punto de insultar al hombre, de gritarle con furia por haberle arrebatado la presa, una cólera tan grande que lo hacía temblar de la cabeza a los pies, como si casi recordara haber dado cuenta del último hombre-gato, mientras Eduin pasaba a su lado y le arrebataba la última presa.

— ¡Lord Damon! —La voz de Eduin sonó más aguda y llena de preocupación—. ¿Estás herido? ¿Qué te ocurre, *vai dom?*

Damon se pasó la mano por la sudorosa frente. Entonces se dio cuenta de que tenía un rasguño en el dorso de la mano izquierda.

—Me he hecho cortes peores al afeitarme —dijo, y en aquel instante...

...En aquel instante Andrew Carr se incorporó, sacudiendo la cabeza, sudoroso y temblando por el recuerdo de lo que *(¿él?)* había visto y hecho.

Había vivido todo el combate a través del cuerpo y de la mente de Damon.

Damon estaba a salvo. Y Andrew podía establecer contacto con él... y con Calista.

Las nubes de la tarde empezaban a acumularse cuando Damon y sus hombres tomaron un camino colmado de hierbas altas que conducía a un pequeño racimo de casas apiñadas en un valle al pie de una ladera.

— ¿Es ésta la aldea de Corresanti? —Preguntó Eduin—. No conozco demasiado esta parte del país. Y además —hizo una mueca—, todo parece extraño en medio de esta condenada niebla. ¿Está realmente aquí, la sombra y la oscuridad, o acaso han influido de alguna manera sobre nuestras mentes para hacernos creer que está más oscuro?

—Creo que es real —respondió Damon lentamente—. Los gatos no son animales diurnos, sino nocturnos. Puede ser que quien esté haciendo esto no se sienta cómodo a la luz del día, y quizás ha generado esta niebla para proteger los ojos de su gente. No es una tarea complicada si se cuenta con una piedra estelar, pero desde luego ninguno de nosotros querría hacerlo: tenemos muy poca luz del sol, incluso en el verano.

»No es una tarea complicada. Pero requiere poder. Sea quien sea el caudillo de los gatos, tiene un poder que aumenta con rapidez. Si no lo derrotamos pronto, puede volverse demasiado fuerte y ya no podremos hacerlo. Nuestra tarea es rescatar a Calista. Pero si la rescatamos y abandonamos estas tierras a las sombras, otros sufrirán. Sin embargo, no podemos atacarlo mientras no liberemos a Calista, pues su primera reacción será matarla.

Se había preparado para enfrentarse a un espectáculo desagradable, gracias al recuerdo de las palabras de Reidel, «jardines marchitos», pero no esperaba la escena de destrucción y desastre con que se encontró al pasar ante las pequeñas casas y granjas. Los campos se extendían oscuros bajo el débil sol, con las plantas marchitas, las zanjas de riego putrefactas y llenas de hongos semipodridos, las grandes aspas de los molinos astilladas y rotas, inútiles. Aquí y allá, desde algunos establos, llegaban los penosos balidos y mugidos del ganado olvidado. En medio del camino, casi bajo los cascos del caballo de Eduin, un niño harapiento estaba sentado mascando una raíz repugnante. Cuando pasaron los jinetes, alzó la mirada y Damon pensó que nunca antes había observado tanto terror y desesperanza en una cara humana. Pero el niño no lloró. O ya estaba más allá de las lágrimas o, como Damon sospechó, estaba demasiado débil para llorar. Las casas parecían abandonadas, salvo por algún rostro pálido y vacuo que aparecía de vez en cuando detrás de una ventana, atraído sin curiosidad por el sonido de los cascos de los caballos.

Eduin se llevó las manos a los ojos.

— ¡Bendita Cassilda, protégenos! ¡No he visto nada parecido desde la última fiebre que arrasó las tierras bajas! ¿Qué les ha ocurrido?

—Hambre y terror —dijo brevemente Damon—. Un terror tan grande que ni siquiera el hambre puede obligarlos a salir a los campos oscuros. —Experimentó tanta ira y furia que se sintió a punto de estallar en maldiciones, pero se aferró a su piedra estelar y se obligó a aquietar la respiración. Otra deuda, otro punto en contra del Gran Gato y sus esbirros, el pueblo-gato que había destruido esta aldea inocente como diversión.

El otro guardia, Rannan, no podía calmarse con igual facilidad. Tenía el rostro descompuesto.

—Lord Damon —casi suplicó—, ¿no podemos hacer algo por esta gente? ¿Nada?

—Sería tan sólo poner una venda sobre una herida mortal, Rannan, y apenas podríamos ayudarlos antes de que aquello que los ha destruido se volviera contra nosotros y nos hiciera lo mismo. Tal vez la única forma útil de actuar sea atacando el corazón del cáncer, y no podemos hacerlo mientras tengan a mi pariente en su poder.

— ¿Y cómo sabemos que aún está viva, señor?

—Lo sé por medio de la piedra estelar —explicó Damon. Era fácil decir eso que puntualizar que Andrew se las arreglaría para comunicarse con él—. Y juro que si me entero de que ella ha muerto, ¡lanzaremos todas nuestras fuerzas para atacar y exterminar todo este nido de maldad... hasta la última garra y el último bigote! —Con resolución, desvió la vista del horroroso espectáculo de ruina y desolación—. Vamos —ordenó—, *í* rimero debemos llegar a las cuevas.

Y una vez allí, pensó con desánimo, *probablemente tendremos problemas para entrar, y también para encontrar el escondrijo donde tienen a Calista.*

Se concentró en la piedra, -observando a la base de la colina donde, según recordaba por una excursión realizada años atrás, en la adolescencia, se abría la entrada de las cuevas de Corresanti. Tiempo atrás, esas cuevas se habían utilizado como refugio durante los inviernos más severos, cuando la nieve era tan espesa en las Kilghard Hills que ni los animales ni los hombres podían sobrevivir. Ahora se utilizaban como depósito de alimentos, para el cultivo de hongos comestibles, la cura de vinos y quesos, y cosas similares. O más bien, se habían destinado a estos usos hasta que las criaturas-gato se habían establecido en esta parte del mundo. Quizás había alimentos allí, pensó Damon, destinados a la supervivencia de esta gente hambrienta hasta que llegara la próxima cosecha, si el pueblo gato no había destruido todas las reservas por pura maldad. Así habían podido someter a los aldeanos. Suponiendo que no se hubieran sometido solos.

Le pareció que una enorme oscuridad casi tangible caía desde el sombrío borde de la ladera, a unas cuantas millas de distancia, donde se ocultaba la entrada de las cuevas de Corresanti. Así pues, su conjetura había sido correcta. Las cuevas de Corresanti eran el corazón de la sombra, el núcleo de las tierras oscuras. En alguna parte, una inteligencia monstruosa, no humana, experimentaba a ciegas con un poder igualmente monstruoso y ciego. Damon era un Ridenow. Su casta había sido engendrada para percibir y tratar con inteligencias extrañas, y ese antiguo don indesligable de su sangre y sus células palpitó ahora de terror. Pero logró dominarlo, y siguió cabalgando en línea recta a través de las desiertas calles de la aldea.

Miró a su alrededor, buscando algún rostro humano, algún signo de vida. ¿Estarían todos aterrorizados hasta la insensibilidad? Su mirada se dirigió hacia una casa que conocía, había estado allí un verano, siendo joven, mucho mucho tiempo atrás. Detuvo el caballo, mientras un súbito dolor le atenazaba el corazón.

No he visto a ninguno de ellos durante años. Mi nodriza se casó con un MacAran, vasallo de Dom Esteban, y yo solía venir aquí a pasar el verano. Sus hijos fueron mis primeros compañeros de juegos. De repente Damon no pudo soportarlo más. ¡Tenía que saber qué ocurría en esa casa!

Desmontó y ató el caballo a un poste. Eduin y Rannan lo llamaron interrogativamente, pero él no les respondió: lentamente, también ellos desmontaron, aunque no le siguieron hasta la entrada de la casa. Sólo el silencio respondió a su llamada, y abrió la puerta. Al cabo de un momento, un hombre de acercó hasta la puerta, agazapado, como por la fuerza de un hábito, y con la mirada vacua. Damon pensó, confundido: *Seguramente es uno de los hijos de Alanna, con quien yo jugaba de niño, pero ¡cómo ha cambiado!* Trató de recordar el nombre. ¿Hjalmar? ¿Estill?

—Cormac —dijo al fin.

Los ojos vacíos lo miraron, mientras una sonrisa idiota alteraba levemente las facciones.

—*Servo, dom* —masculló.

— ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué... qué quieren de ti, qué está ocurriendo? —Las palabras

surgían a borbotones—. ¿Ves a los hombres-gato con frecuencia? ¿Qué es lo...?

— ¿Hombres-gato? —murmuró el hombre, perplejo—. No hombres... ¡mujeres! Brujas-gata... vienen durante la noche y nos hacen pedazos...

Damon cerró los ojos, casi mareado. Con el rostro inexpresivo, Cormac dio medida vuelta para volver a entrar, para él los visitantes habían dejado de existir. Damon volvió a la calle, tambaleándose y maldiciendo.

Un ruido de cascos llegó a sus oídos. Se volvió y echó un vistazo a los jinetes que se acercaban rápidamente en fila india por una calle que descendía desde la montaña hacia la aldea. Aquí, en aquella aldea en ruinas, no había visto caballos, ni ganado, ni ningún otro animal doméstico.

Estaban lo bastante cerca como para poder distinguirlos con claridad: llevaban camisas y pantalones de extraño corte, y todos ellos eran altos y delgados, con pelo espeso y claro, pero eran hombres. Seres humanos, no del pueblo-gato, suponiendo que no se tratara de otra ilusión...

Damon se concentró en la piedra, a través de la penumbrosa niebla que oscurecía, como agua estancada, todo lo que no estuviera cerca de él. Pero eran hombres reales, montados en caballos reales. Ningún caballo se dejaría montar por un hombre-gato. Tampoco tenían la misma expresión de los aldeanos, quienes estaban aterrorizados hasta la inmovilidad y la apatía.

—Habitantes de las Ciudades Secas —masculló Eduin—. ¡Que el Señor de la Luz nos asista!

Ahora Damon supo dónde había visto antes hombres como ésos, altos, pálidos, delgados. La gente del desierto rara vez llegaba hasta esta parte del mundo, pero de vez en cuando había visto alguna caravana solitaria, que viajaba rápida y silenciosa de vuelta a su hogar.

Y nuestros caballos ya están cansados... ¿y si los de las Ciudades Secas son hostiles...?

Vaciló. Rannan lo cogió del brazo.

— ¿Qué esperamos? ¡Vamonos de aquí!

—Tal vez no sean enemigos —respondió Damon—. ¿Crees posible que los humanos se unan a los hombres-gato para sembrar la destrucción y el terror?

La boca de Eduin se convirtió en una línea.

—Había algunos pequeños grupos de ellos luchando entre los hombres-gato el año pasado, y he oído decir que los hombres-gato ayudaban a los de las Ciudades Secas en la disputa del camino a Carthon. He oído decir que comercian con los hombres-gato. Zandru sabrá con qué comercian, o qué reciben a cambio, pero las relaciones son un hecho.

A Damon se le encogió el corazón. Deberían haber huido de inmediato. Ahora era demasiado tarde, así que trató de hacer lo mejor.

—Pueden ser comerciantes —dijo—, y tal vez no tengan nada que ver con nuestro asunto. —En cualquier caso, ya estaban tan cerca que el primero de ellos detenía su caballo—. Tendremos que aparentar indiferencia, estemos alerta pero no desenvainemos las espadas mientras no dé la señal, o mientras no nos ataquen.

El líder del grupo de la Ciudad Seca los observó desde la montura, con una sonrisa burlona... ¿o serían sus facciones normales?

—*Hali-imyn,* por Nebran! ¿Quién lo hubiera creído? —Su mirada recorrió las calles desiertas—. ¿Qué hacéis aquí, todavía?

—Corresanti había sido una aldea del Dominio Alton durante más años de los que Shainsa ha estado en las llanuras —dijo Damon; trataba de contar los jinetes que había detrás del jefe. Seis, ocho... ¡demasiados!—. Con igual derecho puedo preguntarte qué hacéis tan alejados de las rutas comerciales habituales, y pedirte el salvoconducto del Señor de Alton.

—Ya se han acabado los días de los salvoconductos en las Kilghard Hills —replicó el jefe—. Dentro de poco seréis vosotros quienes tendréis que pedir autorización para andar por aquí.

Enseñó los dientes en una mueca perezosa. Desmontó, y los hombres que le seguían lo imitaron. La mano de Damon se deslizó hasta la empuñadura de la espada, y la pequeña matriz allí encastrada adquirió tersura y calidez bajo su mano...

...Dom Esteban dejó a un lado el pedazo de carne que estaba comiendo, y se recostó en la almohada, con los ojos muy abiertos y vigilantes. El criado que le había traído la comida le habló, pero él no contestó...

—Pasará muchísimo tiempo antes de que yo pida permiso para cabalgar en las tierras de mi pariente —dijo Damon—, pero ¿qué haces *tú* por aquí? —Su propia voz le sonó extrañamente débil y estridente.

— ¿Nosotros? Nosotros somos pacíficos comerciantes, ¿verdad, camaradas?

Hubo un coro de asentimiento procedente de los hombres que lo seguían. No parecían tan pacíficos. *(Por supuesto,* pensó Damon en un segundo, *los de las Ciudades Secas nunca parecían pacíficos.)* Las espadas sobresalían de las caderas en un ángulo agresivo, listas para el ataque, y todos parecían camorreros de taberna. Los caballos empezaron a cocear el suelo con nerviosismo, y el aire se llenó de relinchos de inquietud.

—Pacíficos comerciantes —insistió el jefe, manipulando el broche de su capa—, que trabajamos aquí con permiso del señor de estas tierras, quien nos ha dado algunas comisiones. —Dejó la capa y extrajo un amenazador cuchillo, y después desenvainó la larga espada recta—. Arrojad las armas —amenazó—, y si sois lo bastante tontos como para resistiros, ¡mirad detrás de vosotros!

Eduin cogió el brazo de Damon. Por el rabillo del ojo, echando un rápido vistazo por encima del hombro, Damon advirtió por qué. Por el espeso bosque que flanqueaba el camino, varios hombres-gato se acercaban, avanzando sobre las peludas patas. Demasiados hombres-gato. Damon ni siquiera pudo empezar a contarlos, y no lo intentó. Descubrió que tenía en la mano la espada de Dom Esteban, pero le invadió la desesperación. ¡Ni siquiera Dom Esteban podría abrirse paso en una emboscada como ésta!

Los de las Ciudades Secas se acercaban lentamente, con la espada en una mano y el cuchillo en la otra. Damon había olvidado la daga que tenía en la cintura, se sobresaltó cuando su mano izquierda la extrajo y la dirigió hacia los enemigos. Se encontró en una postura casi opuesta a la que le habían enseñado, controlando por encima del hombro izquierdo al enemigo, mientras sentía el frío de la empuñadura de la espada contra la mejilla derecha. *Por supuesto, Dom Esteban ha viajado hasta más allá de las Ciudades Secas, y sabe cómo pelea esta gente...*

Pensó con frialdad que más atrás debían de haber organizado una emboscada. Si hubieran montado y escapado, como esperaban los de las Ciudades Secas, hubieran caído directamente en poder de los hombres-gato.

— ¡Apresadlos! —ladró el jefe.

No había salida, las alternativas eran la muerte o la rendición. La mente de Damon estaba indecisa, sin saber qué hacer, pero su cuerpo había decidido. Cuando las dos armas del jefe de los de la Ciudad Seca cayeron sobre él, vio la punta de su propia espada que barría la espada y el cuchillo del otro, sintió que sus pies se movían y su cuerpo' se lanzó hacia adelante.

Por lo visto Dom Esteban cree que podemos abrirnos paso aquí, entre diez hombres, y salir con vida, pensó, irónico y distante, observando casi sin involucrarse cómo su espada y su daga se hundían al mismo tiempo en el costado del jefe enemigo. Percibió a ambos lados el entrechocar de los aceros, y vislumbró que otro enemigo se le acercaba por la espalda.

Volvió la cabeza mientras la espada, liberada con un solo movimiento, giraba con él. El otro hombre había bajado la guardia al correr. Damon sintió que su peso se deslizaba, y la espada entraba entre las costillas del hombre. Tuvo una visión fugaz de Eduin, su espada ensangrentada bajo el último resplandor del sol, corriendo para enfrentar a otro que caía, el miedo en el rostro... y después ya giraba otra vez, con la daga alzada para parar una estocada directamente dirigida a la garganta. La espada centelleó, y el de la Ciudad Seca gritaba a sus pies. Damon se estremeció al ver el horror que había en el lugar donde había estado el brazo del hombre...

—Son demonios —gritó uno de ellos—. No son hombres...

Los enemigos que quedaban se retiraron para protegerse junto a los inquietos caballos

que habían formado un muro detrás de ellos. Nunca habían visto morir con tanta rapidez a cinco hombres...

Demonios... Se sabía que los de las Ciudades Secas eran supersticiosos...

Uno de los sobrevivientes gritó algo en su propio idioma, tratando de animar a sus camaradas, y se abalanzó hacia Eduin. Damon lo ignoró, concentrándose a fondo en la piedra estelar, advirtiendo incluso que la mano del hombre estaba demasiado alta... El cuerpo de Damon dio un paso adelante, y la espada se introdujo entre los hombros del enemigo, tan expertamente que no topó con ningún hueso, y el hombre cayó. Ni el mismo Damon pareció darse cuenta. Exploró su subconsciente, en el oscuro rincón donde había encerrado las pesadillas de su infancia, y extrajo un demonio. Era gris, con escamas, cuernos y espolones; por la nariz expelía llamas y humo. Arrojó la imagen dentro de la lente de la piedra estelar, proyectándola entre él y los de las Ciudades Secas...

Los enemigos gritaron y salieron corriendo, tratando de atrapar a sus aterrados caballos, ahora desbocados y enloquecidos por el olor de la sangre y el de los gatos.

Salvajes aullidos brotaron de los hombres-gato que permanecían atrás. Damon hizo que el demonio mirara y que cargara a través de la villa en dirección a los hombres-gato rugiendo, con fuego brotando de la boca y la nariz. Algunos hombres-gato salieron huyendo. Otros, percibiendo que aquello que veían no era tan real, trataron de esquivarlo.

Damon buscó a ciegas las riendas de su caballo. La bestia, enloquecida de miedo, se encabritó, pero Damon, con la mente concentrada en el demonio que había lanzado contra los hombres-gato (los quemaba ahora, girando de derecha a izquierda y produciendo un terrible hedor cuando chamuscaba la piel de los gatos), se encontró soltando las riendas y aferrado a la montura con un dominio de la equitación que superaba con mucho el suyo propio... *el de Dom Esteban, por cierto.*

Uno de los hombres-gato estaba demasiado cerca, y tuvo que protegerse de una estocada de la mortal espada, curva como una garra. Lo atacó, vio cómo la espada y la garra caían juntas, entre convulsiones. Nunca supo qué le ocurrió al cuerpo del hombre-gato, pues ya estaba haciendo girar el caballo.

Algo parecido a un rayo cayó sobre el monstruo de grises escamas creado por Damon, y desapareció entre una columna de humo y polvo gris. La mente de Damon tembló por el horrible golpe.

Fue Esteban quien guió al aterrorizado caballo, quien persiguió a los pocos hombres-gato que corrían detrás de la bestia, quien guió al caballo por el camino que ascendía hasta las cuevas.

De manera remota y confusa, Damon sabía lo que Esteban estaba haciendo con su cuerpo y su caballo, pero él mismo se encontraba volando hacia el supramundo, a través de la espesa niebla hirviente, hacia el negro corazón de la sombra donde centelleaban, sin velos y refulgentes como el fuego del corazón de un volcán, los terribles ojos del Gran Gato.

Junto con esos ojos ardientes y centelleantes había garras, garras que atacaban a Damon mientras él las esquivaba. Sabía que aunque sólo la punta de una de esas garras lo rozara, si una de ellas le tocaba el corazón, estaría obligado a volver a su cuerpo, y el Gran Gato podría hacer lo que se le antojara, matándolo con un simple soplido.

¿De qué tienen miedo los gatos?, pensó. Su cuerpo se distorsionó en el supramundo, se dejó caer a gatas, y supo que en el mismo sitio donde había esquivado las garras del gato, ahora se alzaba un enorme lobo oscuro que se había solidificado delante de su enemigo.

Se arrojó sobre el gato, oyendo el horrible aullido lupino que reverberaba en el supramundo, un grito paralizante ante el cual la criatura-gato vaciló por un momento. Un aliento ardiente resecó los ojos del lobo, y el animal aulló con furia mientras el mismo Damon sentía que temblaba por el ansia de sangre. Se arrojó sobre la garganta del gato, cerrando sus grandes fauces babeantes, los dientes del lobo se cerraron sobre la garganta del gato... ese hedor a almizcle...

El gran cuerpo peludo empezó a adelgazarse hasta desaparecer entre los dientes del lobo, Damon se oyó aullar una vez más y trató de saltar hacia la oscuridad, enloquecido por el insano deseo de desgarrar, morder, sentir la sangre brotando bajo los colmillos...

Pero el gato había desaparecido, se había desvanecido y Damon, tembloroso y agotado,

mareado hasta la raíz del cabello y asqueado por el sabor de la sangre en su garganta, se encontró sentado, tambaleante, en la montura.

El jefe de los gatos se había visto obligado a abandonar el plano astral merced a la forma lupina inventada por Damon. Por primera vez, parecía que el Gran Gato, después de todo, no era invulnerable. Así pues, el camino que conducía a las cuevas, delante de ellos, estaba libre, salvo por los cadáveres de los enemigos.

Un golpe breve *y* agudo, como de una caída, despertó a Andrew Carr. El breve día invernal agonizaba, el cuarto estaba en penumbra, y bajo la tenue luz que entraba por la ventana vio a Calista a los pies de la cama. Al momento advirtió, aliviado, que llevaba una falda y una túnica suelta, y que tenía el pelo trenzado. No, era Ellemir, y tenía una bandeja de comida en las manos.

—Andrew, debes comer algo.

—No tengo hambre —contestó Andrew, todavía desorientado por el sueño y las confusas pesadillas... ¿Gatos gigantes? ¿Lobos? ¿Cómo le iría a Damon? ¿Seguía a salvo Calista? ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Cómo podía Ellemir hablar de comida en un momento como éste?

—No, debes comer —insistió Ellemir, siguiendo el hilo de sus pensamientos. Le llevaría tiempo acostumbrarse a eso. Bien, no le quedaba más remedio, se dijo.

Ella se sentó en el borde de la cama y le dijo:

—Trabajar con la matriz desgasta mucho, debes recuperar las fuerzas o sufrirás una sobrecarga. Sabía que no querrías comer, así que te he traído sopa y cosas así, fáciles de tragar. Sé cómo te sientes, pero tienes que intentarlo, Andrew.

Y luego esgrimió el único argumento que podría haberlo convencido.

—Damon no puede comunicarse con Calista. Cuando esté dentro de las cuevas de Corresanti, tal vez no pueda hallarla en la oscuridad, es un espantoso laberinto de tenebrosos corredores. Estuve allí una vez, y me contaron que un hombre vagó por las cuevas hasta que logró salir meses después, ciego y con el pelo blanco de miedo. Así que debes estar listo en el momento en que él te necesite, para guiarlo hasta Calista. Y para eso debes conservar las fuerzas.

A desgana, pero convencido por el argumento, Andrew levantó la cuchara. La sopa era de carne con largos tallarines, muy fuerte y buena. También había pan de nueces y jalea. En cuanto la probó, advirtió que tenía mucha hambre, y comió todo lo que había en la bandeja.

— ¿Cómo está tu padre? —preguntó por cortesía.

Ella soltó una risita.

—Tendrías que haber visto la comida que se zampó hace más o menos una hora, contándome entre bocado y bocado cuántos hombres-gato había matado...

—Yo lo vi —dijo Andrew con seriedad—. Estuve *ahí.* ¡Son terribles!

Se estremeció, sabiendo que parte de lo que había creído un sueño había sido el vagabundeo de su mente entre aldeas destruidas por la sombra del Gran Gato. Se comió la última corteza de pan. Al instante, volviendo la mente hacia adentro, hacia la piedra estelar y el contacto con Damon, los vio acercándose a las cuevas, la ladera despejada ante ellos...

Esta vez le resultó más fácil pasar al supramundo, y, como la última luz del día invernal se esfumaba, descubrió que podía ver mejor bajo el tenue resplandor azul de lo que Calista había llamado la «supraluz». *¿Azul?,* pensó. ¿Se debía a que las piedras eran azules y de alguna manera difundían la luz a través de su mente? Miró hacia abajo y observó su cuerpo que yacía en la cama, y a Ellemir, que tras haber colocado la bandeja en el suelo se arrodilló a su lado para controlarle el pulso tal como había hecho con Damon.

Advirtió fugazmente que en el supramundo ya no llevaba las pesadas prendas de piel y cuero que había tomado prestadas del criado de Ellemir, sino la delgada túnica y pantalones de nylon gris que vestía en el cuartel general terráqueo, con el estrecho collar de gemas al cuello, ocho piedras una por cada planeta en el que había prestado servicios.

El maldito frío de este planeta. Oh, demonios, esto es el supramundo. Si Calista puede andar por aquí con su camisón desgarrado, sin congelarse, ¿qué problema hay? Advirtió que se había desplazado a gran distancia de Ellemir *y* que estaba lejos de Armida, en una extensa

planicie gris con distantes montañas, alzándose como espejismos, a lo lejos. *Ahora bien, ¿hacia dónde quedan las cuevas de Corresanti?,* se preguntó, tratando de orientarse en medio de esas grises lejanías, como si en alas del pensamiento recorriera todas las distancias intermedias.

Descubrió que aún tenía entre los dedos la piedra estelar, o mejor dicho, el equivalente a ella en el supranumdo. La piedra centelleaba aquí como un fuego artificial, emitiendo brillantes chispazos ígneos. Se preguntó si le conduciría directamente hasta Calista. Sí, se movía, y ahora ya podía distinguir las montañas con claridad, y una gran oscuridad parecía emanar de ellas. ¿Era detrás de esa oscuridad donde Damon había visto al Gran Gato? ¿Era ese ser quien retenía a Calista cautiva bajo el poder de la gran piedra matriz ilegal?

Andrew se estremeció, tratando de no pensar en el Gran Gato. O mejor dicho, procurando transformarlo mentalmente en el enorme gato inofensivo que sonreía y sostenía divertidas conversaciones, el gato de Cheschire de los cuentos infantiles de la Tierra. O en el Gato con Botas. £5 *tan sólo un personaje de cuento de hadas,* se dijo, *y maldito sea si permito que me ponga nervioso.* Sabía por instinto que ésa era la mejor manera de protegerse del poder del Gran Gato. *Gato con Botas,* recordó. *Espero que Damon no vuelva a toparse con él...*

Como si el pensar en Damon le hubiera orientado, descubrió que estaba de pie (aunque no tocaba del todo el suelo) en una gran ladera, junto a una gran entrada. Un poco por debajo de él, Damon y sus dos hombres, con las espadas desenvainadas, se aproximaban lentamente a la boca de la caverna. Trató de hacer señas para que Damon lo viera, y entonces volvió a producirse esa curiosa *fusión,* y una vez más se encontró viendo a través de los ojos de Damon...

...Casi sin respirar, avanzando de la manera más silenciosa posible. *Como lo hacíamos el año pasado, durante las campañas...* Contempló a los grandes gatos indolentes, despatarrados a la
entrada de la cueva, dormitando en sus puestos, seguros de que el Poder al que servían los protegería.

Pero seguían siendo gatos, y sus grandes orejas peludas se alzaron de repente al percibir el suave crujido de las botas que se deslizaban sobre la hierba. Se pusieron en pie al instante, con las espadas en guardia. Damon descubrió que saltaba hacia adelante, espada en ristre, para atacar al más cercano con una profunda estocada. La hoja curva del gato describió una media luna ante el cuerpo del hombre, desviando la estocada, y Damon vio que el centelleo del acero le rozaba el costado.

Después, se halló mirándose la muñeca mientras su brazo se alzaba, y sintió que la hoja le temblaba en la mano mientras el otro daba en tierra. Percibió el siseo de la espada junto a la oreja mientras la blandía describiendo un círculo y le daba a un hombro peludo. La espada del hombre-gato se alzó para parar el golpe, Damon saltó hacia atrás y vio la punta de la hoja, como una hoz, rasgar el aire a pocos centímetros de sus ojos. Los fuertes golpes circulares de la espada curva parecían torpes y, sin embargo, Dom Esteban parecía tener dificultades para encontrar un punto débil en esa defensa circular. Eduin y Rannan se batían allí cerca... oyó el entrechocar de las espadas detrás de él. Observó que su brazo describía una finta. Sabía que era una finta porque no había movido los pies. El arma curva como una garra cayó; la espada de Dom Esteban cambió de rumbo, alzándose, y penetró profundamente entre las dos orejas peludas.

Retiró la espada del cráneo ensangrentado con un experto tirón y corrió hacia donde se hallaba Rannan, con la camisa desgarrada y empapada en sangre, a punto de caer bajo los golpes de otra espada curva. El acero de Damon cayó una y otra vez sobre la cabeza de la criatura. Esquivó un golpe mortal a la altura de la cintura que lo hubiera hecho pedazos, sintió que su propia espada descargaba otro golpe, que una vez más creyó dirigido a la cabeza del gato, pero que bruscamente terminó a la altura de las rodillas, merced a un repentino giro de su propia muñeca. Volvió a mover el brazo y cuando la criatura cayó hacia adelante, clavó la punta en la garganta. Eduin y Rannan estaban de pie por encima

del último guardia y una vez más sintió, por un instante, el extraño arrebato de ira que pertenecía, en realidad, a Dom Esteban...

Sacudió la cabeza. Se sentía algo mareado, como si estuviera borracho. ¿Qué estaba haciendo? Abrió los ojos y envainó la espada, advirtiendo mientras lo hacía que le dolían los músculos de la base del pulgar y de la muñeca, unos músculos que ni siquiera sabía que tenía. Tambaleándose un poco, volvió la espalda a las pilas de pieles ensangrentadas que yacían en el suelo, y se dirigió hacia la entrada de la cueva, indicándoles a Eduin y Rannan, mediante gestos, que le siguieran.

Mientras avanzaba, distinguió una extraña forma masculina ante él, ataviada con vestiduras grises, livianas y poco familiares. Transcurrió un momento antes de reconocer a Andrew Carr... y cuando Damon advirtió quién era, Andrew se encontró otra vez en su propia mente, a unos pocos metros de distancia de Damon, instándole a que lo siguiera.

A Andrew le extrañó poder ver a Damon cuando éste no se hallaba en el supramundo, pero después de todo, él había visto a Calista «allí abajo». Avanzó en dirección a la entrada de la caverna. Era una gran cámara oscura y, por un momento, aún bajo la luz del supramundo, la supraluz, le resultó difícil ver. Damon cruzaba ya el umbral y hacía gestos impacientes para que los guardias lo siguieran, ya que ambos hombres parecían hacer esfuerzos por romper una barrera invisible para Andrew... y al parecer también invisible para Damon.

Por un momento, el darkovano pareció perplejo (y ni entonces ni más tarde supo Andrew si Damon había hablado en voz alta o si lo que había oído eran sus pensamientos), y después dijo:

—Oh, por supuesto. Hay una barrera de primer nivel en la entrada, lo que significa que nadie puede entrar si no lleva una matriz, salvo en el caso que el operador lo permita.

Por supuesto. Eso era precisamente lo que haría el Gran Gato. Pero también podría significar un punto a su favor. No podía estar en todas partes al mismo tiempo, ni siquiera con una matriz. Y si tenían suerte, el enemigo tal vez no lo supiera todavía.

Lentamente, Damon avanzó a través de la cámara de altos techos abovedados que era la entrada a las cuevas. Oyó que el agua goteaba en alguna parte, pero sólo alcanzó a divisar la escasa luz del sol procedente de la entrada, que desaparecía a medida que uno se internaba allí. El frío terror de la oscuridad cayó sobre él y vacío, recordando: *Cuando vine aquí de joven, había antorchas y luces, podíamos ver los pasillos y las paredes.* Después vio, al parecer emergiendo de la pared misma, la espectral figura de Andrew, que parecía resplandecer con una desvaída luz azul, y entre las manos llevaba una gran antorcha azul, centelleante. *La matriz, por supuesto. ¡Alertará al gato? Si debo ir al supramundo para hallar el camino, ¡verá mi piedra estelar?*

Ahora creyó oír un sonido siseante, un zumbido, como el de una gigantesca colmena de abejas. En las tenebrosas cámaras de la memoria, lo reconoció: una poderosa matriz, sin aislante.

Un frío espasmo de miedo le estrujó el corazón con un resultado parecido al dolor físico. *¡Esa criatura-gato debe de estar loca! ¡O está loca o tiene más poder que cualquier hombre o Celadora! ¡Haría falta un círculo de por lo menos cuatro mentes para controlar una pantalla matriz de esas dimensiones!*

Nunca aparecían de ese tamaño en la naturaleza. Las habían construido artificialmente, en la época dorada de la tecnología de las piedras estelares. ¿Habría encontrado ésta, una monstruosidad, o acaso la habría fabricado? *¿Cómo, en nombre de los nueve infiernos de Zandru, lograba manejarla? ¡Yo no la tocaría ni por un segundo!*, pensó Damon.

Una vez más vislumbró la figura de Andrew, que le hacía señas en el resplandor azul. A la luz de su piedra estelar observó enormes columnas cristalinas, grandes monumentos de piedra que iban del suelo al techo. En todas partes reinaba esa oscura humedad, el sonido del agua al caer y el aterrador zumbido de la matriz. Damon pensó que sólo con el sonido podía encontrar el camino. Pero eso sería más tarde. Ahora tenía que hallar a Calista y sacarla de allí antes de que esa criatura-gato se enterara de su llegada y enviara a algún esbirro a cortarle la cabeza.

Al final de la caverna, dos pasadizos se abrían hacia la oscuridad, con tenues resplandores

al fondo. Se detuvo un momento, indeciso, antes de vislumbrar a lo lejos, en el pasillo de la izquierda, la forma de Andrew Carr. Siguió la tenue figura espectral y, tras tropezar dos veces en el suelo rocoso (por supuesto, en el supramundo Andrew no tropezaba), se concentró en su propia piedra estelar, cálida, pesada y desnuda contra su garganta, para averiguar qué era aquella bola de luz frente a él. Era dura y resbaladiza, y Damon sospechó que su poder estaba atenuado por la enorme matriz que se hallaba tan cerca, pero se las arregló para concentrar el poder suficiente para producir una luz tenue. *Maldición. ¿Cómo podré combatir si tengo que llevar una antorcha en la otra mano?*

La figura de Andrew había desaparecido otra vez, mucho más adelante. *Sí, está bien. Debe encontrar a Calista. Decirle que la ayuda está en camino,* razonó Damon.

En la sombra, más allá de la tenue luz embrujada, algo se movió, y una voz habló en la maullante lengua de los hombres-gato. La voz se convirtió de repente en un ladrido. Damon vio que una hoja curva centelleaba fuera del círculo de luz. El zumbido en su cabeza se tornó enloquecedor, casi doloroso. Desenvainó la espada, la levantó, pero le pareció sostener un peso muerto en la mano. *Dom Esteban...* buscó frenéticamente el contacto, pero no había nada, sólo ese zumbido, ese sonido que aturdía, ese *dolor*.

La hoja curva silbó sobre él. De alguna manera logró que el objeto inerte y metálico que tenía en la mano se interpusiera en el camino de la estocada, como una barrera de acero. El miedo le ahogó mientras se obligaba a adoptar una postura defensiva, automática, sin atreverse a aventurar un ataque. ¡Estaba solo, combatiendo con su propia y escasa pericia!

¡La barrera de la entrada de la caverna! ¡Dom Esteban no podía cruzarla! *¡Estoy muerto!*, pensó.

En un segundo recordó años de tediosas lecciones. Siempre había sido el peor espadachín de su grupo, el único torpe para las artes de la guerra. El cobarde. Enloquecido de terror, sintiendo que su espada se movía como si atravesara melaza, paró los hábiles golpes circulares. Estaba condenado. No podía defenderse apropiadamente contra hombres que luchaban con el mismo estilo en el que él había sido entrenado. ¿Cómo podría entonces defenderse contra estos maestros de una técnica que le resultaba desconocida por completo? Retrocedió frenéticamente, vislumbrando por el rabillo del ojo que un segundo guardia corría a unirse al primero, y que dentro de un momento debería enfrentarse con dos... si es que sobrevivía hasta entonces. Vio la terrible hoja en forma de hoz que giraba en un golpe que él jamás podría parar, a pesar de saber de qué manera lo habría bloqueado Esteban.

La hoja cayó tal como él había imaginado y, con un salvaje escalofrío de alivio, descubrió el punto débil de la posición del hombre-gato, y en el mismo instante lanzó la espada contra él. El segundo guardia llegó justo en el momento en que Damon, jadeante, liberaba la espada. Se volvió para enfrentarse a él, *y* de golpe supo qué táctica seguiría Esteban para atacar a éste. Mientras concebía la idea, extendió el brazo y la espada curva describió el giro habitual. Damon se lanzó en una estocada larga, atravesando la garganta peluda mientras la hoja del contrario intentaba retroceder y golpeaba la espada de Esteban en un vano intento de cubrirse.

Volvió a liberar la espada, y el tercer guardia-gato se agazapó y empezó a retroceder sobre el suelo de la cueva, con la hoja curva junto a la cabeza, preparado para responder con esa extraña defensa giratoria. Damon dio un paso hacia él, atento, y esperó...

Se deslizaron los segundos y su cuerpo no hizo nada que él no le mandara. Se concentró en el contacto... y nada. Sólo el latido ininterrumpido, sobrecargado, de la matriz gigante, en las profundidades de la cueva, invisible, casi inimaginable, pero real y pavorosa. Dom Esteban no podía establecer contacto con él aquí. *No había establecido* contacto. Damon casi dejó caer la espada por la sorpresa. No había estado en contacto con Dom Esteban, y sin embargo había matado a dos hombres-gato.

Y mataría a un tercero. Ahora.

¿Por qué no? Siempre había comprendido todos los movimientos, había sido discípulo de maestros esgrimistas, aun cuando en la práctica los hubiera eludido... tal vez ése era el problema. Se había preocupado más por reflexionar acerca de la vida que por vivir, había

mantenido cuerpo y mente siempre separados; tal vez el contacto con Dom Esteban había conseguido que sus músculos y nervios supieran de forma automática cómo reaccionar...

El hombre-gato aulló y se lanzó al ataque, y él extendió la espada, sosteniéndose en el suelo con la otra mano. La espada curva siseó junto a su cabeza, erró, y notó algo húmedo y pegajoso manando sobre su brazo. Liberó la propia espada con un tirón y se incorporó. ¿En qué dirección, ahora, para llegar a Calista? Rápido, antes de que el Gran Gato lo descubra...

Miró a su alrededor, en busca de Andrew, y lo vio, una imagen fugaz al final del corredor; y luego desapareció...

Andrew, compartiendo la lucha con Damon, oyó repentinamente algo parecido a un sollozo, y descubrió a Calista. Le pareció que estaba tendida en el suelo, a sus pies... y de golpe se dio cuenta de que se había desplazado mucho más al interior, a un nivel más profundo de las cuevas donde las paredes resplandecían tenuemente con una pálida fosforescencia verdosa. Calista yacía en la oscuridad, pero cuando abrió los aterrorizados ojos, Andrew descubrió la forma de una de las criaturas-gato que se deslizaba hacia ella en la oscuridad. Calista se puso en pie y retrocedió, impotente, defendiéndose con los brazos. La criatura-gato tenía en la garra una daga curva, y Andrew corrió hacia ella, debatiéndose, impotente.

Necesito mi cuerpo, no puedo defenderla desde el supramundo...

Por un instante osciló entre la cueva donde Calista huía ciegamente del cuchillo del hombre-gato y el cuarto de Armida donde se encontraba su cuerpo custodiado por Ellemir. Iba y venía, indeciso, desesperado. *No puedo volver, debo permanecer con Calista...*

Después hubo un relámpago azul, una lacerante y deslumbradora descarga eléctrica, y Andrew sintió que caía en la cueva, en la más absoluta oscuridad salvo por el resplandor de los hongos, torciéndose el tobillo al caer.

Gritó como advertencia, y corrió ciegamente hacia la cosa-gato. *(¿Cómo he llegado aquí? ¿Cómo? ¿Estoy verdaderamente aquí?)* Tropezó y los dedos de sus pies golpearon dolorosamente contra las rocas sueltas. Alzó unas rocas; el hombre-gato giró, aullando, pero Andrew alzó las rocas y las estrelló con fuerza contra la sien de la criatura. El gato cayó con un aullido, se estremeció y quedó inmóvil. La fuerza del golpe había desparramado los sesos en el suelo; Andrew resbaló sobre ellos y casi cayó.

—Creo que no hay duda —dijo como un tonto—, verdaderamente *estoy* aquí.

Corrió hacia Calista, encogida contra la pared, que lo miraba con incomprensión y terror.

—Querida—gritó—, Calista... querida... ¿estás bien? ¿Te han herido? —La abrazó y ella se apoyó contra él. La sintió sólida, cálida y real, y la estrechó muy fuerte mientras el cuerpo de ella se estremecía con sollozos profundos e incontenibles.

—Andrew... Andrew —repetía—, de verdad eres tú...

Él oprimió la boca contra la húmeda mejilla y repitió:

—Soy yo y ahora estás a salvo, querida. Vamos a sacarte de aquí. ¿Puedes caminar?

—Sí —contestó ella, recuperando un poco la compostura—. No sé cómo salir pero he oído que hay cuerdas en las paredes, podemos tantear el camino hasta la entrada. Si me das la piedra estelar podré producir un poco de luz —dijo, recordándolo por fin, y Andrew la extrajo con suavidad y se la dio.

Ella la acuñó con ternura entre las manos. A la pálida luz azulada de la piedra, más tenue que la luz del supramundo pero suficiente para ver, él observó que las facciones delicadas y adorables de la joven estaban distorsionadas por el terror.

—Damon —susurró—. ¡Oh, no, Andrew! ¡Andrew, ayúdame! —Y en un momento sus dedos buscaron la mano de Andrew y sus pensamientos se entrelazaron.

Entonces, experimentando una nueva descarga eléctrica, Andrew se halló de pie en una gran cámara de las cavernas, parcialmente iluminada, en cuyo extremo resplandecía con doloroso brillo una gema como la piedra estelar, pero enorme, con un centelleo que le laceraba los ojos.

Damon, que parecía muy pequeño, se acercaba a ella con rapidez. Y una vez más, la mente de Damon se fundió con la de Andrew y éste vio, a través de los ojos de Damon, la

figura agazapada detrás de la gran piedra. Tenía las patas quemadas, y los bigotes, y muchas zonas del pelo se habían calcinado. Damon alzó la espada...

Y se halló en el supramundo, y delante él, majestuoso y amenazante, se erguía el Gran Gato, más alto que un árbol. *Lo* miraba desde la altura con grandes ojos rojizos como gigantescas ascuas, y aulló, un gran rugido que colmó el espacio. Levantó una pata *y* Damon retrocedió, consciente de que el golpe lo haría volar como si fuera un débil ratón...

En aquel instante, Calista gritó, y dos perros gigantescos, uno enorme y pesado, otro más pequeño y ágil, con grandes colmillos relucientes, saltaron a la garganta del gato y empezaron a acosarlo, ladrando. *¡Andrew y Calista!* Sin detenerse a pensar, Damon volvió a su cuerpo y se abalanzó hacia delante, blandiendo la espada, se lanzó sobre la criatura-gato, percibiendo que el zumbido se convertía en un aullido, en locos gemidos, en confusos ladridos *Y* siseos que llenaban todo el espacio. La espada tembló cuando Damon, que la sostenía y la empujaba con toda su fuerza con las manos doloridas y quemadas, la enterró hasta la empuñadura en el cuerpo de la criatura-gato.

Aulló y se retorció sobre la espada. La gran matriz se incendió y lanzó chispas, láminas llameantes. Abruptamente las luces se apagaron y las cuevas quedaron en silencio, oscuras salvo por el pálido resplandor de la piedra estelar de Calista. Los tres estaban de pie, muy cerca unos de otros. Calista sollozaba y se aferraba a ellos. En el suelo, a sus pies, yacía un ser quemado, calcinado y renegrido, que hedía a pelo quemado. Se parecía muy poco a un hombre-gato o a cualquier otro ser viviente.

La gran matriz estaba ante ellos, y despedía un brillo muerto, apagado, vidrioso. Se soltó, cayó con un tintineo sobre el piso de la cueva, y se rompió en pedazos.

— ¿Qué ocurrirá ahora con las tierras oscuras? —preguntó Andrew mientras cabalgaban lentamente de regreso a Armida.

—No estoy seguro —contestó Damon sin fuerzas. Estaba muy cansado y recostado sobre la montura, pero se sentía en paz.

Habían encontrado provisiones y vino en las cuevas (al parecer los hombres-gato no se habían molestado en explorar todos los corredores) y comido y bebido bien. También había ropas, incluso mantas de piel, pero Calista demostró repugnancia, y había declarado que por nada del mundo volvería a ponerse una piel mientras viviera. Al fin, Damon le había dado la capa de piel a Eduin y envuelto a Calista en la gruesa capa de lana del guardia.

Ella cabalgaba ahora en la parte delantera de la montura de Andrew, aferrada a él, con la cabeza contra su pecho, y él bajaba la cabeza para sentir en la mejilla la suavidad del cabello de Calista. El espectáculo hizo que Damon añorara a Ellemir, pero eso podía esperar. No estaba seguro de que Andrew hubiera escuchado siquiera su respuesta, pero de todas maneras prosiguió:

—Ahora que hemos destruido la matriz, los hombres-gato ya no tienen ninguna arma supranormal para provocar miedo u oscuridad. Podemos enviar un destacamento y eliminarlos. Los aldeanos, casi todos, se recuperarán cuando haya desaparecido la oscuridad y ya no sentirán miedo.

A sus pies, en el valle, Damon divisó las luces de Armida. Se preguntó si Ellemir sabría que volvía con Calista sana y salva, y que las tierras oscuras estaban ya limpias. Damon esbozó una sonrisa. El anciano debía de estar preocupado e impaciente por saber qué había ocurrido desde que había perdido contacto con Damon en aquella barrera. Dom Esteban probablemente creía (siempre había despreciado a Damon, considerándolo un debilucho) que su pariente había muerto pocos segundos después. Bien, sería una agradable sorpresa para el anciano, y a Dom Esteban le hacían falta unas cuantas sorpresas agradables para compensarlo del golpe que recibiría cuando descubriera lo de Calista y Andrew. Eso no sería nada agradable, pero el viejo les debía algo, y Damon pensaba retorcerle el brazo hasta que les concediera el permiso. Advirtió con profundo placer que esperaba casi con ansia ese momento, que ya no le asustaba el tremendo anciano. Ya nada le asustaba. Sonrió, y se retrasó para cabalgar otra vez junto a Eduin y Rannan, que compartían un caballo, ya que habían cedido el otro

a Andrew y Calista.

El terráqueo ni siquiera advirtió que Damon se había retirado. Calista estaba arropada entre sus brazos, y tenía el corazón tan colmado que apenas si podía pensar con claridad.

— ¿Tienes frío, querida? —susurró.

Ella se acurrucó más contra él.

—Algo —murmuró—, pero estoy bien.

—Falta poco. Te arroparemos bien. Ellemir cuidará de ti.

— ¡Prefiero tener frío al aire libre, y no calor en esas cuevas hediondas y sucias! ¡Oh, las estrellas! —exclamó, casi extasiada.

Él la abrazó más fuerte, consciente de que ella estaba tan cansada que podía caerse. Descubrió las luces de Armida, recibiéndolos con un guiño, más abajo.

—No será fácil —murmuró ella—. Mi padre se enfadará. Piensa en mí como Celadora, no como mujer, y no aprobaría que yo prefiriera dejar mi cargo y casarme con cualquiera. Esto será mucho más duro, ya que tú eres terráqueo. —Pero sonrió y se acercó más a él—. Bien, tendrá que acostumbrarse a la idea. Leonie se pondrá de nuestra parte.

Lo daban todo por hecho, pensó Andrew. De algún modo, él tendría que enviar un mensaje a la Ciudad Comercial, eso sería fácil, diciendo que no iba a regresar. Ésa era la parte difícil. Con esta nueva habilidad que había descubierto... bien, tenía que aprender a usarla. Después... bueno, ¿quién podía decirlo? Debía haber algún trabajo que él pudiera hacer, algo destinado a acelerar el momento en que los darkovanos y los terráqueos ya no se consideraran especies diferentes.

No podían ser tan diferentes. Incluso los nombres reflejaban la identidad: Calista, Damon, Eduin, Caradoc, Esteban. Aceptaba la posibilidad de algunas coincidencias, pero esto ya era demasiado. No era lingüista, pero se negaba a aceptar que esta gente pudiera haber creado al azar nombres tan parecidos o idénticos a los terráqueos. Ni siquiera Ellemir era tan raro: la primera vez que lo había oído había creído que era Eleonor. No sólo eran nombres terráqueos, sino también europeos occidentales, de la época en que esas distinciones todavía existían en la Tierra.

Sin embargo, el Imperio Terrano había descubierto este planeta hacía menos de cien años, y la Ciudad Comercial se había construido apenas cincuenta años atrás. Lo poco que sabía del planeta le demostraba que su historia era más extensa que la del Imperio.

¿Dónde estaba, entonces, la respuesta? Había historias de «naves perdidas», que habían partido de la Tierra en épocas anteriores al Imperio, miles de años atrás, y desaparecido sin dejar rastro. La creencia general era que la mayoría se había destruido —las naves de aquella época eran artefactos ridículos, que funcionaban con una primitiva impulsión atómica o de antimateria—. Pero tal vez alguna de ellas *había* sobrevivido. Se enfrentó con el hecho de que tal vez nunca lo sabría, pero disponía del resto de su vida para averiguarlo. De todos modos, ¿qué importancia tenía? Sabía cuanto necesitaba saber.

Estrechó a Calista; ella hizo un pequeño e involuntario movimiento de protesta, después sonrió y se acercó deliberadamente a él. Andrew pensó: *En realidad no sé nada de ella.* Entonces, recordando aquel increíble momento de fusión entre los cuatro, de aceptación total, advirtió que también de ella sabía cuanto necesitaba saber. Ya había notado que Calista no evitaba los roces casuales. Pensó, con gran ternura, que si la habían condicionado para no sentir deseo y para no responder sexualmente, al menos ese condicionamiento no era irrevocable. Tenían tiempo de sobras para esperar. Sospechaba que el condicionamiento ya se había ido deteriorando durante los días pasados en el terror, la oscuridad y la soledad, debido a la necesidad de contacto humano. Pero de todas maneras, ya se pertenecían mutuamente de la manera más importante. El resto vendría por sí solo. Estaba seguro de eso, y descubrió que se preguntaba, caprichosamente, si la precognición se encontraría entre los nuevos talentos psi que se proponía explorar.

Mientras cruzaban las enormes puertas de Armida, empezó a caer una leve nevada, y Andrew recordó que menos de una semana antes había estado tendido en una cornisa, en medio del rugir de la tormenta, dispuesto a morir.

Calista se estremeció (¿también ella recordaba?). Andrew se inclinó sobre ella y murmuró con ternura:

—Ya casi estamos en casa, querida.
—Y no le resultó extraño imaginar que Armida era su hogar.
Había seguido un sueño, y el sueño le había conducido hasta aquí.

Marión Zimmer Bradley, escritora americana nacida en 1930, se dio a conocer en el mundo de los aficionados a la ciencia ficción a finales de los años cuarenta por sus repetidas cartas a revistas y fanzines firmadas como Marión «Astra« Zimmer.

Su primer relato corto se publicó en 1954 en Fantasy and Science Fiction, *con el título* Centaurus Changeling *y sus primeras novelas aparecieron en la década de los sesenta tras* SEVEN FROM THE STARS *(1957). Pero su consagración llegó en los setenta por el éxito de la serie* Darkover, *formada por más de una veintena de novelas y casi media docena de antologías de relatos. Iniciada en los años sesenta con una temática de* space opera, *la serie* Darkover *se convirtió en la década siguiente en el paradigma de la fantasía nacida al amparo de la ciencia ficción, e ilustra el paulatino decantamiento de este género hacia las temáticas más propias de la fantasía.*

Su éxito más reciente ha sido la recreación de las leyendas artúricas, narradas desde la óptica de Morgana. Se trata de LAS NIEBLAS DE AVALÓN *(1982), un voluminoso libro de 858 páginas en el original inglés, que se ha publicado en España en cuatro volúmenes. En esta misma vena fantástica basada en la recreación de leyendas o temas históricos ha presentado recientemente* LA ANTORCHA *(1987), donde se relata la guerra de Troya vista también desde la óptica de una mujer: Casandra.*

Desde 1984 presenta cada año una selección de relatos de fantasía de otros autores bajo el título genérico Sword and Sorceress. *En la actualidad, además de continuar la serie* Darkover *está colaborando*
con las escritoras Andre Norton y Julián May en una obra de fantasía que se titulará THE BLACK TRILLIUM.

Entre sus obras de ciencia ficción destacan VIAJE INTERMINABLE *(1975), sobre los efectos relativistas en la vida de los navegantes espaciales que buscan nuevos planetas para la humanidad, y* HUNTERS OF THE RED MOON *(1973), que narra la historia de un humano tomado como rehén en una guerra entre extraterrestres.*